E. PAJARES BRAÑA

29.269

DONACION
DE
1ra Exposición
de Libros
para Niños

BOCETOS Y COMEDIAS INFANTILES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

F. CRESPILLO, Editor, Bolivar 369

PREFACIO

El éxito franco y lisonjero de los dos primeros tomos de diálogos y comedias para niños me ha sugerido la idea de completar mis primordiales propósitos con el presente volumen de bocetos dramáticos, que recoge en sí algo de cuanto en el mundo de la psicología infantil pueda tener interés para formar el corazón de los niños.

Creo que *Dramática Infantil* viene á ser, en lo que á la República Argentina respecta, un libro único. Las sencillas comedias de mis dos tomos anteriores se dirigen principalmente á despertar el espíritu de la niñez, en conformidad con los sagrados deberes que los ligan á la patria y á la sociedad, sin inmiscuir en sus breves escenas perspectivas ni problemas complicados, que harían difícil la asimilación de aquello mismo que constituye la propia substancia del libro.

El presente volumen tiene, en cambio, objeto complementario y fundamental. Va derecho al corazón de la niñez, dispuesto á abrirlo de par en par para depositar en él la bienhechora semi-

lla de las emociones y de los sentimientos elevados y serenos, haciéndolo sentir con intensidad y viveza, á fin de que el corazón, fragua divina de todo lo grande y lo bello, funda y solidifique con el sagrado fuego de su sangre, los hermosos ideales que constituyen el primero y último fin de este *Evangelio patriótico infantil.*

Otras inteligencias más altas rematen ó emprendan mejor obra. Nuestro intento ha sido llevado á término feliz con la edición de estos cuatro pequeños libros. Y, coronado el deseo de rendir nuestro tributo de cariño y gratitud al país que habitamos, por otros caminos emprenderemos, desde ahora, la marcha espinosa y difícil del pensamiento.

¡Los niños! He aquí la verdadera preocupación de los Estados bien constituídos; la misión delicada y trascendental de los pueblos que descubren el porvenir y buscan cimentar en bases inconmovibles sus virtudes y sus grandezas.

Y es por eso que considero noble y honrosa mi modesta tarea; por haber puesto mis pocas fuerzas al servicio de aquello que Jorge Sand llama los tres conceptos de Dios y Bossuet el triángulo del Estado:

"¡La Patria, el Hogar y la Escuela!".

El Autor.

PRIMERA PARTE

BOCETOS DRAMATICOS

I

LAS TRES PLEGARIAS

BOCETO LÍRICO DRAMÁTICO INFANTIL EN PROSA Y VERSO

PERSONAJES

Margarita.
Serafín.
Niñas y niños.

ACTO UNICO

Un oratorio particular. Al fondo, sobre un pequeño altar blanco y sencillo, la imagen de la Virgen de Luján. A derecha é izquierda, colgaduras con los colores nacionales. En mitad de la estancia, un reclinatorio. Atardece, y por un breve rosetón que se abre encima del altar, la escena parece iluminarse con el sol.

ESCENA I

MARGARITA, vestida de blanco, en el reclinatorio. Antes de levantarse el telón, un momento, óyese la voz de una niña que canta, acompañada de un armónium, una canción litúrgica. Al descorrerse el telón, seguirá cantando aun durante breves instantes.

MARGARITA. — (Hablado, después de haber cesado el canto).

Por la soberana tierra
de los inmensos confines,
resonaron los clarines
pregoneros de la guerra.
Desde la pampa á la sierra,
desde los Andes al Plata,
sus duros males desata
y mil vidas argentinas,
heroicas y peregrinas,
por siempre nos arrebata.

Un estruendo de clamores
y de encendidos cantares,
álzase de los hogares,
de la patria á los amores.
La guerra con sus dolores,
mi dulce patria desgarra,
tiende la muerte su garra
y en las pampas infinitas
ya no suenan vidalitas
en la gauchesca guitarra!

Oyeme, Virgen querida,
sobre tu altar solitaria;
escúchame esta plegaria,
que lleva envuelta mi vida:
Yo tengo el alma partida
de agudo y hondo dolor,
porque la guerra y su horror,
que ensangrienta el patrio llano,
me arrebata á mí un hermano
hacia el campo del honor!

(Entra por detrás de ella, sigilosamente, Serafín, escuchándola atentamente, sin ser visto).

Virgen mía, Virgen santa,
patrona de nuestro suelo,
vela por él desde el cielo,
y su corazón levanta.
Y si la muerte quebranta
su vida, lejos de aquí,
llévame también á mí,

y donde el cañón retumba
para los dos una tumba
ábrenos, Virgen, allí!

ESCENA II

MARGARITA y SERAFÍN, que se aproxima resueltamente á ella, emocionado.

SERAFÍN. — No, Margarita! ¡Así, no!...
MARGARITA. — (Sorprendida). ¡Ay!... (Se levanta).
SERAFÍN. — No te sorprendas. ¿No ves que soy tu hermano? ¿Qué le pedías á la Virgen?
MARGARITA. — Le pedía por Alejandro, nuestro hermano.
SERAFÍN. — Pues no se pide así, Margarita, por un hermano que está defendiendo su patria, cumpliendo un deber sagrado.
MARGARITA. — ¿Y cómo he de pedir, entonces?
SERAFÍN. — ¿No lo sabes?
MARGARITA. — De otro modo, no lo sé.
SERAFÍN. — Pues, mira: se pide con emoción y arrogancia espartanas; con serenidad, y no como vos lo hacías, casi pareciéndote á una mendiga. Cuando se ruega por un soldado de la patria, no se debe llorar, ni lastimarse de su ausencia. Se debe pedir que sea un héroe, aunque no se vuelva á ver jamás.
MARGARITA. — Pero... ¿y cómo; de qué modo, Serafín?
SERAFÍN. — Así; mira;

(Le coloca la mano izquierda sobre el hombro, y dice lo siguiente, con sentida entonación y discreta arrogancia):

Suenen las trompas guerreras
y retumben los cañones,
y crucen nuestras legiones
en marcha hacia las fronteras.
El fuego de las hogueras
retemple nuestro heroísmo
y de la cumbre al abismo,
con la rapidez del rayo,
vibre á un nuevo sol de Mayo
nuestro augusto patriotismo.

Que una trágica belleza
de sublimes ideales,
ciña lauros inmortales
á nuestra patria grandeza.
Y una nueva realeza
de mil héroes argentinos
forje los moldes divinos
de otra epopeya grandiosa,
junto á aquella que reposa
sobre los picos andinos.

Surjan de nuestras mujeres,
en nuestros libres solares,
los patrióticos cantares
y los augustos deberes.
Ofrezcan ellas sus seres,
con heroísmo espartano,

y en el argentino llano,
para asombro de la historia,
fundan trofeos de gloria
para el pueblo americano.

Tradiciones legendarias
de heroísmos admirables
grabe la Historia, imborrables
en sus hojas milenarias.
Oiga el mundo las plegarias
de un pueblo que despertó;
de un pueblo que modeló
los dioses americanos;
¡de un pueblo que llama hermanos
á los que en sí cobijó!

Alcemos la frente al cielo
y, vivos nuestros afanes,
luchemos como titanes
por nuestro querido suelo.
Rompan las almas el vuelo
hacia la inmortalidad,
y brille en la inmensidad
el alto sol de la fama,
que á los argentinos llama,
al eco de Libertad!

. . . . . .

Sobre tu trono de gloria,
tu lira mi patria entona;

templa tus arpas, matrona,
para cantar la victoria!
Y, en el libro de la Historia,
por ti misma escribirás:
que tus hijos al compás
de tus amores, sintiendo,
saben morir combatiendo;
¡mas ser esclavos, jamás!

(En seguida, se abrazan los dos, y siguen repitiendo los dos últimos versos, con cierta emoción. Suena la marcha de Ituzaingó, y, de pronto, entran en escena, por la derecha, diez niños, vestidos de azul y, si se quiere, de militares, y, por la izquierda, diez niñas, de blanco, y, en cuyo caso, también vestidas de cazadoras. Inmediatamente que concluye la música, cantan ambos á coro la última estrofa del himno nacional, incorporándose á los bandos respectivos, Margarita y Serafín).

CORO

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir.
Coronados de gloria vivamos,
ó juremos con gloria morir!

(El telón va cayendo con lentitud, mientras cantan).

FIN

II

INQUIETUD!...

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Irma.
Elena.
Mario.
Sócrates.

ACTO UNICO

Un dormitorio modesto. Al fondo, una puerta vidriera, de comunicación interior. En el ángulo de la derecha, con la cabecera hacia el fondo, una cama y una mesa de luz, y en la pared un cuadro. A la izquierda, en primer término, otra puerta interior. Encima de la mesa de luz un retrato. Es noche.

ESCENA I

MARIO, aparece sentado en la cama, á medio desnudarse, ó sea en mangas de camisa. Tiene un libro en la mano y parece estar pensativo. Adentro, se oye un alegre murmullo de voces infantiles, y un reloj que da las ocho pausadamente.

MARIO. — (Siempre sentado). ¡Tanto júbilo!... (mira con desdén hacia la puerta). ¡Parece increíble! Sobre las ruinas de aquel hogar feliz, levantado por mis padres, bailan, cantan y picotean ahora otros pájaros nuevos! Ni mi hermana ni yo representamos en este nido más papel que el de intrusos, y aun hemos de aguantar que nos llamen mendigos! No; (se levanta) no puede ser. Todo cuanto hay aquí es nuestro. Ellos nada representan en esta casa; son nuestros usurpadores y nuestros verdugos. (Se dirige á mitad de escena). Tengo una hermana, una her-

mana por quien deliro y estoy en el deber de defenderla contra quienes intenten sacrificarla á ella y á mí á sus negras ambiciones. Si todo es nuestro, ¿por qué razón hemos de sufrir de este modo? ¿Por qué mi hermanita no ha de tener siquiera un médico que la atienda en esa terrible enfermedad que la consume? ¿Por qué mientras nosotros andamos miserablemente vestidos, los hijos de él han de gastar ese rango de aristócratas, á nuestra propia cuenta? ¡Esto es inicuo! ¡Ah, mi padre, mi padre! Aquella segunda esposa, á quien tanto querías, se ha convertido en nuestra enemiga, en nuestra persecutora. Te olvidó en seguida, á los cuatro meses, para dar á los hijos de otro hombre lo que siempre fué y debía ser nuestro. Sobre el trono que vos has levantado, se mueven y cantan ahora otros pájaros; pero tus hijos!...

(Mira el retrato). (La puerta se ilumina con un resplandor, por el otro lado, y se oye de nuevo el murmullo de voces alegres é infantiles).

Reíd, reíd... Ya lo sé. Mi hermana es la cenicienta, y yo soy el criado. En cambio, vosotros sois los dueños. Maldito...

(Entra repentinamente Sócrates por el fondo, vestido con mucha elegancia y distinción. Habla desde la puerta, con cierto desdén é ironía).

ESCENA II

MARIO y SÓCRATES. Luego ELENA

SÓCRATES. — Por segunda vez. ¿Quieres venir ó no quieres venir?

MARIO. — (Muy serio). No quiero ir.

SÓCRATES. — Eres un terco y un...

MARIO. — Y tú un granuja.

SÓCRATES. — Y tú un imbécil. Y si no te callas, verás qué pronto papá te hace callar.

MARIO. — Tu padre no es mi padre, así que...

SÓCRATES. — (Sonriendo). Ya lo sé que es mío solo. Así le pagas al que te quiere llevar con nosotros al teatro.

MARIO. — Bueno; basta. (Mal humorado).

SÓCRATES. — ¿Basta? (Se ríe). Pero oye, Mario: ¿estás bien de la cabeza?

MARIO. — Basta, te digo. Márchate y no vuelvas á hablarme. ¡Por Dios!...

(Entra Elena, y se coloca detrás de Sócrates. Viene elegantemente vestida y sonriendo).

ELENA. — ¿Qué ocurre, Sócrates? ¿Qué dice Mario?

SÓCRATES. — Mario está enfermo, como su hermana.

ELENA. — ¿Es sonámbulo? (Se ríe).

SÓCRATES. — Parece que sí.

MARIO. — Si no os marcháis de aquí, hago un disparate. (Se dirige á ellos). ¡Fuera de aquí! (Nervioso). ¡Fuera, chusma imbécil!...

SÓCRATES. — Nos iremos. Con locos es inútil tratar.

(Vanse silenciosamente, y cierran la puerta con fuerza, oyéndose la risa de los dos).

ESCENA III

MARIO solo

MARIO. — ¡Qué horrible es esto, Dios mío! ¡Tener que resistir tantas impertinencias, tantas burlas! ¿Qué pretenderá mi señor padrastro con esto? ¿Querrá que me vaya de aquí, de esta casa donde he nacido y he conocido á mi madre? ¿Querá verme sumiso á los pies de sus hijos, como un miserable esclavo, teniendo derecho á ser rey y emperador en este trono de mis padres? ¿Qué querrá? El, ni siquiera tiene la gran suerte de ser argentino; no ha nacido, para su mal, en esta tierra de libertad, en esta tierra de humanidad y de amor. Es francés, llegado no se sabe de dónde; no se sabe cuándo, ni cómo; acaso un pingajo de hombre, errante y desahuciado, que ha venido á arrancarme á mí lo que es mío, lo que pertenece á mi hermana, á esa pobre hermana mía, tan desgraciada. ¡Esto es imposible, imposible!...

ESCENA IV

MARIO y SÓCRATES entrando por el fondo

SÓCRATES. — (Con seriedad, desde la puerta). Vengo por última vez á decirte de parte de papá qué es lo que piensas. A preguntarte la razón por qué no quieres venir con nosotros al teatro.

MARIO. — ¿A preguntarme eso, dices?

SÓCRATES. — Sí, á preguntarte eso.

MARIO. — Pues, mira: eso no debíais preguntármelo, porque eso... eso cae de su peso.

(Se sonríe con ironía).

SÓCRATES. — Caerá de su peso, pero yo no lo entiendo, Mario.

MARIO. — ¿No lo entiendes, de veras?

SÓCRATES. — De veras.

MARIO — Pues, mira. Yo te explicaré en dos palabras.

SÓCRATES. — Bien; entonces, explícamelo.

MARIO. — (Acercándose á él). Yo no voy con vosotros al teatro, porque me encuentro con el traje y los botines rotos, mientras que vosotros vais muy elegantes. Además, mi hermana está enferma, y todos ustedes no se preocupan de su enfermedad lo más mínimo.

SÓCRATES. — Esas no son razones, señor don Mario.

MARIO. — ¡Conque no son razones, señor don Sócrates!

SÓCRATES. — Creo que no.

MARIO. — Pues yo creo que sí. Y son razones de mucho peso. Tu padre es cruel con nosotros.

SÓCRATES. — ¿Cruel?

MARIO. — Sí; cruel. Aquí en esta casa, mi hermana y yo somos los últimos, en lugar de ser los primeros. Esta casa es de mi padre, y cuanto constituye vuestra fortuna, nos pertenece á nosotros. Sin embargo, mi hermana y yo no representamos aquí más que papeles ínfimos; no somos más que limosneros ó mendigos, ó algo así. (Mirándose). ¿No me ves á mí? Mírame. El traje está cayéndose en pedazos; las botas tienen seis agujeros; la camisa sucia, y estoy, en fin, hecho un mendigo. En cambio, vos pareces un gentleman. Estás elegante, aristocrático, pulido; con botas de charol, perfumado, hecho un dandy. ¿Eh? ¿Tengo razones para no ir al teatro? ¿No es mejor que vayáis vosotros solos, que acompañados por un mendigo como yo y como mi hermana?

(Va á sentarse en la cama, y Sócrates, mirándolo con extrañeza, se retira por el fondo, sin decir nada, como contristado).

ESCENA V

MARIO solo. Al rato, IRMA

MARIO. — Bueno es que lo sepa. De este modo, ó tratará de devolvernos nuestra posición, ó tratará de eliminarnos de una vez, para reinar solamente él y sus hijos. Nada podemos esperar, al fin, ni de unos ni de otros. Acaso me cueste muchos disgustos esta declaración tan franca. Pero mi deber es decir la verdad, demostrar que no porque sea niño dejo de comprender las ignominias de la vida. Por desgracia, á mi edad, ya las comprendo demasiado. Toco con exceso las angustias que me brinda la orfandad. (Pausa). ¡Si tan siquiera fuese yo solo! ¡Ah! ¡Si no tuviese esta pobre hermana! ¡Ah, mi hermana!

(Se apaga el resplandor de la luz, y se siente el mismo bullicio de voces alegres que se alejan ahora. La escena queda más oscura y silenciosa).

MARIO. — Ya se van. Van á divertirse, á entusiasmarse, mientras nosotros quedamos guardando este nido que nos legó nuestro padre; pero que, al fin, no es ni será nuestro. ¿Dónde estará, qué hará mi hermana?

(Se recuesta en la cama, murmurando palabras inteligibles, y toma el retrato que está encima de la mesa de luz. En seguida entra por la izquierda Irma, lentamente. Viene descalza, medio desnuda, con un ramillete de violetas en la mano izquierda, y con la mano derecha sobre la cabeza. Es sonámbula, y entra

cantando lo siguiente en voz baja, y andando lentamente):

Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar,
y otra vez con el ala á tus cristales
jugando llamarán.

(Mario yérguese asustado y se desliza con visible temor de la cama, poniéndose en pie y alejándose lentamente hacia atrás, como horrorizado. Irma avanza con lentitud hacia el fondo, y luego vaga sin tino por la habitación).

MARIO. — (Asustado). ¡Dios mío, Dios mío! (Llamándola en voz muy baja, aterrorizado). ¡Irma! ¡Irma! ¡Hermana mía! (Irma se detiene entonces, y parece escuchar la voz de Mario). ¡Irma querida! (Cubriéndose el rostro con las manos). ¡Sonámbula! ¡Sonámbula! (Se arrima como desvanecido á la pared y la mira con ternura y con lástima).

IRMA. — (Repitiendo el verso, hablado).

Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar,
y otra vez con el ala á tus cristales
jugando llamarán.

(Se dirige hacia Mario, y éste huye lentamente, delante de ella, y vagan un momento así por la escena).

MARIO.—(Como aterrado). ¡Irma! ¡Irma! ¡Dios mío!

IRMA. — (Repitiendo el último verso). ¡Jugando llamarán!

MARIO. — (Abrazándola). ¡Hermana mía, hermana mía!

(Irma da un grito, y solloza pesadamente en los brazos de Mario, que la sostiene. — TELÓN.

FIN

III

¡BELLO MORIR!

BOCETO LÍRICO-DRAMÁTICO-INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Juan Manuel.
Niños y niñas.

ACTO UNICO

La escena representa un campo. Al fondo, levántase una tribuna, cubierta con un paño azul y blanco. A derecha é izquierda, bancos ó gradas para los oyentes. En medio de la escena, un breve trecho, alfombrado. Más hacia el proscenio, una pica que sostiene en la punta la bandera argentina.

ESCENA I

JUAN MANUEL, aparece en la tribuna como disponiéndose á hablar. En las gradas ó bancos de la derecha, aparecen sentados muchos niños, cada uno con su espada, y si se quiere, con uniforme militar; en las gradas de la izquierda, otras tantas niñas, todas con ramos de flores, y una cinta simbólica de la patria al cuello. Todos escucharán con suma atención la oración de Juan Manuel.

JUAN MANUEL. — (Que aparece como siguiendo el discurso). Hace veinticinco siglos, hace 2.500 años que una madre espartana exclamaba, hundiendo un puñal en el pecho de su hijo que volvía huyendo del combate: "Toma, mal espartano: El Eurotas no corre para los cobardes!"... Y aquel hijo, que había vuelto la espalda á la defensa de su patria huyendo de la batalla, cae herido mortalmente por su propia madre.

Seguramente que vosotras (dirigiéndose á

las niñas) no aprobaréis de buen grado esta actitud de aquella madre de la invencible Esparta; casi creo que os causará repugnancia esta mujer que mata á su hijo porque es un cobarde. Vuestra sensibilidad, vuestra natural delicadeza, vuestro temperamento de finura y sentimientos, se conmoverán ante esta madre que clava un puñal en el corazón de su hijo. Pero si miramos un poco al fondo mismo del hecho, observaremos en seguida que de aquella sangre, que brota como un raudal rojo del pecho del espartano, se levanta una aureola sublime que corona la frente de la madre y la eleva á los ojos del alma, en una divina apoteosis de amor. Aquella madre, al tener un hijo cobarde, queda deshonrada ante sus compatriotas; es ya entonces la madre de un traidor, de un cobarde que huye del combate en que sus compatriotas defienden á su patria. Las leyes de Esparta la condenan á muerte vil, y aquella mujer que tuvo la desgracia de tener un hijo de esta condición, es objeto del vilipendio y de la burla de todas las madres espartanas, que le echan en cara la cobardía de su hijo.

Por otra parte, el patriotismo de aquel pueblo antiguo es único en la historia del mundo. Ningún pueblo supo llevar ni sentir con tanta emoción el amor á su suelo y á sus instituciones, y las madres espartanas

sabían morir de dolor cuando eran vencidos sus hijos y caía la patria bajo la dominación extranjera.

Una madre no debe llorar nunca cuando ve marchar un hijo á la defensa de un noble ideal; jamás debe tampoco una madre alegrarse y recibir con júbilo á un hijo que huye cobardemente ante el enemigo invasor del suelo de su patria. Si no lo hiere, como aquella madre espartana, á lo menos debe despreciarlo, alejarse de su presencia, llorar la desgracia, la inmensa desgracia de haber dado á la vida un pedazo de su alma que no merece el título de hombre, ni siquiera su dulce é infinito cariño.

Nosotros somos los verdaderos hijos de la Libertad; nuestra sangre corre impetuosa al son de esta divina idea, que creció en esta tierra nuestra como un árbol silvestre, y cubrió con sus inmensas ramas todo el continente americano. Nuestra bandera es un jirón de ese cielo libre, sereno é infinito, que no tiene límites; nuestras pampas, anchas y hermosas, son la expresión gigante de este símbolo magnífico; nuestra historia es la historia de la Libertad; nuestras luchas obedecieron á este signo mágico, desde San Martín hasta Rosas, desde Rosas hasta nosotros; nuestros cantos son la llamarada lírica del pensamiento libre;

nuestros próceres no tuvieron otro ideal, y nosotros, que somos las ramas más tiernas de ese árbol gigantesco de la América, nosotros que somos los nietos de aquella generación de cíclopes ¿hemos de renegar de todo esto, y consentir un solo instante que viva en nuestro pueblo el miserable tipo del cobarde?

No es, no será digno del noble nombre de argentino quien no responda á su estirpe y á su historia; no podrá levantar la cabeza bajo el anchuroso cielo de nuestra patria quien, viéndola en peligro, no la defienda con valor espartano. Si tal cosa sucediese algún día, vosotras estáis en el santo deber de exclamar como aquella madre de que os hablé al principio, desechando al hijo desgraciado: ¡Ea, mal hijo! ¡El Plata *no corre para los cobardes*! He dicho.

(Todos acogen con aplausos prolongados las últimas palabras de Juan Manuel, y en seguida, cantan la siguiente canción bélica):

MÚSICA

Los NIÑOS. — Argentinos: la patria nos llama,
ofendida por vil invasor,
y su voz nuestros pechos inflama
de magnífico augusto valor.

LAS NIÑAS. — Levantad la bandera hasta el cielo,
y, erigiendo en el pecho un altar,
defended con valor nuestro suelo,
nuestro amor, nuestra vida y hogar.

CORO

" Vivir con cadenas,
¡cuán triste es vivir!
Morir por la patria,
qué bello es morir.
La patria oprimida,
con ayes sin fin
convoca á sus hijos;
sus ecos oíd!... "

(Se levanta un niño, y se coloca con su espada apoyada en el suelo junto á la pica, como guardándola con su espada, y en seguida avanza otro por el fondo y sobre la alfombra, se ponen en guardia ambos dispuestos á batirse en duelo).

UNA NIÑA. — Ya lo sabéis. El que sea capaz de tomar la bandera, tiene luego que defenderla hasta morir: (Dando la primera orden). ¡En guardia! (Bate las manos). Vamos...

(Los dos se baten en duelo, y el que ataca es tocado en seguida por el defensor de la bandera, retirándose al tiempo que avanza otro por el fondo y hace lo mismo que el anterior).

UN NIÑO. — Las malas artes no valen. Hay que atacar con nobleza y con honradez.

UNA NIÑA. — Cierto. Es prohibido atropellar sin batirse.

El que ataca. — Un enemigo puede usar de todos los medios para conseguir su objeto. Yo haré cuanto pueda por apoderarme de la bandera, y luego tener el alto honor de defenderla. En el combate todo es lícito.

Las niñas. — No, no. Así no se baten los caballeros.

Los niños. — Nobleza y honradez.

El que defiende. — Pues yo ruego á Vds. que permitan á este señor usar de las malas artes que crea conveniente conmigo. Yo también sabré defenderme, y defender mi bandera.

Las niñas. — No, no. Nos iremos si tal cosa ocurre. ¡Nobleza, nobleza!

Un niño. — Es que aquí pasa una cosa. Los dos son enemigos.

Una niña. — Entonces que se retire el que ataca.

Los niños. — Eso es. Que se retire.

Las niñas. — Sí, sí.

El que ataca. — Es injusto lo que se pide. Yo tengo derecho á conquistar esa bandera, batiéndome con honradez y con nobleza.

Las niñas. — Ah!... Entonces está muy bien.

Una niña. — Bien. ¡En guardia!... (Bate las manos). ¡Ahora!...

(Se baten y á poco, el que defiende la bandera, escurre y cae; pero se defiende con mucha energía con una rodilla en el suelo, hasta que lo toca al contrario en el pecho, y entonces se levanta y se cuadra).

Todos. — (Aplaudiendo). Tocado, tocado. Muy bien. ¡Bravo!

(Se retira el que ataca, y vuelve otro que hace lo mismo que los anteriores, y así sucesivamente, hasta el número de seis vencidos. Al terminar el sexto de retirarse, todas las niñas cubren de flores al defensor y los niños lo aclaman con estruendo y hurras y, entonces, aparece de nuevo en la tribuna Juan Manuel, con una pequeña corona de laurel en la mano, y habla lo que sigue):

JUAN MANUEL. —¿Qué he de decir yo del heroico comportamiento de nuestro compatriota? ¿Qué de su valor y heroísmo? Todos hemos presenciado la noble contienda que ha sostenido contra seis enemigos el defensor de nuestra venerable enseña; todos hemos admirado su arrojo y serenidad en la defensa del símbolo que le habíamos encomendado. Así nacen los héroes que canta la historia en sus páginas inmaculadas; así nacen y se erigen las almas grandes y los levantados corazones, que han de dar brillo y honor á nuestra patria y magnificencia á nuestra historia.

Vedlo ahí. Firme, sereno, erecto y arrogante; lleno de fuego su corazón para emprender nuevos combates, nuevas hazañas, y sostener flameante y alta la sagrada bandera de nuestra patria, que le ha sido confiada! He aquí un santo ejemplo que todos, sin excepción, debemos imitar para orgullo de la raza y sostén de nuestras leyendas. La vida entera no tiene ningún valor si en el momento de los grandes peligros no es ofrecida en holocausto ante el altar de

la patria. Ella es la gran madre cariñosa y sublime que á todos nos cobija y ampara, y á ella debemos, pues, ofrecer cuanto somos, cuanto podemos y todo cuanto valgamos.

Esta corona de laurel está destinada únicamente para los héroes consagrados; para aquellos que han llegado al sacrificio y al desprendimiento desinteresado de su vida, en bien de la patria. Y aquí se nos presenta este caso. Aquí está esperando la justa recompensa á su heroísmo, el que supo defender su bandera contra un enemigo seis veces superior, y aún mostrarse en pie, erigido sobre su victoria, como un buen soldado de la patria argentina. (Dirigiéndose al defensor). Alma de Milcíades, brazo de Alejandro, consiente que, en nuestro entusiasmo, te levantemos en brazos, y depositemos sobre tus sienes esta corona eternamente verde, eternamente feliz, y eternamente gloriosa!...

(Inmediatamente, los niños rodean al defensor y lo levantan sobre sus hombros, mientras que las niñas se forman en semicírculo en derredor de ellos y, á medida que avanzan hacia la tribuna, lentamente, lo harán cantando todos en coro).

MÚSICA

CORO

"Vivir con cadenas,
¡cuán triste es vivir!
Morir por la patria,
qué bello es morir.
La patria oprimida,
con ayes sin fin,
convoca á sus hijos;
sus ecos oíd!..."

(Fingiendo que muere, se echa hacia atrás el defensor, y las niñas corren á sostenerlo, gritando, por ejemplo, así: "¡Ay, ay! ¡Nuestro héroe! ¡Dios mío, que va á caer!" y así los niños: "¡Ea, arriba corazón de gigante! ¡Se muere de gloria, se muere de gloria!" Todos, en confusión, cantan entonces, con más vehemencia, los dos últimos versos):

Morir por la patria,
qué bello es morir.

TELÓN.

FIN

IV

PERVERSIDAD

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Julia.
Manucho.
Santiago.
Rafael.
Mariano.

ACTO UNICO

La escena representa una calle que cruza de derecha á izquierda. El fondo es una acera, y hacia el ángulo izquierdo la puerta entrada de una casa, á la que se sube por tres escalones que arrancan de la calzada; el resto del fondo hacia la derecha es una pared, cubierta con anuncios de propaganda comercial. Todo lo demás de la escena representa, como va dicho, la perspectiva de una calle. Es de mañana, temprano.

ESCENA I

JULIA, arrebujada en un pañolón negro, tiene á su lado, una caja con cigarrillos, etc. Sobre el otro escalón un paquete de diarios. Al levantarse el telón aparece avanzando por la acera con la caja de los cigarrillos en la cabeza, que luego dispone en aquel lugar, como va expresado. Al rato, MANUCHO, con prisa.

JULIA. — (Disponiendo la mercancia). Es de balde. Hoy no me irá mejor que ayer, ni mañana mejor que hoy. Por aquí apenas pasa gente, y la que pasa, casi todas son mujeres, y las mujeres no fuman ni leen periódicos: este no es buen sitio. En cuanto vuelva mi hermano Manucho, voy á convencerlo de que tengo que irme de aquí. Aquí no ganamos para pan. (Pausa). Mi madre, antes de morir, estuvo nueve años seguidos sentada en este

mismo asiento, desde que amanecía hasta que oscurecía, y la pobre no consiguió nunca salir de la miseria. Ahora me siento yo hace un año y la esperanza que tengo es la misma. (Se sienta abrigándose con el pañuelo hasta las orejas). ¡Los hijos de los pobres, los hijos sin padre ni madre nunca tendrán más suerte en este mundo! ¡Es ley de Dios!... ¡Es ley de Dios!...

MANUCHO. — (Corriendo). Dame más diarios. Pronto.

JULIA. — ¿Tienes mucha prisa? ¡Jesús qué apuro!...

MANUCHO. — Sí. Si no los vendemos ahora tempranito, nos quedan ahí de clavo. Pronto.

(Se sopla los dedos y tiembla).

JULIA. — ¡Jesús. Qué apurado! ¿Tienes frío, Manucho?

MANUCHO. — Pues claro. ¿Vendiste muchos diarios vos?

JULIA. — Yo, ninguno.

MANUCHO. — Vos tienes la jetta.

JULIA. — Y tú el jetto. (Se los da).

MANUCHO. — (Corriendo). Chau!... (Volviéndose á los pocos pasos). Oye, Julia:

JULIA. — ¿Qué quieres?

MANUCHO. — Mira. Si viene por aquí Rafael, el rengo, le das cinco ó seis diarios, que después cuando los venda, te traerá la plata. No tiene para comprar hoy.

JULIA. — ¿Y después, si no me los paga? ¿no sabes vos como es el rengo de vivo?

MANUCHO. — Calla, Julita. Si el rengo no nos paga los diarios, lo pongo rengo de la otra pierna, y, entonces, no vende más diarios en su vida. Pedirá limosna.

JULIA. — De mucho te servirá á ti romperle la otra pierna. Mira que tienes cada salida!

MANUCHO. — Y bueno, hermanita. Al que mal anda, se le hace andar mal de verdad. (Yéndose). Chau.

JULIA. — Bueno. Pero, dime: ¿se los doy?

MANUCHO. — (A la distancia). Sí, sí; dáselos. (Vase).

ESCENA II

JULIA, sola. En seguida, SANTIAGO por la izquierda. Viste sobretodo y guantes, con libros en la mano.

JULIA. — ¡Ay, Manucho de mi alma! Vos te fías del rengo, y el rengo es más vivo y más pícaro que vos. Me parece á mí que ese rengo va á dejarme también rengo á mí este pequeño boliche. No sé por qué me lo parece. Manucho es muy generoso, muy bueno y muy trabajador, y piensa que todos son como él. ¡Nada! Si viene el rengo, no le doy los diarios, aunque me riña mi hermano. Seis diarios son cuarenta centavos, y cuarenta centavos me alcanzan para hacer el puchero para los dos.

SANTIAGO. — (Entrando por la izquierda). Buenos días.
JULIA. — Buen día, niño.
SANTIAGO. — Deme el *P B T*. (Muy serio).
JULIA. — El *P B T* no lo tengo.
SANTIAGO. — Las *Caras y Caretas*.
JULIA. — Tampoco, señor.
SANTIAGO. — ¿Qué tiene, entonces?
JULIA. — *La Nación* y *La Prensa*.
SANTIAGO. — ¿Y por qué no tiene revistas?
JULIA. — Porque no me las piden si no...
SANTIAGO. — Bien, entonces.
JULIA. — ¿Quiere cigarrillos?
SANTIAGO. — No fumo. Si tuviese el *P B T* yo se lo compraría siempre.
JULIA. — Entonces voy á tenerlo. Usted me recomendará á otros amigos suyos, porque así compraría unos cuantos números.
SANTIAGO. — Pues cómprelos, que yo le aseguro la venta de ocho ó diez cada semana. ¿Usted es argentina?
JULIA. — Sí, niño. Soy argentina.
SANTIAGO. — ¿Y sus padres?
JULIA. — Yo no tengo padres. Se han muerto.
SANTIAGO. — ¿Es usted sola, entonces?
JULIA. — Yo y un hermanito.
SANTIAGO. — ¿Y dónde está su hermano?
JULIA. — Anda vendiendo los diarios.
SANTIAGO. — Poco ganarán con esto ¿no es verdad?
JULIA. — Apenas para vivir.
SANTIAGO. — Bueno. Compre las revistas que yo

me encargaré de que las venda todas. Deme un paquete de cigarrillos. (Le da el dinero).

JULIA. — Tome, usted. (Se lo da).

SANTIAGO. — (Devolviéndole los cigarrillos). Se los regalo. Adiós. (Vase).

JULIA. — Muchas gracias, niño. (Aparte). ¡Qué ángel! (Lo mira).

(Entra Rafael por la derecha, con prisa. Viene sin gorra en la cabeza y como es cojo, se inclina al caminar).

ESCENA III

JULIA y RAFAEL, por la izquierda.

JULIA. — (Mirándolo de soslayo). (Aparte). El renguito viene contento como unas Pascuas; pero lo que es hoy, no ve un diario. Me tiene cansada con tantos clavos.

RAFAEL. — Buenos días, Julia. (Se muestra contento).

JULIA. — Hola, renguito. Buenos días. Hoy vienes contento. ¿Te tocó la lotería ó te vas á casar?

RAFAEL. — Ni una cosa, ni otra. Pero por eso vengo contento, Julia, vengo contento. (Se pasea y frota las manos).

JULIA. — Aunque no me lo digas, bien se te conoce. ¿Por qué estás contento?

RAFAEL. — No te lo digo. (Se balancea sobre la pierna enferma). Después que me des los diarios, después sí.

JULIA. — Pues no te los doy hasta que me cuentes.

RAFAEL. — ¿No me los das, de veras?

JULIA. — De veras. Tengo pocos diarios.

RAFAEL. — ¿Y si te lo cuento?

JULIA. — Entonces veremos.

RAFAEL. — ¿Aún veremos?

JULIA. — Cuéntame, y después ya hablaremos.

RAFAEL. — Pues mira: te lo voy á contar. Pero no se lo vas á decir á nadie ¿eh?

JULIA. — ¿Es una cosa tan secreta?

RAFAEL. — Sí. A ti te lo cuento, porque eres mi amiga, y á Manucho también; pero á nadie más.

JULIA. — Y bueno. Dímelo, entonces.

RAFAEL. — Pues... ¿sabes? Esta mañana vino un señor á nuestra casa y nos trajo un hermanito, pequeñito como una laucha.

JULIA. — ¿Un hermanito?

RAFAEL. — Sí, un hermanito, que lo tiene mi madre con ella en la cama; porque mi madre está enferma en la cama ¿sabes? y al lado de ella tiene á mi hermanito, chiquitito, chiquitito; así, mira: (Cierra el puño). Y es rubio, rubio como una muñeca, y no llora nada, y está pegadito á mi madre que parece una laucha. Pero es lindo, lindo que da gusto verlo.

JULIA. — ¿Entonces, nació hoy?

RAFAEL. — Sí. Sólo que mi madre tiene... tiene... No te lo digo.

JULIA. — ¿Qué tiene tu mamá?

RAFAEL. — Me da vergüenza decirlo.

JULIA. — Pues no tengas vergüenza. Dime lo que tiene.

RAFAEL. — Pues te lo voy á decir. ¡Mi madre tiene hambre!

JULIA. — ¿Hambre?

RAFAEL. — Sí, Julia. Tiene hambre; y á mí me dijo que le llevase algo de comer, porque ella está en la cama y no puede salir á trabajar. Y yo no tengo qué llevarle. Ando buscando, buscando, y no encuentro. Le pedí á un señor en la calle Cuyo, y me llamó atorrante; le pedí á una señora, y me pegó con la cartera; hasta le pedí á un vigilante, y me quiso llevar preso.

JULIA. — ¿Por qué?

RAFAEL. — Porque le pedí.

JULIA. — Bueno. ¿Cuántos diarios quieres?

RAFAEL. — Dame todos los que puedas.

JULIA. — Toma diez. No me quedan más. Véndelos y llévale todo á tu mamá. ¿Oíste?

RAFAEL. — ¿Me los regalas?

JULIA. — Sí, te los regalo.

RAFAEL. — (Salta de gozo). ¡Ay, qué buena es Julia! ¡Ay! (Quiere abrazarla). Dame un abrazo, dame un abrazo. (Abre los brazos).

JULIA. — Anda, anda. No seas titiritero. Vende los diarios.

RAFAEL. — ¿Titiritero? No me parece que sirva para eso. ¿No ves que soy rengo?

JULIA. — Bueno. Mándate mudar.

RAFAEL. — Ya me voy. (Aparte). ¡Y se tragó la mentira! ¡Qué zonza! Ahora le voy á hacer el cuento de la caja de cigarrillos. A los zonzos... pan con queso. (Voceando los diarios). *La Nación. La Prensa.* Con el crimen de la calle Bustamante! (Vase).

ESCENA IV

JULIA sola, luego MARIANO.

JULIA. — ¡Pobre rengo! El aún es más pobre que yo y que Manucho. Sabe Dios cuántas hambres y miserias pasará, y yo y Manucho siquiera no pasamos hambres, ni muchas miserias. ¡Cuando tiene hambre la madre!... Si yo tuviese mucha plata, le daría la mitad; porque estar enfermo y tener hambre debe ser muy triste y cruel. ¡Ah mundo, mundo! (Pausa). ¡Cuántos pobres!

(Entra corriendo por la derecha, Mariano, muy asustado y perplejo).

MARIANO. — Mira, Julia, (tartamudea) mira. A Manucho lo atropelló un tranvía en la calle Maipú; lo atropelló, debajo de las ruedas, y está sangrando que da miedo! ¡Que vayas allá en seguida! Lo atropelló, lo atropelló, Julia!

(Julia sale corriendo, gritando, sin decir nada).

ESCENA V

MARIANO, y RAFAEL, en seguida.

MARIANO. — ¡Qué otaria! (La queda mirando por detrás). ¡Esta sí que es una buena pesca! Tenía razón el rengo, que era prenda segura. Anteayer, cuando robamos la gallina en el mercado, nos salió mal; es decir, bien, porque no nos prendieron; pero ésta sale como corcho de *champán*. El rengo es vivo como laucha vieja.

(Entra corriendo el rengo, muy contento).

MARIANO. — Apúrate, rengo.

RAFAEL. — ¿Has visto? (Entre los dos toman la caja y la colocan en el suelo, al tiempo de que por la acera pasa un muchacho).

MARIANO. — Bueno. Vamos á repartir como hermanitos, no más.

KAFAEL. — Bueno; vamos. ¿Cuántos paquetes de cigarrillos hay?

MARIANO. — Hay cien, más ó menos.

RAFAEL. — Bueno; á mí me corresponden ochenta, por la dirección del negocio, y además los fósforos.

MARIANO. — No me parece, rengo. Dijimos á medias.

RAFAEL. — Yo no tengo medias, que ando descalzo. La ley es como yo te digo, lo demás son cuentos.

MARIANO. — Ya empiezas con lo mismo de siempre.

RAFAEL. — Bueno, bueno. Echa aquí ochenta paquetillos. (Desabotona la camiseta, y comienza él á echar los paquetes).

MARIANO. — Pero ¿qué haces?

RAFAEL. — ¿No me ves? Cuento paquetillos, para irme de aquí rápido.

MARIANO. — Pues yo también voy á contar. (Los dos se apuran en la faena, y caen algunos por el suelo).

RAFAEL. — Vos nada más que veinte ¿oíste?

MARIANO. — A medias, á medias. (Sigue apurándose).

RAFAEL. — No, señor. (Enojado).

MARIANO. — Cállate, rengo. (Pasa un niño con diarios).

RAFAEL. — No me llames rengo. (Lo empuja y Mariano cae hacia atrás, mientras el rengo se apura en guardar paquetes).

MARIANO. — ¡Ladrón! (Se levanta y se va hacia el rengo Rafael).

RAFAEL. — ¡Ladrón! ¡Te voy á golpear!...

MARIANO. — Veremos. (Se abrazan en pelea, y caen al suelo enardecidos, al tiempo que entra Manucho por la derecha).

ESCENA VI

Dichos y MANUCHO. Al momento, JULIA.

MANUCHO. — ¿Y qué hay aquí? Pero... ¡Eh, rengo! (Contempla la caja vacía, y la mira con extrañeza). Pero ¿qué es esto? ¡Ah ladrones,

bandidos! ¡Nos habéis robado, ladrones!

(Los quiere abrazar á los dos; pero entonces ellos se vuelven y lo tiran al suelo, golpeándolo).

RAFAEL. — Te vas á callar, te vas á callar, si no aquí...

MANUCHO. — ¡Ladrones! ¡Sois dos contra uno! ¡Ladrones!

(Entra Julia corriendo, y al ver á Manucho en el suelo, se abalanza á los dos, y cae sobre su hermano, sujetada por Mariano, mientras Rafael huye).

JULIA. — ¡Miserable rengo! ¡Me robaste, maldito! ¡Ladrón!

MANUCHO. — ¡Déjame levantar, ladrón!

TELÓN.

FIN

V

¡MISERABLES!...

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Juan Carlos.
Mercedes.
Jorge.
Antonio.
Julio.
Sara.
Manuelita.

ACTO UNICO

Un dormitorio amueblado sencilla y elegantemente. Al fondo, un balcón que mira á un jardín de la casa, y en los dos ángulos, de derecha é izquierda, dos camas chicas, como para niños. En medio de la habitación, una mesa velador con un gramófono encima. A los pies de la cama de la derecha, un sillon-cito hamaca. Es de noche, y la habitación está sin luz artificial alguna. Por el balcón, abierto del todo, entra la claridad semidiáfana de la noche.

ESCENA I

JUAN CARLOS aparece sentado en la hamaca. Está enfermo de hipocondría, y el color de su tez, y su actitud, revelarán su decaimiento. Frente al balcón, en una silla, JORGE, leyendo en voz alta en un libro, con mucho trabajo, por la falta de luz. Del fondo del jardín llega la música suave de una armonía, que parece ensayar ó ya tocar perfectamente uno de esos cantos de la campaña, llamados con razón "Tristes".

JUAN CARLOS. — Enciende la luz.

JORGE. — No hay necesidad, Juan Carlos. Tengo unos ojos de lince, y veo más de noche que de día. Soy como los murciélagos.

JUAN CARLOS. — ¡Extraños ojos! En cambio á mí el sol me hace vibrar la luz de las pupilas, como si me encendiese el alma. Será porque estoy enfermo ¿no es verdad, Jorge?

JORGE. — ¡Y dale con el estoy enfermo! ¿Te quieres callar de una vez, amigo mío del alma? Tú estás más sano que yo. Pero lo que tienes es susto en el cuerpo, mucho susto, y eso te hace ver muchas visiones, muchos duendes.

JUAN CARLOS. — Sin embargo, buen amigo, mi color, mi cara, revelan lo contrario de lo que tú me dices. Cada vez que me miro al espejo, verdaderamente me asusto: parezco un cadáver.

JORGE. — No digas tonterías, por Dios. Son visiones, visiones, amigo Carlos. Miedo, puro miedo, y nada más que miedo. ¿Crees que no?

JUAN CARLOS. — (Levántase y se dirige á un espejo de un ropero). Esto no es miedo, amigo mío, (se toca la cara) sino realidad. Acércate aquí; ven, ven un momento y verás.

JORGE. — (Vase, y se coloca á su lado, frente al espejo). ¿Qué voy á ver?

JUAN CARLOS. — (Se alumbra con un fósforo). ¿Te convences ahora?

JORGE. — ¿Y de qué?

JUAN CARLOS. — ¿Aun no? (lo mira con incertidumbre) ¿no ves qué inmensa diferencia hay entre mi cara y la tuya? Mira, (enciende otro fósforo) tú pareces una fresa, una manzana fresca, lozana y sazonada; tu cara vende salud. Yo, en cambio, soy una hoja otoñal, seca, amarillenta y mustia; sin color, sin vida, sin sangre ¿no me ves, Jorge?

JORGE. — Ilusiones, ilusiones; pero no; no es eso: ilusiones no. Son visiones purísimas, visiones, amigo Juan Carlos.

JUAN CARLOS. — (Tristemente). Sí, sí; visiones, visiones de realidad, don Jorge amigo. Yo tengo hipocondría, el terrible mal de la tristeza, del espanto; me asalta un continuo temor, un perenne sobresalto, y á cada momento temo que se me rompa el corazón. ¡Esto es terrible! (Se sienta en la hamaca y queda como abatido. JORGE le sigue en silencio, sentándose también).

JORGE. — Bueno: es susto, susto. Lo que yo digo. Mira: ¿seguimos leyendo? (Deseando distraerlo á toda costa).

JUAN CARLOS. — ¿Y qué libro es ese?

JORGE. — ¿Te gusta?

JUAN CARLOS. — Muchísimo. Encuentro satisfacción en su lectura.

JORGE. — Pues este libro es "Amalia" de José Mármol.

JUAN CARLOS. — ¡Ah! Nuestro gran novelista primitivo. El gran romántico.

JORGE. — Sí. ¿Leo entonces?

JUAN CARLOS. — Sí, sí; lee. Es muy hermoso.

JORGE. — (Leyendo en alto). "Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazón, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió á escudar con su cuerpo el cuerpo de Eduardo, mientras

Daniel tomó el sable de Pedro expirante, y corrió también al gabinete.

Pero, junto con él, los asesinos entraron, y cuando Eduardo oprimía contra su corazón á su Amalia, para hacerle con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos; Daniel recibía una cuchillada en su brazo derecho, y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, á quien un esfuerzo sobrenatural debía mantener en pie por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apenas en un ángulo del gabinete por los brazos de Amalia, mientras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos de la sangre y amedrentaba á sus asesinos; cuando Daniel, en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda, se defendía como un héroe; en ese momento en que los bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de la calle. Luisa, que había ganado el zaguán, despavorida, conoce la voz de Fermín, descorre el cerrojo y abre la puerta.

Entonces un hombre anciano, cubierto con un poncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno; pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazón por la mano de la naturaleza.

—¡Alto, alto, en nombre del Restaurador! Y todos oyeron esa voz, menos Eduardo, cuya alma en ese instante volaba hacia Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las once de la noche.

— Aquí, padre mío, aquí, salve usted á Amalia ".

ESCENA II

JUAN CARLOS, JORGE y MERCEDES entrando con una taza de leche caliente por la derecha.

JORGE. — ¿Qué te parece, amigo Juan Carlos?

JUAN CARLOS. — ¡Pobre Bello! Fué un gran patriota, un gran corazón.

MERCEDES. — (Muy solícita). Toma, Juan Carlos.

JUAN CARLOS. — Pon allí, Mercedes (Señala la mesa). Deja enfriar un poco.

MERCEDES. —Ya sabes que debes tomarla caliente.

JORGE. — ¡Cuántos crímenes, cuánta sangre generosa ha derramado este cruel Rosas! ¡Qué tirano!

JUAN CARLOS. — ¡Fué inhumano con sus enemigos políticos!

MERCEDES. — Vamos, Jorge. Apostaría que le estás leyendo otra vez ese libro.

JORGE. — ¿Qué libro?

MERCEDES. — Ese libro que le gusta tanto á Juan Carlos. (Se acerca á Jorge). ¿A ver?

JUAN CARLOS. — Bien podías dejarnos solos, Merceditas, y dejarte de tonterías.

JORGE. — Claro. ¿Qué libro dices? Pues mira. Un libro muy bueno ¿Veslo?

MERCEDES. — (Leyendo la portada). ¡Amalia! Pues el médico dice que no debe leer libros; que se debilita. Este libro me lo llevo yo.

JUAN CARLOS. — ¿Y por qué? ¿Con qué derecho, hermanita?

JORGE. — Pues, justamente, ¿con qué derecho te lo llevas?

MERCEDES. — Con el derecho que me da el cariño que le tengo á Juan Carlos. ¿O crees tú que no le quiero á Juan Carlos?

JORGE. — Yo no niego eso, Mercedes. Pero...

MERCEDES. — No hay pero que valga.

JUAN CARLOS. — Es chocante esta Mercedes. (A ella). Mira, querida: yo te ruego que me quieras menos, y que me dejes el libro.

MERCEDES. — Eso no puedo concedértelo. Yo te quiero lo que te debo querer; mejor dicho: lo que mi corazón quiere quererte, y nada más.

JORGE. — Bien; pero déjanos el libro.

MERCEDES. — No es posible, señor don Jorge. Si usted es buen amigo de su amigo, el señor Juan Carlos, no debe pedirme eso.

JUAN CARLOS. — Eres muy exigente, Mercedes. Dame, dame el libro.

JORGE. — ¿Por qué dices eso, Mercedes?

MERCEDES. — Por una razón muy grande. Este libro es bueno; pero para los que sufren de impresiones, es demasiado fuerte. Es un libro escrito con sangre misma del corazón. ¿No tenéis otra cosa en qué distraeros y pasar alegremente el tiempo?

JUAN CARLOS. — No; no tenemos otra distracción.

MERCEDES. — ¡Ah, no!

JORGE. — Claro. Esa es una linda distracción; el mejor pasatiempo.

MERCEDES. — Cuando se está bien, será; pero para Juan Carlos esto es muy triste. Habla de crímenes, de sangre, de cosas terribles. Vais á ver cómo yo encuentro, sin salir de aquí, más alegría. ¿Queréis verlo?

JORGE. — ¡Cómo no!

MERCEDES. — Pues lo veréis.

(Se dirige hacia el gramófono, y coloca el disco del coro de "los tres ratas" de la zarzuela española: "La gran vía" y, al sonar la música, ella acompaña alegremente con el canto, tocando las manos).

JORGE. — (Levantándose). ¡Olé chiquilla!

JUAN CARLOS. — ¿Cuándo trajeron ese disco?

MERCEDES. — Hoy.

JORGE. — Muy bien, muy bien. (Acompaña también con las manos, y se alegran los tres jubilosamente).

MERCEDES. — ¡Viva la música!

JORGE. — ¡Viva!...

ESCENA III

Dichos y, por la derecha, ANTONIO, JULIO, SARA y MANUELITA.
Entran y rodean el gramófono con alegría, aplaudiendo.

ANTONIO. — ¡Vaya un concierto!

SARA. — Nos hemos convertido en un nido de ratas.

JORGE. — Vivan las lauchas con polleras.

MERCEDES. — ¿Lo hago sonar otra vez, queréis?

JULIO. — Sí, sí.

MANUELITA. — ¿Cómo no? Esto es lindo.

MERCEDES. — Ahí va, entonces. Y luego nosotras nos vamos á nuestro piano.

(Suena otra vez el gramófono lo mismo, y las niñas se retiran tocando las manos, por la derecha).

JORGE. — (Con mucha gracia). *E viva la vita, e viva el amore.*

ANTONIO. — *E viva Garibaldi.*

JULIO. — *E viva Musolino.*

JORGE. — (Con gran énfasis hacia Juan Carlos). *¡Pálida morte, morte chivile!* (Lo dice como está escrito).

JUAN CARLOS. — No me hables así, Jorge (hace un gesto de disgusto).

JULIO. — ¿Qué hay?

JORGE. — Nada. Que Juan Carlos está asustado desde que lo hubo de alcanzar la bomba anarquista en el Colón.

JULIO. — De buena te libraste ¿eh, Juan Carlos?

ANTONIO. — Voy á hacerlo sonar otra vez. (Suena de nuevo el gramófono).

JUAN CARLOS. — ¡Ay! (Se lleva una mano al pecho).

JORGE. — ¿Qué tienes, Juan Carlos?

JULIO. — ¿Te sientes mal?

ANTONIO. — ¿Qué hay? (Juan Carlos parece sentir dolor).

JORGE. — Pero ¿qué te pasa? (Lo agarra de un brazo).

JUAN CARLOS. — ¡Ay! ¡Muero, muero! (Va á caer y los tres lo sostienen).

JORGE. — ¡Juan Carlos, por Dios!

JUAN CARLOS. — ¡Ay! Llamen á mamá.

ANTONIO. — ¡Dios mío! ¡Juan Carlos!

(Juan Carlos cae al suelo, desfallecido, y los tres comienzan á gritar, llamando por Mercedes y sollozando, á la vez que pretenden levantarlo del suelo).

JORGE.— ¡Mercedes, Mercedes! ¡Qué muere Juan Carlos! ¡Mercedes!

(Entran todas apresuradas, y comienzan á gritar en torno de Juan Carlos).

MERCEDES. — ¡Juan Carlos! ¡Mi hermano querido!

JORGE. — ¡Todo por esos maldecidos anarquistas!
(Gritando con rabia). ¡Miserables, miserables!
(Besando á su amigo). ¡Miserables asesinos de un ángel!

ANTONIO. — ¡Miserables!...

TELÓN.

FIN

VI

LA INDIECITA

BOCETO DRAMÁTICO INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

Rosenda.
Remedios.
Corina.
Amparo.
Victorina.
Antenora.
Rosario.

ACTO UNICO

Aposento lujoso. Al fondo, un piano y varias butacas. A la derecha, en segundo término, una puerta interior; en primer término, un mueble cualquiera, adecuado al lugar, si es posible, una vitrina. A la izquierda, otra puerta, y, en primer término, un sofá. En medio de la sala, cuelga una araña artística, que aparece encendida. Bajo la araña, una mesa velador, y, encima de la mesa, una cajita de música. Es noche.

ESCENA I

REMEDIOS, vestida con elegancia, en traje de casa, aparece sentada en el sofá, leyendo el "Facundo". En la falda tiene un gato negro, que acaricia distraidamente. Al levantarse el telón, se oirá la caja de música, que suena por un resorte, ó automáticamente. Al rato, ROSENDA, por la izquierda, vestida de rojo enteramente, con el cabello sujetado por una cinta verde. Entra con lentitud y, después de parecer un momento sorprendida ante la caja de música, se sienta en el suelo, á los pies de REMEDIOS, con los brazos cruzados, frente á ella.

REMEDIOS. — (Hablado, después de unos instantes que permanece leyendo). ¡Pobre Facundo! ¡Qué terribles momentos debió de pasar entonces! Encontrarse solo, en medio de aquel ancho arenal, cargado y sudoroso, con todo el pesado atalaje de su caballo; con el temor de la persecución, y la zozobra de tener que atravesar aquellas leguas de desierto, ham-

briento y despavorido. Luego, el tigre, el tigre que rastrea á lo lejos husmeando carne humana; que ruge ya más cerca de él, y le sigue, olfateándole los pasos!...

Yo lo veo encaramado en la copa del pequeño y endeble algarrobo, con el pecho lleno de angustia y honda inquietud; mirando, tendido al pie del árbol al tigre enorme y hambriento, que lo mira hacia arriba, abriendo su boca tremenda, guarnecida por dos sierras formidables de dientes relucientes, que castañetean con rabia, en un temblor vehemente y salvaje. Lo miro allí, al pobre Facundo Quiroga, al tigre de nuestros llanos, con el corazón nublado por la inmensa pena de hallarse sin sus compañeros; sin fuerzas ya para pelear con la fiera que le aguarda tendida en el suelo. (Entra Rosenda, y hace como va dicho). Lo miro allí, extenuado por el hambre y el insomnio; angustiado por su delito, con las alas de su alma intensa y gigante, abatidas por la suprema angustia que dobla, al fin, aquella naturaleza sólida é inquebrantable y parece expirar de dolorosa inquietud con sus ojos hermosos de gaucho, plasmados, extáticos y fijos en los verdes y fulgurantes ojos del tigre! (Breve pausa). ¡Pobre, pobre Facundo! (Cierra el libro, y lo deja á su lado).

ROSENDA. — (Con ansiedad). ¿Y quién era ese hombre, niña Remedios?

REMEDIOS. — ¿Quién era? (con cariño). Era un hombre que se llamaba Facundo.

ROSENDA. — ¿Facundo?

REMEDIOS. — Sí. ¿Lo conocías vos?

ROSENDA. — Sí. Mi papá se llamaba Facundo.

REMEDIOS. — (Se ríe y la acaricia). ¡Pobre Rosenda! ¡Qué sencilla es!

ROSENDA. — ¿Entonces no era mi papá?

REMEDIOS. —No. (Se levanta y hace sonar de nuevo la caja de música).

ROSENDA. — ¿Sabe, niña Remedios? (En tono de pregunta).

REMEDIOS. — ¿Qué dices, Rosenda?

ROSENDA. — Ya aprendí el cantar de la bandera. Si viera qué bien lo canto! Escuche... ¡Ah, no! Pero antes quiero que usted me diga si va á venir mi mamá á buscarme, porque... ayer no vino, ni hoy tampoco, y yo quiero que usted me diga si va á venir mi mamá. ¿Va á venir, niña Remedios? ¡Diga que sí!

REMEDIOS. — (Aparte). ¡Pobrecita Rosenda! ¡Aún se recuerda de su madre! ¡Qué amor tan sublime es ese! (A Rosenda). Sí, Rosendita; tu mamá va á venir mañana. ¿Quieres verla?

ROSENDA. — Sí, sí, niña Remedios. Quiero verla. ¿Va á venir?

REMEDIOS. — Sí que va á venir. Mañana tempranito ya la vas á ver. ¿Te gusta ver á tu mamá?

ROSENDA. — ¡Ay cuánto me gusta! ¿Y por qué no viene antes, niña Remedios?

REMEDIOS. — Porque vive muy lejos, allá lejos, junto á las selvas. ¿No sabes, Rosendita, donde vivías vos?

ROSENDA. — Sí, allá lejos. ¿Y va á venir ella?

REMEDIOS. — (La acaricia). Sí, querida, sí, va á venir. ¿La quieres mucho, mucho á tu mamá, Rosenda?

ROSENDA. — Mucho.

REMEDIOS. — ¿Y por qué la quieres tanto?

ROSENDA. — (Balbuciente). Porque.... porque.... ¡Porque es mi madre!

REMEDIOS. — Y á quién quieres más, ¿á élla ó á mí? (Rosenda oculta la cara y no contesta, manteniendo baja la cabeza). Contesta, Rosendita. Vamos, no tengas vergüenza. A quién quieres más. ¿Quieres más á tu mamá ó á mí? (Le arregla la cinta del pelo). Contesta, Rosenda.

ROSENDA. — A mi mamá.

REMEDIOS — ¿A tu mamá?

ROSENDA. — Sí. (Humildemente).

REMEDIOS. — ¿Y á mí no me quieres, entonces?

ROSENDA. — Sí, también.

REMEDIOS. — (Aparte). ¡Pobrecita! ¡Qué sublime, qué divino y santo es el amor de madre! Esclava y todo; vendida, regalada esta infeliz por su madre, y, sin embargo, suspira por ella. Piensa en ella y quiere verla! ¿Cuándo la volverá á ver? ¡Acaso nunca más! ¡Pobrecita!

ROSENDA. — ¿Qué dice, niña Remedios?
REMEDIOS. — Nada; no digo nada, Rosendita.
ROSENDA. — Y para qué hablaba, entonces?...
¿Va á venir mi madre?
REMEDIOS. — Sí; va á venir, va á venir.
ROSENDA. — (Alegremente). Niña Remedios. ¿Quiere que le diga el verso que me enseñó? Ahora, ya lo sé. ¿Lo digo?
REMEDIOS. — Bueno. Pero bien dicho ¿eh? ¿oyes, Rosenda?
ROSENDA. — Bueno. Bien dicho.

(Se pone en pie, y acciona graciosamente, á medida del significado correspondiente).

" ¡Oh qué alegría!
¡Oh qué placer!...
Oye, mi madre:
Ya sé leer!"...
" Amor y dicha,
luz y saber,
abrió las puertas
de mi niñez!"

(Remedios le da un beso en la frente).

ESCENA II

REMEDIOS, ROSENDA y, entrando en escena, AMPARO, CORINA, VICTORINA y ANTENORA, por la derecha. Todas vestirán con elegancia, trayendo pequeños ramilletes de flores.

REMEDIOS. — (A Rosenda). Como sigas aprendiendo así á hablar, te voy á regalar un vestido.

(Entran Amparo, Corina y Victorina, y atrás Antenora. Remedios se levanta, y va á su encuentro, saludándolas con mucha cortesía, y besándose, las niñas).

CORINA. — Vos siempre tan casera, Remedios.

(Se sientan en las butacas). Si nosotras no venimos á buscarte no mereceremos nunca el honor de una visita tuya.

VICTORINA. — Es verdad. Vos tienes temperamento de monja, Remedios.

REMEDIOS. — No lo creáis. Es cierto que poco salgo, pero no por eso me olvido de mis buenas amigas. En casa también me distraigo.

AMPARO. — Y ¿de qué modo? Si tuvieses hermanas, aún bueno; pero tú sola...

REMEDIOS. — Tengo conmigo una buena compañera.

CORINA. — ¿Cierto?

REMEDIOS. — Cierto.

AMPARO. — (Riéndose fuerte). Ya sé, ya sé. (Señalando á Rosenda, que sigue sentada en el suelo, cerca del sofá). ¿No es aquélla? (Todas la miran).

VICTORINA. — ¡Ah, la indiecita! Es cierto.

REMEDIOS. — Pues ya veis que no os miento.

CORINA. — (A Remedios). ¿Y aún se recuerda de su mamá? ¿Aún llora por ella, Remedios?

REMEDIOS. — Como el primer momento.

AMPARO. — Parece buena la indiecita. ¿No es verdad?

REMEDIOS. — Es muy buena, y muy inteligente.

VICTORINA. — ¡Pobrecita! ¿Y entonces siente á la madre?

REMEDIOS. — Como una persona mayor. Yo hago los esfuerzos posibles porque la olvide, pero es inútil. Suspira continuamente por ella.

ANTENORA. — ¿Ya sabe hablar el castellano?

REMEDIOS. — Ya sabe bastante. Es muy discreta y muy cariñosa.

ANTENORA. — ¡Parece increíble! ¿Y la madre?

AMPARO. — Es verdad. ¿No viene á visitarla la madre?

REMEDIOS. — No ha vuelto, ni quizá venga más. Pero, en cambio, ella llora y suspira por su amor, y no desea sino verla. Si continúa de ese modo, yo le diré á papá que se la devuelva. ¡Me da pena!

CORINA. — ¿Cuántos meses hace que no la ve? Hará mucho ¿no?

REMEDIOS. — Hace un mes y medio. La última vez que vino, nos dijo que se iban ella y el padre á Bolivia, á trabajar en un ingenio, ó no sé qué. ¡Quién sabe! Pueda ser que no vuelvan más.

ANTENORA. — Seguramente. Los indios se olvidan pronto de sus hijos.

CORINA. — ¿Y tú qué sabes, Antenora?

REMEDIOS. — El padre no se afectó nada cuando nos la dejó. En cambio, la madre lloraba y sentía mucho el dejarla.

VICTORINA. — Por algo es la madre.

AMPARO. — (Llamándola). Rosendita. Ven aquí, Rosenda.

REMEDIOS. — Anda; ven, querida. (Rosenda se acerca humildemente, y todas la acarician).

ANTENORA. — ¿Cuántos años tienes, Rosendita?

ROSENDA. — Tengo seis.

REMEDIOS. — ¿Vas á decirnos los versos que yo te enseñé?

ROSENDA. — Bueno.

CORINA. — ¿Sabe versos?

VICTORINA. — ¿Ya sabe versos?

REMEDIOS. — Cómo no. (La acaricia). Rosenda es muy inteligente. A ver; dinos esos versos. Te regalaremos un vestido.

ROSENDA. — ¿Un vestido?

AMPARO. — Eso mismo. Pero un vestido muy lindo ¿sabes?

ROSENDA. — Bueno, entonces.

(Repite los versos anteriores).

ESCENA III

Dichas, y ROSARIO por la izquierda.

ROSARIO. — (Saludando al entrar) ¡Ah, mis queridas amigas! ¿Cómo estáis? (Se besan). Hace mucho tiempo que no tenemos el placer de veros por aquí. (Afectuosamente á Antenora). ¿Cómo estás, mi buena Antenora? Al fin cumplisteis la palabra.

CORINA. — Primero que vosotras.

ROSARIO. — Es cierto. Pero, en fin, vosotras ya sa-

béis como es de casera Remedios. Parece una mamita.

REMEDIOS. — Ya veis; todo lo cargo sobre mis hombros.

CORINA. — Las dos sois buenas picaronas.

ROSARIO. — Con vuestro permiso. (Se retira con Antenora al sofá, conversando afablemente).

VICTORINA. — (A Rosenda). ¿Y tienes deseos de ver á tu mamá, Rosendita?

ROSENDA. — Sí. (Se sienta en el suelo).

REMEDIOS. — ¿Queréis ver lo que le quiere á su mamá?

AMPARO. — ¿Y cómo?

REMEDIOS. — Vais á ver. (A Rosenda). Mira Rosendita: te vas á quedar aquí un momentito ¿sí?

ROSENDA. — Bueno, niña Remedios. ¿En dónde me quedo?

REMEDIOS. — Ahí mismo. Así, sentadita, ¿oíste?

ROSENDA. — Bueno, niña Remedios.

REMEDIOS. — Venid vosotras. (Se acercan en grupo al proscenio).

CORINA. — ¿Y cómo va á ser?

VICTORINA. — Eso; ¿cómo la haremos sentir?

REMEDIOS. — Veréis. Yo voy á vestirme de india, con la montera y el manto, tal como venía ataviada la madre cuando nos la dejó. Después, ocultándome detrás de la puerta y asomando solo la cabeza, la llamo en quichua, y veréis cómo hace la pobrecita. Pero, antes, tenemos que decirle

que ya llegó la madre á buscarla, y que ya va á verla.

ROSARIO. — ¿De qué estáis tratando ahí?

ANTENORA. — ¿Qué complot es ese?

REMEDIOS. — Nada. Vamos á hacer creer á Rosendita que ya llegó su mamá.

ANTENORA. — ¿Y cómo?

AMPARO. — ¡Ah! Ya sé, ya sé...

CORINA. — (A Amparo). ¿Y ella lo cree?

AMPARO. — A pie juntillas. Si vierais!... Bueno, Remedios, vamos, vamos pronto.

(Se acercan todas á Rosendita, alegremente).

REMEDIOS. — ¿Sabes una cosa, Rosendita?

ROSENDA. — Sí, niña Remedios.

REMEDIOS. — ¿Sabes que ha llegado tu mamá ahora mismo?

ROSENDA. — (Levantándose perpleja). ¡Ay, mamá! ¡mamá!

REMEDIOS. — Bueno; pero vas á esperarte aquí sentadita, que nosotras la vamos á buscar. ¿Oyes, Rosendita?

ROSENDA. — Bueno, niña Remedios. (Se sienta de nuevo).

CORINA. — Sí; vamos, vamos á buscar á la mamita de Rosenda.

AMPARO. — Sí, vamos, vamos todas.

(Todas salen bulliciosamente, y Rosario, al pasar, hace sonar la caja de música).

ESCENA IV

ROSENDA sola. Al rato, REMEDIOS, sin entrar en escena, asomando la cabeza por las puertas, oculta en un largo chal negro, con la montera india, y la cara tapada hasta los ojos. Desde la derecha, primeramente.

ROSENDA. — (Sola). ¡Ay, mamá! ¡Ahora ya vino mamá!... (Se cruza los brazos). ¿Por qué no vendrá á buscarme mamá? La niña Remedios va á buscarla á mamá. Viene con la niña Remedios.

REMEDIOS. — (Asomando la cabeza y desfigurando la voz).

¡Jamuí soncoy! ¡Pucha sumaj! (Cierra la puerta).

ROSENDA. — (Corriendo con los brazos abiertos hacia allí).

¡Mamá! ¡Ay, mamá! (Empuja la puerta).

¡Mamá!

REMEDIOS. — (Por la derecha). *¡Ancha tapune! ¡Muna kinke pucha! ¡Jamuí, jamuí!* (Vase).

ROSENDA. — (Corre otra vez, dando agudos chillidos y llamando). ¡Mamá mía! ¡Ay, mamá mía! (Araña en la puerta, y da puntapiés). *¡Juma sumaj, juma sumaj!*

REMEDIOS. — (Por la izquierda). *¡Jamuí,* Rosendita!

¡Jamuí soncoy!

(Rosenda corre con desesperación, dando alaridos, y como alocada de un lado al otro, hasta caer junto al sofá como atolondrada).

TODOS. — (Corriendo hacia ella). ¡Pobrecita, pobrecita!

TELÓN.

FIN

VII

ANGELES CIEGOS!...

BOCETO DRAMATICO-INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

Mariana.
Luisita.
Lucrecia.

ACTO UNICO

Un saloncillo de visita, amueblado con elegancia. En un ángulo del fondo, una pianola con velas encendidas como si fuesen á tocar. A la derecha, una puerta. En medio, una lámpara apagada. Es noche.

ESCENA I

En el suelo alfombrado del aposento, aparece echada, con descuido, MARIANA, haciendo pajaritas de papel. Viste de luto, y tiene los cabellos extendidos por la espalda. Como es ciega, para ejecutar cualquier movimiento, tienta con las manos, y así lo hará también al hacer las pajaritas.

MARIANA. — (Riendo sola). ...Pues mira que sería gracioso un pajarito sin pico. (Ríe de nuevo). ¿Y cómo hab.a de comer el pobrecito? (Tienta la cabeza del pájaro de papel, y se echa á reir otra vez, con más ganas). ¡Claro! ¡Yo no tengo la culpa! Si mis ojos tuviesen luz, si en el fondo de mis ojos reinase la claridad del sol, yo no haría esto, yo no haría pájaros sin pico y sin alas. Pero... ¡mis ojos no tienen luz, mis ojos no tienen luz!...

(Deja la pajarita y, de codos sobre el suelo, apoya como resignada la cara entre las manos. Lucrecia, en-

tonces, entra muy sigilosamente, y le roba la pajarita, retirándose hacia la puerta, dentro de escena).

ESCENA II

MARIANA y LUCRECIA, que sostiene en la mano la pajarita, sonriéndose.

MARIANA. — (Al rato de estar pensativa, tantea por el suelo buscándola). ¡Vaya!... ¿Será posible que vuele un pájaro de papel? ¿Dónde estás, pichoncito mío? ¿Eh? Pero... si le he puesto aquí; aquí mismo; (Golpeando el suelo). si no es posible... (Como recordando). ¡No, no! Tiene que estar aquí; no hay remedio! (Pausa). Yo no creo que vuelen los pajaritos hechos así... así no más de papel. ¡O es verdad que volarán!... (Va arrastrándose hacia adelante, tanteando á todos lados, con mucha extrañeza). ¡Avemaría! ¿Qué será esto? ¿Dónde va el pájaro? (Se levanta y está un momento pensativa. Luego llama, como con miedo). ¡Lucrecia!... ¡Lucrecia!... ¿No estará? ¿No volvería aún? ¡Lucrecia!...

LUCRECIA. — (Haciendo que entra). ¿Qué te pasa, Marí?

MARIANA. — ¡Ay, Lucrecia! ¡Si vieras!...

LUCRECIA. — ¿Qué?

MARIANA. — Mira. Parece cosa del diablo. ¡Si vieras!...

LUCRECIA. — No hables así, Marí.

MARIANA. — ¿Cómo?...
LUCRECIA. — No digas del diablo.
MARIANA. — ¿Y por qué?
LUCRECIA. — Porque el diablo es muy feo.
MARIANA. — ¿Es feo?
LUCRECIA. — Sí, Marí; es feo, y muy negro, y muy malo, y muy...
MARIANA. — ¿Y cómo es entonces, Lucrecia?
LUCRECIA. — ¿ Y tú no sabes cómo es?
MARIANA. — Yo, no.
LUCRECIA. — ¿Ni te lo imaginas?
MARIANA. — No.
LUCRECIA. — Pues, mira. El diablo es de la figura de un hombre, con una cola larga, larga, y unos cuernos en la cabeza, y con unos ojos de fuego, y un cuerpo negro, negro como el carbón.
MARIANA. — (Riéndose de buena gana). ¿Y hay hombres así, Lucrecia? ¿Así tan feos? ¡Ah! Pero dime, dime una cosa, Lucrecia: ¿Cómo es eso que tú dices negro? ¿Qué es lo negro?
LUCRECIA. — ¿Lo negro?
MARIANA. — Eso es. ¿Qué es una cosa negra?
LUCRECIA. — ¿No te lo imaginas, tampoco?
MARIANA. —Tampoco. ¿Cómo es? A ver; dímelo.
LUCRECIA. — Pues mira... (Pausa). Mira... ¡Pero, caramba, yo no sé cómo explicártelo! (Reflexiva). Mira: lo negro es, es... un color, un color simple, una cosa... así oscura, fea, muy fea. ¿Te imaginas ahora cómo es lo negro?

MARIANA. — No, Lucrecia. Aun no entiendo qué cosa sea lo negro.

LUCRECIA. — ¡Ay Jesús! (Con cierta intranquilidad y lucha consigo mismo). ¡Qué trabajo tan grande hacerte comprender las cosas! Mira, Marí..

MARIANA. — ¡Qué!...

LUCRECIA. — Bueno. Ahora comprenderás en seguida. Dime una cosa, Marí.

MARIANA. — ¿Qué cosa, Lucrecia?

LUCRECIA. — Dime. Tú eres ciega ¿no es verdad?

MARIANA. — Sí; soy ciega (con tristeza).

LUCRECIA. — (Le da un beso en la frente). ¡No te pongas triste!

MARIANA. — ¡No; no me pongo triste! Dime; dime pronto qué es lo negro.

LUCRECIA. — Bueno. Tú no ves nada ¿no es cierto?

MARIANA. — No; no veo nada.

LUCRECIA. — Bueno. Tus ojos no tienen luz ¿no es eso?

MARIANA. — En efecto, no tienen luz.

LUCRECIA. — Bueno. Entonces, en tus ojos hay oscuridad.

MARIANA. — Sí, sí; hay oscuridad.

LUCRECIA. — Bueno. Pues mira: eso es lo negro.

MARIANA. — ¿Eso es lo negro?

LUCRECIA. — Eso mismo.

MARIANA. — ¡Dios mío! ¡Qué horrible es lo negro! ¡Qué horrible es!... (tristemente).

LUCRECIA. — (Se acerca á ella y la besa en la boca). ¡No te pongas triste, Marí! ¿Oyes?

MARIANA. — Ya no me pongo triste, no. ¡Qué feo es lo negro!...

LUCRECIA. — (Simulando que se afana por distraerla). Pero escucha, Marí: ¿Y la pajarita? ¿Dónde está la pajarita?

MARIANA. — Es verdad. Yo creo que voló. Fué cosa del... (va á decir diablo, y se aprieta la boca con las manos) digo del encanto.

LUCRECIA. — ¿A dónde iría?

MARIANA. — Es verdad ¿A dónde iría?

LUCRECIA. — ¡Ah! Pero aquí está, aquí... (Hace que la levanta del suelo, y se la presenta). Mira, qué pícara, qué escondida estaba ¿eh?

MARIANA. — Es cierto. Y tanto como la busqué yo.

LUCRECIA. — Bueno, Marí. Ahora, no te eches en el suelo.

MARIANA. — ¿Por qué?

LUCRECIA. — Porque ahora van á llegar nuestras amigas, y no es bien que te encuentren así.

MARIANA. — (Alegremente). ¿Van á venir ellas?

LUCRECIA. — Sí; van á llegar ahora para ensayar una canción en la pianola. ¡Ah! También vendrá Rosario. ¿No sabes, Marí? vendrá Rosario; una nueva amiga nuestra, que tiene una hermanita ciega, muy linda.

MARIANA. — ¿Ciega?

LUCRECIA. — Sí.

MARIANA. — ¿Así, como yo?

LUCRECIA. — Así mismo.

MARIANA. — ¡Ay, qué gusto, qué alegría voy á tener!

LUCRECIA. — ¿Vas á estar contenta, Marí?
MARIANA. — Como un ángel.
LUCRECIA. — Bueno. No te eches en el suelo ¿sabes?
MARIANA. — Bueno. Ya no me echaré más.

(Vase Lucrecia, y al rato, vuelve con Luisita de la mano).

ESCENA III

MARIANA sola, vaga por la habitación, tentando con las manos. Al rato, LUCRECIA con LUISA.

MARIANA. — ¡Qué feo es lo negro! Lucrecia dice que es así, como esta falta de luz que tengo yo aquí en los ojos; que es como estas sombras que duermen allá en el fondo de estos ojos míos, y como estos fantasmas que me bailan en esta oscuridad, cuando el sol me da en los ojos, y como esta tristeza de mis pupilas, que están mudas de alegría. ¡Qué feo es lo negro! (Se oye adentro un jolgorio de voces y risas infantiles, y los acordes de un piano). Ya llegaron; ya llegaron nuestras amigas. Ya están en nuestra casa. (Con júbilo). ¡Qué alegría tan grande proporcionan las amigas, y qué cosa siento yo aquí cuando me hablan y me besan! (Escucha atentamente, en mitad de la estancia). ¿Por qué no vendrán aquí?

(Entra Lucrecia con Luisita de la mano).

LUCRECIA. — Aquí tienes á Luisita, Marí. Dale la mano.

(Mariana tiende la mano, mientras Lucrecia le acerca la de Luisita).

MARIANA. — ¿Cómo estás, Luisita? (La atrae hacia sí, con cariño).

LUISITA. — Estoy bien. Estoy muy contenta.

MARIANA. — ¿Sí? ¿Estás contenta? ¡Qué graciosa! (Se sonríe).

LUCRECIA. — Bueno. Mientras nosotras ensayamos, vosotras jugáis aquí. Ya vendremos á buscaros. Hasta luego, hasta luego. (Vase alegremente).

MARIANA. — Bueno. ¡Nos quedaremos aquí! (Vase Lucrecia).

ESCENA IV

MARIANA y LUISITA, vestida de marinera.

MARIANA. — ¿Cuántos años tienes, Luisita?

LUISITA. — Tengo diez años.

MARIANA. — ¡Diez años!... (La toma de las manos). Y tú eres ciega también ¿no es cierto? ¿O no eres ciega?

LUISITA. — Sí; soy ciega, Marí. No veo nada, nada...

MARIANA. — Yo tampoco. (Pausa). Mira...

LUISITA. — ¡Qué!...

MARIANA. — ¿Quieres sentarte conmigo aquí, sobre la alfombra?

LUISITA. — Bueno. ¿Y qué hay aquí? ¿En dónde estamos?

MARIANA. — Aquí es nuestra casa. Es la sala de nuestra casa.

LUISITA. — ¡Ah! ¿Es tu casa ésta, Marí?

MARIANA. — Sí. ¿Te gusta?

LUISITA. — Sí; me gusta.

MARIANA. — ¿Y tú eres buena?

LUISITA. — Mamá dice que lo soy.

MARIANA. — Bueno. Sentémonos aquí.

LUISITA. — ¿En el suelo, Marí?

MARIANA. — Sí, en el suelo.

LUISITA. — ¿Aquí mismo?

MARIANA. — Sí, Luisita.

(Se sientan las dos de cuclillas, enfrente una de otra y permanecen un momento silenciosas. Adentro, se oye el rumor de risas y voces).

LUISITA. — ¿Tú eres ciega también, Marí?

MARIANA. — Cieguita. ¿Y tú? Serás muy linda ¿no es verdad, Luisita? ¿Eres linda?

LUISITA. — Yo no sé, pero todos me dicen que soy linda.

MARIANA. — ¿A ver? Acércate á mí un poco más. Estás muy lejos. (Echa las manos, y tienta en el aire).

LUISITA. — Aquí estoy. (Se acerca).

MARIANA. — (Atrayéndola hacia ella). ¡Ay!... ¡Quién me diera tener luz en mis ojos para mirarte á la cara y ver cómo eres! ¡Ay, Luisita, qué triste es ser ciega! (Le coloca la mano izquierda sobre el hombro, y con la derecha anda á tientas por la cabeza, midiéndole la frente con

los dedos y acariciándole el cabello. Luego desciende por la nariz y se la mide y palpa suavemente, sonriéndose, y, por último, le mide la boca, con el pulgar y el índice, y luego aquella medida la aplica á su boca). ¿Eres rubia?

LUISITA. — Sí. ¿Y tú?

MARIANA. — Yo soy morocha. Tengo el cabello negro como mis ojos; digo, como la obscuridad de mis ojos!

LUISITA. — ¡Ah!....

MARIANA. — Tienes una boca muy chiquita, y una nariz muy fina, y una frente muy alta y muy tersa. Eres muy linda, muy linda Luisita.

LUISITA. — ¿Soy linda? ¿Y tú eres linda? ¿A ver? (Le mide la boca también).

MARIANA. — Sí. ¡Quién me diera luz para verte! ¿Me das un beso? Dame un beso; anda; dámelo.

LUISITA. — Bueno. Y tú á mí también ¿eh? (Se besan tres veces).

(Oyese un canto adentro, á los acordes del piano, y las dos se aprietan, besándose en la boca, amorosamente).

MARIANA. — ¡Qué triste es ser ciega! ¡Dios mío!...

LUISITA. — ¡Qué triste es ser ciega! (Siguen besándose).

TELÓN RÁPIDO.

FIN

VIII

HIJOS DEL CONDOR!...

BOCETO DRAMÁTICO - INFANTIL

(Para niños varones)

PERSONAJES

Federico..... 10 años
Arístides..... 11 »

ACTO UNICO

Un paraje solitario. Más allá del fondo se distinguirá una avenida de álamos. En primer término, un árbol aislado y en el tronco una tablilla blanca. Derecha é izquierda, campo sin vegetación. Es el anochecer.

ESCENA UNICA

FEDERICO aparece al levantarse el telón, apuntando con una pistola matagatos á la tablilla blanca; detrás de él, con una pequeña cartera, colgada del hombro, ARÍSTIDES, que parece anotar con mucha seriedad en un papel los blancos que hace FEDERICO. En el árbol ondeará una banderola argentina, encima del blanco.

FEDERICO. — (Volviéndose á Arístides). ¿Cuántos van?

ARÍSTIDES. — Tres.

FEDERICO. — Estoy nervioso, Arístides. Difícilmente voy á dar blanco. Pero, en fin...
(Apunta con más atención).

ARÍSTIDES. — Sí; yo creo que perderás. Veo que te tiembla mucho el pulso, y en estas cosas, la serenidad es todo. ¿No te parece?

FEDERICO. — Tienes razón.

ARÍSTIDES. — (Tomándole el brazo con que apunta).
¡Aguarda!...

FEDERICO. — ¿Qué hay?...

ARÍSTIDES. — ¿A cuántos pasos dijimos que era posible?

FEDERICO. — A diez pasos.

ARÍSTIDES. — Pues yo creo que la distancia es mayor. Espérate. (Mide á paso corto la distancia que los separa del árbol; luego, desde el árbol la mide otra vez, y cuenta solamente ocho pasos hasta donde está Federico).

FEDERICO. — ¿Has visto? Todavía tengo que alejarme un paso más. Hoy no hago un blanco, Arístides. (Se retira un paso más atrás).

ARÍSTIDES. — Con esa manera de temblarte el pulso, también yo te digo que no. ¿Por qué no te serenas?

FEDERICO. — No puedo, no puedo.

ARÍSTIDES. — No servirás para soldado, Federico. ¿Temes á la pistola?

FEDERICO. — No la temo. Es que... en fin, no puedo contarte, Arístides.

ARÍSTIDES. — ¡Ah, vamos! Entonces alguna cosa grave ocurre en vuestra casa. ¿No es eso, Federico?

FEDERICO. — (Muy triste). Sí. Una cosa bastante grave.

ARÍSTIDES. — Bien; olvídate un momento de esas cosas, y toma en serio tu papel. Apunta, apunta hermano, y apunta bien.

FEDERICO. — (Apuntando). Es inútil. (Suena el tiro y Arístides corre hacia el blanco, examinándolo).

ARÍSTIDES. — ¡Tocado, tocado! (Con alegría).

FEDERICO. — ¿Sí?...

ARÍSTIDES. — Sí. Muy poco ha sido; pero en fin, es un blanco (Lo anota muy satisfecho).

FEDERICO. — Dime: si fuese el blanco la cabeza de un miserable ¿lo mataría?

ARÍSTIDES. — No. A lo sumo, le causarías una herida, más ó menos grave. Un astillazo, nada más.

FEDERICO. — Aparta, Arístides.

ARÍSTIDES. — (Mirándole al pulso fijamente). Pero, ¡qué barbaridad, Federico! Tiemblas como un mimbre.

FEDERICO. — No importa. (Suena otro tiro).

ARÍSTIDES. — Blanco (corre hacia el árbol). Magnífico blanco, Federico. Este vale por veinte de los otros.

FEDERICO. — Entonces, si esa tabla fuese la cabeza de un hombre...

ARÍSTIDES. — Rodaría por el suelo, como fulminado.

FEDERICO. — ¿Lo crees así, Arístides?

ARÍSTIDES. — Vaya si lo creo. Es un impacto soberbio, que haría honor al mejor tirador del mundo. Con este blanco, se gana una batalla.

FEDERICO. — ¿Por qué?

ARÍSTIDES. — ¿Por qué? Pues hombre, por una razón muy sencilla. Suponte que esa tabla fuese la frente del generalísimo, de un Napoleón, por ejemplo.

FEDERICO. — Pues, mira, Arístides; ya me contentaría con mucho menos. Conque ese

blanco fuese la cabeza de un hombre miserable, á quien yo conozco, me bastaría.

ARÍSTIDES. — Pues, hombre, conociéndolo, bien fácil es.

FEDERICO. — ¿Y cómo?

ARÍSTIDES. — ¿Cómo? Pues acercándosele á cuatro pasos.

FEDERICO. — Tienes razón. Es blanco seguro.

ARÍSTIDES. — Y dime, Federico.

FEDERICO. — ¿Qué quieres?

ARÍSTIDES. — ¿Puede saberse quién es ese hombre miserable que tanto odio te inspira?

FEDERICO. — Sí, puede saberse; pero tendrías también que conocer cosas muy íntimas y muy tristes de nuestra casa.

ARÍSTIDES. — Pero ¿qué ocurre entonces en tu casa?

FEDERICO. — Yo creo que eres un buen amigo mío. (Deja la pistola en el suelo y cruza los brazos). Creo que puedo contarte todo como á un hermano. Además, un consejo tuyo no me desagradaría. Tú tienes inteligencia, Arístides.

ARÍSTIDES. — Gracias. Pero mira, Federico; yo soy un niño aún, y mis consejos no te servirán de gran cosa. Por lo demás, te diré mi parecer.

FEDERICO. — Pues á nadie más diré lo que me ocurre.

ARÍSTIDES. — En fin; cuéntame lo que pasa en tu hogar. Hace tiempo que te veo muy

triste, muy apesadumbrado, y tu semblante revela mucho dolor. ¿Qué es lo que ocurre?

FEDERICO. — Pues mira; ¡mi padre nos ha abandonado!

ARÍSTIDES. — (Con extrañeza). ¿Que os abandonó vuestro padre!...

FEDERICO. — Sí, nos abandonó; y nada sabemos de él ni de su paradero hace cuatro meses.

ARÍSTIDES. — ¿Y por qué os abandonó?

FEDERICO. — (Indeciso). Yo aún no lo sé con certeza. Me parece una cosa misteriosa, una cosa extraña cuanto ocurre en nuestra casa. La última noche que vi á mi padre en nuestro hogar, la tengo aquí (señala la frente) grabada como un sello de fuego. No se me olvidará nunca.

ARÍSTIDES. — ¿Por qué, Federico? ¿Qué ocurrió?

FEDERICO. — Vas á ver. Fué, como te dije, hace cuatro meses. Una noche llegó mi padre á casa, y tomándonos del brazo á mi hermanita Blanca y á mí, nos llevó á la sala, y sentándonos en el sillón, comenzó á apretarnos contra su pecho y á llorar. Después de un buen rato, nos habló unas cosas que nosotros no comprendimos; unas cosas raras y extrañas, que con los sollozos que daba mi padre no se las comprendimos bien, y luego de besarnos muchas veces y abrazarnos como un loco, se marchó de casa, y no le hemos vuelto á ver ni sa-

bemos lo que ha sido de él. Fué como si hubiese muerto para nosotros.

ARÍSTIDES. — ¡Cosa rara! ¿Y por qué lloraba tu padre?

FEDERICO. — Yo no lo sé, ni fuí capaz de comprenderlo entonces.

ARÍSTIDES. — Pues mira que es extraño todo eso!...

FEDERICO. — Sin embargo, ahora voy comprendiendo por qué lloraba mi padre. Dime una cosa, Arístides.

ARÍSTIDES. — ¿Qué?

FEDERICO. — ¿Los hijos pueden ser vendidos á otro padre? ¿Hay alguna ley que autorice la venta de hijos menores de un padre conocido á otro padre desconocido?

ARÍSTIDES. — Yo creo que no. Eso me parece imposible. ¿Y por qué dices eso?

FEDERICO. — Te lo digo, porque desde que mi padre desapareció de nuestra casa, vino un hombre á vivir con nosotros, y ahora quiere que le llamemos padre, como si fuera el nuestro mismo.

ARÍSTIDES. — ¿Un hombre desconocido?

FEDERICO. — Sí, desconocido. Yo nunca lo había visto.

ARÍSTIDES. — ¿Y tú le llamas padre?

FEDERICO. — Tengo que llamarle. El otro día, porque le dije señor, me ha maltratado y me amenazó con echarme fuera de casa si volvía á llamarle así.

ARÍSTIDES. — ¡Y te ha maltratado!

FEDERICO. — Sí; me ha maltratado. Mira. Aún tengo aquí la señal del puñetazo que me dió. (Le muestra detrás de la oreja). ¿No tengo ahí una herida?

ARÍSTIDES. — (Con tristeza). Sí. ¡Tienes una herida! ¡Qué bruto! ¿Y á tu hermanita la maltrata también?

FEDERICO. — La pobre, algo recibe de vez en cuando. Pero ella se acostumbró á llamarle padre. Yo, en cambio, no puedo acostumbrarme. ¡Me es imposible!

ARÍSTIDES. — ¿Y por qué ocurrió eso en tu casa?

FEDERICO. — Yo no lo sé. Este hombre, algunas veces riñe con mamá, y el otro día la arrojó contra el suelo por no sé qué cosas que tuvieron. Mamá llora también algunos días.

ARÍSTIDES. — ¿Llora?

FEDERICO. — Sí, llora. Pero luego, luego está contenta.

ARÍSTIDES. — ¡Pues mira que es raro eso! Irse tu padre y no volver á verlo; venir ese hombre á vuestra casa; maltrataros á todos; querer que le llamen padre, sin serlo; apoderarse así de vuestro hogar. Vamos... ¿Y no será un ladrón ese hombre?

FEDERICO. — A mí me parece que sí. Me parece que es un ladrón y un miserable. Mi padre nos quería mucho; nos adoraba; y yo creo que mi padre no nos dejaría, si este

BOCETOS Y COMEDIAS

INFANTILES

hombre no entrase como un ave de rapiña en nuestra casa. El no sería capaz de abandonarnos así, sin que nosotros le diéramos motivo para ello.

ARÍSTIDES. — Pues claro. ¿Cuál es el padre que abandona así á sus hijos, para que otro se los maltrate? ¡Lo que hay es que ese hombre es un ladrón!

FEDERICO. — ¿Y qué haré yo, Arístides?

ARÍSTIDES. — Yo no sé qué harás vos! (Pensativo). Dime: ¿ese hombre es argentino?

FEDERICO. — ¿Argentino? Creo que no. Me parece extranjero; al menos, por el acento, no me parece de nuestra patria.

ARÍSTIDES. — Entonces quiere decir que no es hijo del cóndor. ¿No es eso?

FEDERICO. — Creo que no.

ARÍSTIDES. — Bueno. Pues mira, Federico. (Toma la pistola del suelo, y se la entrega con expresivo significado).

FEDERICO. — ¿Qué dices?

ARÍSTIDES. — Tú eres hijo del cóndor ¿no es verdad?

FEDERICO. — Sí; lo soy.

ARÍSTIDES. — Pues bien. Los hijos del cóndor han de ser altos y fuertes como él; quiero decirte: han de tener corazón, valor, serenidad y altura! Toma la pistola y apunta bien ¿eh?... ¡Apunta bien!

FEDERICO. — (Mira á Arístides con extrañeza). ¿Que apunte bien, dices? ¿Por qué me lo recomiendas, Arístides?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ARÍSTIDES. — Ya te lo diré más tarde. Apunta...

FEDERICO. — No haré blanco; es inútil.

ARÍSTIDES. — ¿No darás en el blanco?

FEDERICO. — No.

ARÍSTIDES. — ¿Y por qué no darás en el blanco?

FEDERICO. — ¿No me ves, Arístides? ¿No ves que mi mano tiembla con el tembloteo de una mano senil? ¿Qué voy á hacer?

ARÍSTIDES. — (Le coloca una mano sobre el hombro). Entonces, querido amigo, no puedes llamarte hijo del cóndor; no llevas con honra el título de argentino.

FEDERICO. — (Con seriedad). ¡Creo que me insultas, Arístides!

ARÍSTIDES. — No; no te insulto. Te digo la verdad.

FEDERICO. — ¿Me dices la verdad?

ARÍSTIDES. — La pura verdad. Un corazón argentino no tiembla nunca; ni en los trances más peligrosos y difíciles. Y vos estás temblando, Federico. Tu mano es el reflejo de tu corazón. Mírala, mírala...

FEDERICO. — ¡Pues no temblaré! (Con firmeza).

ARÍSTIDES. — ¿Será verdad eso?

FEDERICO. — (Con firmeza). ¡Verdad!

(Apunta de nuevo, y parece hallarse más sereno).

ARÍSTIDES. — ¡Eso es, eso es, Federico! (Frota las manos).

FEDERICO. — ¿Tiemblo, ahora?

ARÍSTIDES. — Ahora no. ¡Así, así! (Se fija en la

puntería). Da por supuesto que el blanco es una cabeza.

FEDERICO. — ¿La cabeza de un ladrón?...

ARÍSTIDES. — Ni más ni menos. ¡La cabeza de un bandido!

FEDERICO. — Dame vos la orden de disparar, Arístides.

ARÍSTIDES. — Con mucho gusto. (Mira la puntería, por detrás de Federico, y le endereza un poco el brazo).

FEDERICO. — ¿Está bien? (Se oye á lo lejos una música militar).

ARÍSTIDES. — Bien. Escucha. ¿No oyes?...

FEDERICO. — Sí. Pasan tropas.

ARÍSTIDES. — Son los hijos del cóndor que pasan; son también nuestros hermanos. ¡Fuego!...

(Suena el tiro, y los dos corren hacia el blanco, exclamando:) ¡Blanco, blanco, blanco!...

TELÓN RÁPIDO.

FIN

IX

¡PEREGRINOS!

BOCETO LÍRICO-DRAMÁTICO-INFANTIL

(Para niños varones)

PERSONAJES

Manuel.
Diego.
Mariano.
Niños peregrinos.

ACTO UNICO

La escena representa la sala histórica de la ciudad de Tucumán, donde se juró la Independencia Argentina. La luz natural que entre en la estancia ha de tener el colorido de la claridad mortecina del atardecer y hallarse arreglada conforme se conserva actualmente en dicha ciudad.

ESCENA I

MANUEL, aparece entrando en escena por el fondo, descubierto y con visible emoción. Detrás de él, DIEGO, con mucho desenfado, aunque descubierto también, pero sin guardar las formas y maneras del primero, entrando como en un aposento cualquiera.

MANUEL. — (En voz baja). El templo está solitario. Ni una sola alma reza y adora en esta sala venerable donde hace un siglo se levantó, hecha y fabricada con la sangre y el entusiasmo de tantos mártires argentinos, nuestra nacionalidad. Estoy solo, y mi corazón evoca con religioso sentimiento la grandiosa escena de hace un siglo. ¡Estoy solo!...

DIEGO. — (Entrando). No es verdad. Usted está acompañado, mi querido señor y paisano. ¿Es usted poeta?

MANUEL. — (Volviéndose de pronto). ¡Ah! No; yo no soy poeta.

DIEGO. — ¿No es usted poeta?

MANUEL. — No; no sé hacer versos.

DIEGO. —No importa eso. Pero usted sabe soñar, ¿no es verdad?

MANUEL. — ¿Soñar?

DIEGO. — Eso es: soñar. ¿Cree usted que no?

MANUEL. — No sé por qué dice usted eso.

DIEGO. — Pues es muy sencillo. Digo eso porque he oído que usted hablaba solo, y un hombre que habla solo, es indudable que sueña.

MANUEL. — Mas también puede rezar.

DIEGO. — (Irónico). ¿Rezar?

MANUEL. — Justamente.

DIEGO. — Usted me perdonará, joven. Pero debo manifestarle que sólo los viejos rezan en alto.

MANUEL. — Pues quizá yo sea un viejo.

DIEGO. — Sin embargo, usted parece un niño, como yo soy. ¿Es usted argentino? Discúlpeme la pregunta.

MANUEL. — Sí; soy argentino.

DIEGO. — ¿Tucumano?

MANUEL. — Tucumano.

DIEGO. — ¿De la ciudad?

MANUEL. — ¡Ah, no! Soy de la campaña; pero he venido aquí.

DIEGO. — ¿Usted solo?

MANUEL. — He llegado con mis padres. Pero mientras ellos se hallan ocupados con los

preparativos del viaje, yo me he llegado á este lugar para visitarlo y despedirme de él. Quizá no vuelva á verlo, y por eso quise visitar esta religiosa estancia, tan sagrada y venerable para nosotros los argentinos.

DIEGO. — Entonces quiere decir que se ausenta usted de nuestro país ¿por mucho tiempo?

MANUEL. — No sé fijamente por cuánto tiempo; pero, sea el que quiera, considero un sagrado deber de patriota despedirme de esta casa histórica.

DIEGO. — ¿Y á dónde se ausenta usted?

MANUEL. — Voy con mis padres á España. De allí pasaremos al resto de Europa, y luego volveremos á nuestra estancia.

DIEGO. — Sus padres serán españoles, ¿no es eso?

MANUEL. — Sí, lo son.

DIEGO. — ¿Gallegos?

MANUEL. — No; navarros.

DIEGO. — (Sonriéndose). Con que navarros, ó vascos, que es igual, ¿no es cierto? (Con mucha sorna).

MANUEL. — Sí, sí. (Comienza á mirar la sala atentamente, sin hacer mucho caso de su interlocutor).

DIEGO. — (Yendo detrás de él). Hace un siglo que la patria de sus padres se fué de aquí para no volver. (Hace un gesto de burla por detrás).

MANUEL. — Sí; es cierto. Y ahora es nuestra patria (sin mirarlo).

DIEGO. — Ya lo creo. Y rompimos las cadenas miserables; y expulsamos á esos...

MANUEL. — (Lo mira con fijeza). Creo que está usted

hablando cosas que deben olvidarse aquí. Este no es lugar de discusión ni de odios, sino lugar de recogimiento y veneración.

DIEGO. — ¡Caramba! Parece que no le agrada á usted eso de que echamos de aquí á los españoles.

MANUEL. — Todo cuanto usted quiera. Pero aquí yo vengo por emociones, y nada más. Mas voy á decirle á usted. Yo tengo á gran orgullo que mis padres sean españoles.

DIEGO. — Será porque usted es más español que argentino.

MANUEL. — Yo soy más patriota y más argentino que usted. Créalo.

DIEGO. — No es posible.

MANUEL. — Bien. Concluyamos, pues. Le ruego que me deje usted un momento en silencio.

DIEGO. — ¿Va usted á llorar?

MANUEL. — Sí; voy á llorar. (Se vuelve).

ESCENA II

MANUEL, DIEGO y entrando por el fondo MARIANO. Llega cubierto de polvo y sin sombrero. Cojea un poco al caminar y se muestra como muy cansado.

MARIANO. — (Hablando antes de verse asomar por el fondo). Llego, llego al fin á la Meca de todos los argentinos; llego á este templo histórico, (entrando) donde un siglo ha vivido esperanzado por el anhelo de nuestra gene-

ración. Ya estoy adentro. (Manuel se sienta, y Diego se hace á un lado, conmovido); ya respiro el aire sublime de libertad y de vida que aquí vive. (Mirando). ¡Todo está lo mismo! Parecen verse aún los próceres que juraron la Independencia de nuestra patria y escucharse el eco de sus discusiones y de sus sublimes juramentos. Aquí vive la historia junto á la realidad; vive el espíritu de hace un siglo en contacto con el espíritu de nuestra edad, y se siente un inefable placer de sentimientos patrios. ¡Dios mío! ¡Qué bien, qué bien se está aquí! (Se sienta en el suelo y apoya la cara en las manos como meditando).

DIEGO. — (A Manuel). ¿Llora?

MANUEL. — ¡Quizá llore!

DIEGO. — ¿Por qué llorará?

MANUEL. — Llora de emoción, de amor por su patria.

DIEGO. — ¿Por la patria?

MANUEL. — Sí. Es uno de los niños de la peregrinación que llegó hace un momento de La Rioja, después de caminar seis días.

DIEGO. — ¿Caminando, dice?

MANUEL. — Sí, señor: caminando.

DIEGO. — ¡Pobre! (Quiere acercarse á él; pero luego, retrocede temerosamente, y adopta una actitud meditativa).

MANUEL. — Pobre, no. Feliz, feliz él que es capaz de sentir en su corazón toda la belleza y grandiosidad que inspira este templo histó-

rico; toda la emoción que produce su recuerdo á través de cien años.

MARIANO. — (Desenvuelve un fino pañuelo de seda y lo extiende en el suelo). ¡Este polvo constituyó nuestra vida. De esta tierra secular hemos nacido agigantados en el tiempo! ¡Bendita tierra que han hollado las plantas de nuestros próceres! ¡Debemos recogerla como una reliquia y guardarla como un tesoro!

(Comienza, con la mano en forma de concha, á juntar por el suelo la tierra y á echarla en el pañuelo, al tiempo que se oye un dulce canto de niños, que parecen acercarse lentamente).

DIEGO. — (Levantándose velozmente). ¿Serán esos los peregrinos que llegan?

MANUEL. — Seguramente. (Se levanta también).

MARIANO. — ¡Yo fuí el primero! (Canta al compás con ellos, y sigue recogiendo el polvo del suelo).

ESCENA III

Dichos y muchos niños entrando por el fondo, formados en dos filas. Entran cantando á coro, y van extendiéndose, en forma de semicírculo, por la estancia, quedando en medio MARIANO. Luego, sin dejar de cantar, todos le imitan y, sacando sus pañuelos, se inclinan á recoger tierra).

CANTO:

¡Oh templo sacrosanto,
oh religioso altar,
que tu silencio augusto
osamos quebrantar!

Pequeños peregrinos,
de lejana región,
venimos á que hables
á nuestro corazón!

Tierra sagrada (se inclinan á recogerla)
de nuestra vida,
polvo bendito
de nuestro ser.

Te besaremos (la besan).
como reliquia
que nuestras almas
puede encender!

TELÓN.

FIN

X

CORAZONES DE ORO

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Para niños varones)

PERSONAJES

Delfín.
Wáshington.
Guillermo.
Simón.

ACTO UNICO

La escena representa la entrada de una quinta de recreo. Más allá del fondo se levanta la reja que da acceso á la parte del jardín. A la derecha un paseo de árboles que se extienden en hilera; á la izquierda, en último término, una torrecilla palomar, pintada de blanco; en segundo término, hacia el proscenio, una caseta verde, muy limpia, con un colchón y algunas mantas tendidas. La puerta de la caseta, que estará abierta, da hacia la derecha. Es el anochecer.

ESCENA I

WÁSHINGTON y GUILLERMO aparecen caminando por la carrera que parte desde la reja de entrada hacia el proscenio, y que, formando curva, más ó menos pronunciada, se pierde por la derecha. El primero lleva un diario en la mano, y GUILLERMO una rama de árbol. Llegan hablando familiarmente, con cierto aire de pesar. Al rato, SIMÓN, con su perro, que llamará Dog, atado con una cadenilla dorada, trayendo en la mano una rana viva, que agita muy contento.

GUILLERMO. — El que comete esos crímenes, no puede ser amparado por la ley en ningún terreno. ¡No faltaría más! Merece sencillamente que lo destierren para siempre de la sociedad y de la vida. ¿Para qué sirve un hombre así?

WÁSHINGTON. — Un hombre siempre es útil, Guillermo.

GUILLERMO. — Pues yo no soy de tu opinión. Un hombre es siempre útil, cuando está en el pleno ejercicio de sus facultades y cumple consiguientemente con todos sus deberes humanos y sociales. El que no esté en esas condiciones ha descendido al nivel de la bestia, y no es hombre.

WÁSHINGTON. — Un loco, por ejemplo.

GUILLERMO. — O un anarquista, ó un terrorista, también.

WÁSHINGTON. — Eso, no es posible. No compares nunca á un loco con un anarquista.

GUILLERMO. — (Lo mira con extrañeza). Pero, por Dios, Wáshington! No quiero creer que vos defiendas el anarquismo.

WÁSHINGTON. — Si no lo defiendo, hombre.

GUILLERMO. — ¿Que no le defiendes? Pues mira; estás haciendo su apología sin saberlo.

WÁSHINGTON. — (Sonriéndose). Pues vos me estás ofendiendo, sin quererlo.

GUILLERMO. — ¿Ofendiéndote dices?

WÁSHINGTON. — Sí; ofendiéndome.

GUILLERMO. — Creo que no, Wáshington.

WÁSHINGTON. — Pues á mí me parece que sí.

(Se detienen).

GUILLERMO. — Yo no encuentro ofensa alguna en mis palabras.

WÁSHINGTON. — La encuentro yo.

GUILLERMO. — ¿Y en cuáles?

WÁSHINGTON. — Me has dicho que estaba ha-

ciendo la apología del anarquismo *sin saberlo.* (Las dos últimas palabras las calcará bien marcadamente). Y eso, querido Guillermo, es una ofensa para mí.

GUILLERMO. — (Pensativo). ¡Una ofensa! Pues aún no entiendo esto.

WÁSHINGTON. — Lo entiendo yo. Eso quiere decir que yo hablo sin sentido común; quiere decir que estoy hablando sin medir mis palabras, y, por lo tanto, *sin saber* lo que digo. ¿No me dijiste hace un rato que estaba haciendo la apología del anarquismo *sin saberlo?*

GUILLERMO. — Sí; es verdad.

WÁSHINGTON. — Bueno. Pues yo, querido Guillermo, no acostumbro á hablar nunca sin saber lo que hablo.

GUILLERMO. — (Aparte). Ya apareció el filósofo. (A Wáshington) Bien. Ha sido una ligereza mía. Pero vos me has dicho también que un anarquista no es un loco. ¿No es cierto?

WÁSHINGTON. — Y te lo sostengo.

GUILLERMO. — ¿Que lo sostienes?

WÁSHINGTON. — Sí; te lo sostengo. Vamos al caso.

GUILLERMO. — Pues vamos al caso. También quiero que me lo demuestres.

WÁSHINGTON. — Con mucho gusto. Un hombre loco merece la compasión de todos sus semejantes; porque si comete algún disparate, no es obra de su criterio sino del triste

desequilibrio que reina en su espíritu. El pobre tiene roto el eje de su razón; ha saltado en añicos su alma, y una intensa desesperación interior lo arrastra á cometer mil desvaríos; quiere decir que no es él quien ejecuta, sino su espiritualidad retorcida, rota y completamente desbaratada. Los gobiernos de todo el mundo levantan para su curación espléndidos edificios, y allí los recluyen, sometiéndolos á un tratamiento, y tratándolos con suma complacencia y humanidad, porque son dignos de piedad y de misericordia. En cambio, los anarquistas, no. Preparan sus planes terroríficos y sanguinarios á oscuras, en el fondo de ergástulas sin luz. Aplican su alma maligna y sus sentimientos bestiales á tramar en la sombra sus enormes crímenes, para destruir la patria, la sociedad y el orden. La perfidia ponzoñosa contra la humanidad los domina; y con cara de risa, y con mucha tranquilidad y parsimonia, van por todas partes observando el lugar donde convenga ejecutar sus miserables designios. Esos no son locos, sino individuos muy serenos que, ajenos á todo sentimiento y á toda espiritualidad, son capaces de asesinar la humanidad entera y quedarse riendo. ¿Y no lo has visto? ¿No viste cómo, ocultos en el paraíso del Colón, aprovecharon la semioscuridad en

que queda la sala durante la representación, para arrojar la bomba en medio de personas indefensas y honradas? ¿No viste cómo cayeron allí nuestras familias, cómo cayeron las mujeres indefensas, y cómo caeríamos también nosotros, niños, por su maldad, por su ignominia y por su injusticia? Cometido el crimen, huyeron como cobardes. Ni siquiera tuvieron la valentía de morir por su idea bestial. No, Guillermo. Esos no son locos; son miserables asesinos, que quieren destruir nuestra patria hermosa y nuestra sociedad, después de darles hospitalidad, trabajo, bienestar y libertades amplias, y ser con ellos madre buena y solícita. Esos son unos miserables hombres, que deben desaparecer inmediatamente. Con ellos, la compasión es un sarcasmo, una maldad, y casi diría un crimen. Por eso te decía antes que un hombre siempre es útil; porque, si está enfermo la ciencia hace de él un campo de experimentación para llegar á observaciones y á fórmulas concretas y definidas, para bien de la humanidad; y si está sano es una fuerza más que trabaja en el inmenso taller del mundo, y es útil por lo tanto en el conjunto universal. Pero los anarquistas, los terroristas, y todos cuantos pertenecen á esta secta infame, no pueden ni deben ser comprendidos en el divino concepto de hombres. El con-

cepto de hombre es demasiado elevado, demasiado grande y demasiado hermoso para que pueda ser aplicado á semejante especie de seres.

GUILLERMO. — ¿Y entonces, qué son?

WÁSHINGTON. — ¿Qué son? Pues sencillamente son bestias con cara de hombres, y á una bestia con cara de hombre se le llama monstruo.

GUILLERMO. — Ahora comprendo lo que me decías. Tienes razón: los dementes no pueden ser confundidos con ellos, porque los dementes merecen piedad y socorro.

WÁSHINGTON. — No solamente no pueden ser confundidos con ellos, sino que están al lado opuesto de ellos, muy lejos de ellos. Los terroristas merecen profundo olvido, profundo desprecio; en cambio, los dementes inspiran un supremo respeto, porque son los verdaderos hijos del dolor, y su alma rompió en pedazos de tanto pensar y de tanto sentir.

ESCENA II

WÁSHINGTON, GUILLERMO y, por la izquierda, SIMÓN, con el perro atado de una cadenilla dorada, y una rana viva en la mano. Llega hablando con el Dog y llamando desde el fondo.

SIMÓN. — Ea, ea, Guillermo! (Wáshington y Guillermo se vuelven).

WÁSHINGTON. — Ya está aquí el *genio alegre*.

SIMÓN. — Ya puedo llamarme cazador. (La rana la tiene escondida en el bolsillo del saco). Ya puedo ir al tiro de pichón, amigos míos.

GUILLERMO. — ¿Y qué has cazado?

SIMÓN. — Algo muy difícil de cazar. ¿A que no acertáis? ¿A que no?

WÁSHINGTON. — Alguna mariposa.

SIMÓN. — Anda, anda... (Con sorna). ¿Mariposas, en pleno invierno? No me parece, don Wáshington.

GUILLERMO. — Alguna urraca.

SIMÓN. — Déjate vos de urracas, Guillermito. Nada de urracas. A ver, á ver. Aviven el magín.

WÁSHINGTON. — Pues entonces no cazaste sino una mojadura, ó también alguna pedrada, ó traspiés.

GUILLERMO. — Pues claro. ¿Qué vas á cazar vos, sin escopeta?

WÁSHINGTON. — Cazador sin pistola, siempre fué cazador por carambola.

SIMÓN. — El versito no es malo; pero, sin embargo, no sois capaces de acertar. Yo he cazado.

GUILLERMO. — Tú has cazado.

WÁSHINGTON. — El ha cazado. (Señalando á Simón).

SIMÓN. — Nosotros macaneamos.

GUILLERMO. — Vosotros macaneáis.

WÁSHINGTON. — Ellos macanean.

SIMÓN. — Pues no hay tal macaneo. (Presenta la rana). Aquí está.

GUILLERMO. — (Riéndose). El cazador de ranas.

WÁSHINGTON. — Se juntaron dos ranas. ¿Cómo te va, Dog? (Acaricia al perro). ¿A que fuiste vos el cazador?

SIMÓN. — El ha sido.

GUILLERMO. — Merece un premio el Dog. Déjamelo un rato. (Toma la cadenilla y se va corriendo hasta la verja, y vuelve luego).

WÁSHINGTON. — (A Simón). Si llegas un poco antes hubieras escuchado nuestra discusión.

SIMÓN. — ¿Sobre qué?

WÁSHINGTON. — Sobre el terrorismo, anarquismo, etc.

SIMÓN. — (Se echa las manos á la cabeza). ¡Huy, huy, huy! ¡Terrorismo! ¡Dios mío, qué terror!

WÁSHINGTON. — Pues, amigo mío, nosotros tenemos que combatir contra ese terror, también. Es nuestro deber como argentinos.

SIMÓN. — ¿Y por qué, nosotros?

WÁSHINGTON. — ¿Por qué? Pues porque combatiremos contra los enemigos de nuestra patria y de nuestro pueblo.

SIMÓN. — No sé cómo vamos nosotros á combatir, siendo niños.

WÁSHINGTON. — Como podamos. En la medida de nuestras fuerzas. (Se acerca Guillermo y le da el perro á Simón). ¿No es eso, Guillermo?

GUILLERMO. — ¿Qué es?

SIMÓN. — Dice Wáshington que debemos combatir también nosotros contra el anarquismo.

GUILLERMO. — Pues claro. Es nuestro deber combatirlo todos los argentinos, hasta expulsarlo de nuestro suelo.

SIMÓN. — La verdad es que es una plaga terrible. ¡Mira que eso del Colón!

GUILLERMO. — Lo del Colón, y todo lo que llevan hecho. Son infames con nuestra patria.

WÁSHINGTON. — Bueno, amigos; ya es noche. ¿Nos vamos á casa? Hace frío.

SIMÓN. — Vamos. Aquí Dog, aquí. (Lo mete en la caseta, y juega con él un rato, mientras Guillermo y Wáshington se van retirando por la derecha). Esta noche dormirás bien ¿eh?; con tantas mantas vas á estar como un príncipe en tu camarote (Lo acaricia). Mañana otro paseíto, y otra rana ¿eh? (Lo encierra y se va por la derecha. La escena va quedando á oscuras paulatinamente).

ESCENA III

La escena queda sola, y en seguida se ve que DELFÍN salta por la reja de entrada á la parte de adentro, avanzando con mucho temor hacia la caseta, y mirando á todas partes. Viste muy pobremente y trae un pan bajo el brazo.

DELFÍN. — (Mirando á Dog por la ventanuca que da hacia el público). ¡Hola, buen amigo! (Tiembla, y se sopla los dedos). Vuelvo por tercera vez á hacerte compañía. La noche queda fría como la escarcha; me moriré si duermo afuera. ¡Hola, amigo mío, compañero mío! ¡Qué

buena cama te han puesto hoy, qué buena cama; ni que fueras un burgués, amigo Dog! ¿Quieres pan? (Le tira dos ó tres pedazos). No me ladres, por Dios; no me descubras, porque, entonces, ¡ay, entonces! Entonces me voy á morir sobre las piedras húmedas del calabozo. No, Dog; no me ladres. Yo soy bueno, soy tu amigo. ¿Quieres más pan? (Le da otro pedazo). Bueno; nada más. Yo también tengo hambre, mucha hambre, Dog. ¿Te gusta la música, Dog? ¿Quieres música? ¿Sí? No me ladres ¿eh? (Saca una armonía del seno, y toca un momento). ¿Ya puedo entrar, Dog? ¡Por Dios; no me descubras, no me descubras! (Penetra con mucho temor en la caseta y cierra la puerta por adentro. En seguida se oye de nuevo la armonía, y luego el murmullo de la conversación con el perro).

ESCENA IV

DELFÍN y, momentos después, SIMÓN, en puntas de pies, por detrás de la caseta, como escuchando. Detrás de él, GUILLERMO, luego WÁSHINGTON, todos en silencio.

SIMÓN. — (Escuchando la conversación). ¡Qué pícaro! Vaya un amigo que le ha salido al pobre Dog! Algún atorrantillo que no tiene dónde dormir.

WÁSHINGTON. — ¡Pobre niño!

GUILLERMO. — Si no le vemos saltar sería capaz de robarnos al Dog.

SIMÓN. — Escuchad. Está tocando una armonía.

(Escuchan).

WÁSHINGTON. — ¡Pobre chico! ¡Cuánta miseria tendrá!

(Delfín comienza á cantar una petenera con mucho sentimiento).

SIMÓN. — Callad.

GUILLERMO. — Canta una petenera. Debe ser español.

WÁSHINGTON. — Sin duda. (Escuchan).

SIMÓN. — ¿Y qué hacemos con él?

WÁSHINGTON. — Pues nada. Vamos á preguntarle por qué vino aquí, y después veremos. Quizá sea un desgraciado, un infeliz huérfano. ¡Quién sabe! Vosotros colocaos del otro lado de la caseta, que yo le voy á hablar. Dejádmelo á mí. (Simón y Guillermo lo hacen).

SIMÓN. — Oye; nos colocaremos más allá, para que no nos vea.

WÁSHINGTON. — Bueno. (Llamando á la puerta de la caseta). Hola, buen amigo. Me alegro encontrarlo aquí (Abre la puerta). Venga; salga de ahí, picarón, salga de ahí.

DELFÍN. — Por Dios; no me pegue usted, niño.

WÁSHINGTON. — No te pego, hombre, no. Sal de ahí. Los niños no duermen con los perros. Anda; sal. (Delfín asoma la cabeza, y echa á correr hacia la reja, huyendo).

WÁSHINGTON. — No escapes, hombre, ven aquí. Pchs, niño, niño. (Simón y Guillermo corren tras él y lo detienen cerca de la reja trayéndolo del brazo junto á Wáshington).

DELFÍN. — ¡Por Dios! (Tembloroso). ¡No me entreguen al vigilante!

SIMÓN. — No tengas miedo, que no te entregaremos.

GUILLERMO. — No tiembles; no temas nada.

WÁSHINGTON. — No debiste huir. Yo no te amenacé. ¿Por qué huías? (Delfín baja la cabeza y calla). ¿No tienes dónde dormir?

DELFÍN. — No.

SIMÓN. — ¿Cómo te llamas?

DELFÍN. — Me llamo Delfín Delgado.

WÁSHINGTON. — ¿No tienes padres?

DELFÍN. — Sí, tengo.

GUILLERMO. — ¿Eres argentino?

DELFÍN.— No. Soy español.

WÁSHINGTON. — ¿Y entonces, tus padres? ¿Por qué no te recogen? Habla sin miedo, que nada te pasará.

DELFÍN. — Mi padre está en el campo, trabajando en las cosechas, y mi madre era cocinera de una casa; pero se enfermó y la llevaron al hospital hace quince días. Los señores donde ella trabajaba se fueron á Europa, y como mi madre está en el hospital, yo no tengo donde dormir. Primero dormí en el hospital; pero después me echaron, porque es prohibido dormir allí junto á los enfermos.

WÁSHINGTON. — ¿Cuántas noches hace que duermes aquí?

DELFÍN. — Con esta, cuatro noches.
SIMÓN. — ¡Pobre Delfín!
WÁSHINGTON. — ¿Y dónde comes?
DELFÍN. — En ninguna parte. Hoy me dieron pan en el hospital.
GUILLERMO. — ¿Tú eres anarquista?
DELFÍN. — No, señor. Yo soy español.
WÁSHINGTON. — ¿No tiras bombas, entonces?
DELFÍN. — No, señor.
WÁSHINGTON. — Bueno. Pues mientras tu mamá no salga del hospital, estarás aquí, en nuestra casa, comiendo y durmiendo. Pero con la condición de que nunca jamás has de entrar así en una casa ajena sin pedir permiso á sus dueños. ¿No ves que pueden mandarte preso? Eso no se hace nunca, Delfín. Primero se pide limosna.
DELFÍN. — Me da vergüenza.
SIMÓN. — ¿Te da vergüenza?
GUILLERMO. — Pues más vergüenza es robar ó caer preso.
WÁSHINGTON. — Bien, Delfín. ¿Quieres cantarnos esa petenera de hace un momento?
DELFÍN. — Bueno. (Canta lo siguiente, en el mismo tono anterior):

En la senda de mi vida
tres niños yo me encontré,
que eran tres corazoncillos
de oro de muy buena ley.

(Mientras repite el último verso cae el telón).

FIN

XI

¡DIVINO JURAMENTO!

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Para niños varones)

PERSONAJES

Constantino.
Pablo.
Alejandro.
Juan.

ACTO UNICO

La escena representa una casa en construcción. Al fondo, una puerta abierta en el muro, sin revocar, que da acceso al corredor de salida á un patio, en donde hay amontonadas herramientas, ladrillos, etc. Más allá, se alza otra pared, á cuyo nivel desciende perpendicularmente una cuerda de andamio. A la derecha, otra puerta interior en el muro. A la izquierda, varias tablas amontonadas, y una ventana. Es noche, si bien se verá el fondo claramente.

ESCENA I

CONSTANTINO y PABLO aparecen luchando al pulso, en medio de la escena. Están echados en el suelo, mostrando sana alegría cada vez que se toman las manos para luchar. En el dintel de la ventana, un cabo de vela encendida; sobre las tablas, varios periódicos, un cuchillo, pan y un pequeño envoltorio con fiambre. Al rato, ALEJANDRO, descendiendo por la soga del andamio, con un paquete colgado de los dientes.

CONSTANTINO. — (Luchando). No; no señor. Así no quiero. *Vos sos muy rana*, y á mí no me vas á *fumar*.

PABLO. — Es inútil, amiguito. Vas á perder cincuenta veces.

CONSTANTINO. — Claro. Si me doblas el pulso antes de hacer yo fuerza, me vas á vencer siempre. Espérate. (Pulsean otra vez).

PABLO. — *Avisá* vos, entonces.

CONSTANTINO. — Espérate. (Quiere abarcarle bien la mano entre la suya).

PABLO. — *Agarrá* cuanta mano quieras. Te la voy á llevar lo mismo.

CONSTANTINO. — Bueno. ¡Ahora no más! (Forcejean los dos un momento; pero, al fin, Pablo le aprieta la mano contra el suelo, golpeándole los nudillos contra el pavimento). ¡Eh, eh! (Retira con violencia la mano). No seas bárbaro. (Se mira los dedos, y Pablo se ríe). ¡Vaya un modo de golpear! ¡Así, no juego!

PABLO. — No fué nada. Vamos otra vez. ¿Quieres?

CONSTANTINO. — Bueno. Pero si me golpeas, te tiro con una tabla. ¿Oíste?

PABLO. — No te voy á golpear. *Vení*...

(Pulsean de nuevo, y Pablo le golpea ahora más fuerte la mano).

CONSTANTINO. — ¡Bárbaro! (Le da un empujón en el pecho).

PABLO. — ¡Eh, mantequilla! (Lo empuja á su vez).

CONSTANTINO. — Te voy á dar con el cuchillo.

(Se levanta).

PABLO. — ¿A mí? ¡No me parece! (Se levanta, igualmente).

CONSTANTINO. — A ti mismo. (Toma el cuchillo, y Pablo saca también uno de la cintura, y se disponen á pelear á la manera criolla).

PABLO. — El primero que sea herido, ese se comerá todo el fiambre.

CONSTANTINO. — No. Ese comerá el polvo.

(Luchan con destreza, y en este momento se ve descender por la soga del fondo á Alejandro, con un envoltorio colgado de los dientes. Pablo y Constantino se detienen, y observan con sumo recelo y temor hacia el fondo; pero luego continúan luchando).

PABLO. — Es la Vinchuca. No es nada. Vamos.

(Continúan).

ESCENA II

Dichos y ALEJANDRO, entrando en escena con extrañeza.

ALEJANDRO. — (Parándose en la puerta). ¡Eh! ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué os peleáis? (Continúan en silencio, batiéndose). ¿Qué es esto, digo? (Deja el envoltorio sobre las tablas, y se coloca en medio de los dos, muy serenamente). Aquí no pasa nada, desde ahora mismo, ó me clavaréis á mí. (En broma). ¡Alto!... ¡al!...

CONSTANTINO. — (A Pablo). Eso te valió, si no...

PABLO. — Lo veríamos. Yo no soy manco.

ALEJANDRO. — Bueno, amigos. Aquí no hay más que ver que lo que yo traigo. ¿A que ninguno de los dos acierta lo que traigo?

PABLO. — Traerás pan. (Tira con el cuchillo).

ALEJANDRO. — No acertaste.

CONSTANTINO. — Chorizos.

ALEJANDRO. — Por ahí, por ahí, no más.

PABLO. — Salchicha.

ALEJANDRO. — No. Yo sé lo que traigo. (Ufanamente).

PABLO. — Entonces, ó traes butifarra, ó quieres tomarnos para la butifarra á nosotros.

CONSTANTINO. — O nos la quieres dar con queso.

PABLO. — Bueno; pues venga eso, rápido, Vinchuca.

ALEJANDRO. — Aquí está. (Desenvuelve el envoltorio).

PABLO. — ¿No será un balurdo? (Mira á Constantino).

ALEJANDRO. — ¿Veis? (Muestra en alto una gallina preparada).

CONSTANTINO. — (Frota las manos). ¡Ay, ay, ay! ¡Qué doradita!

ALEJANDRO. — ¿Qué tal, amigos?

PABLO. — Parece un cofre de oro por lo dorada. ¿Dónde la robaste? (Los dos la miran con alegría).

ALEJANDRO. — Se la birlé á un puestero del Plata. Le hice la guardia como dos horas seguidas, y al fin cayó el ave.

CONSTANTINO. — Bueno. Mesa redonda. Hoy es fiesta nacional, digo, rateril.

(Se tienden en el suelo y colocan sobre un periódico la gallina, el pan, los cuchillos y el fiambre).

PABLO. — Parecemos zorrinos.

CONSTANTINO. — Che, Alejandro. ¿Cuéntanos cómo pillaste el ave?

ALEJANDRO. — Muy sencillamente.

PABLO. — No me parece que muy sencillamente.

ALEJANDRO. — Pues verás vos si fué ó no sencillamente. Primero miré cuál era el puestero que tenía más cara de zonzo. Bueno.

El puestero que tenía más cara de zonzo era un napolitano viejo, que de tan viejo ya no hacía más que moquear. Después, le eché el ojo al ave, y, naturalmente, escogí la más gorda, que era ésta. Cuando me decidí á dar el salto, me acerqué corriendo al viejo, y le dije que me mandaba la mucama de una casa de la calle Cuyo para que él fuese á llevarle una gallina, rápido.

PABLO. — ¿Y él fué?

ALEJANDRO. — Verás. Me dijo el viejo: —" *¿Ma* qué mucama? *¿Cuále* la mucama de la gallina? *¿Cuále?* " — " Allí, le dije yo. La mucama de aquella casa. Aquella que está á la puerta. ¿La ve? — *Ma* ¿y lo *chentavi?*, me preguntó él, cruzándose de brazos. — Los tiene ella, le dije. ¡Que vaya pronto á llevarle la gallina! — *Buono, buono. L'ave* vale *tre chincuenta.* Toma *l'ave é ritorna* rápido con la plata. ¿Ah? Rápido ". El me quedó mirando, y salí corriendo, frente á la mucama, con la gallina envuelta. Cuando iba á llegar al lado de ella, la mucama se metió dentro de la casa, y yo pasé disparando por la acera, rápido como bicicleta. Al doblar la esquina sentí al viejo que gritaba: ¡Eh, eh! *¡Maledeto, atorante!* ¡La mia gallina! *¡Madona! ¡Vixilante, vixilante!...* Después, en cuanto llegué á Corrientes, tomé

el tranvía, me bajé á las dos cuadras, bajé hasta Lavalle, subí al de Villa Urquiza, me bajé en Reconquista, corrí hasta Paseo de Julio, y desde allí, pian... pian... pian... á patacón por cuadra.

CONSTANTINO. — ¡San *Franchisco!* (Lo dice con acento italiano).

PABLO. — ¿Y te corrió el vigilante?

ALEJANDRO. — ¡Araca! Cuando el vigilante vino, ya estaba yo en Reconquista. Si me agarra me tienen encerrado un mes.

CONSTANTINO. — Y con una tanda de rebencazos de yapa.

ALEJANDRO. — A mí, con la piolita. Vamos á comer, pues.

PABLO. — ¿Qué hacer? (Comienzan á partir el ave, y cantan, durante esta operación, el coro de los Ratas de La Gran Vía).

CONSTANTINO. — "Yo soy el rata primero".

PABLO. — "Y yo el segundo".

ALEJANDRO. — "Y yo el tercero", etc.

PABLO. — (Después de terminar el canto). Propongo una cosa, amigos rateros.

ALEJANDRO. — ¿Qué cosa?

PABLO. — Que juguemos la pechuga de la gallina, á ver á quién le corresponde comerla.

CONSTANTINO. — Cierto. La pechuga merece un tute.

ALEJANDRO. — No. La treinta y una.

PABLO. — Bueno. La treinta y una. Vamos.

(Separan á un lado el periódico y, echados rústicamente en el suelo, ó sentados de cuclillas, comienzan á jugar á las cartas con mucha seriedad).

ALEJANDRO. — (Dando las cartas). En puerta no vale ¿eh? Ya lo aviso.

PABLO. — Bueno.

CONSTANTINO. — ¿Y qué condiciones pone la pechuga?

ALEJANDRO. — El primero que haga treinta y una, ó si hay empate, el que tenga menos tantos de cartas.

PABLO. — Bueno. Carta.

ALEJANDRO. — Ahí va. (Le da una).

PABLO. — ¿Puedo pedir?

ALEJANDRO. — No; ahora le toca á Constantino.

CONSTANTINO. — Carta.

ALEJANDRO. — Carta va. (Se la da).

(Se siente el ruido de una tabla que se rompe, y la vela cae apagada al suelo. Todos se levantan y se esconden por la puerta de la derecha, dejando en la escena la gallina y lo demás).

ESCENA III

Dichos, ocultos, y por el fondo, avanzando con gran temor y recelo, JUAN, modestamente vestido.

JUAN. — (Entrando). ¡Pablo, Pablo! ¡Constantino! (Mira con extrañeza lo que hay en la escena). Están ausentes los atorrantillos. Andan merodeando. Pues vaya un festín que tienen preparado hoy. ¿Serán ellos? ¿Serán los

mismos que me dijo mi hermano? ¿Y si no son y me encuentran aquí? ¡Son capaces de golpearme estos malditos!...

(Se acerca á la ventana, y entonces, hallándose de espaldas hacia la derecha, salen rápidamente los tres, y le sujetan, tendiéndolo en el suelo, boca arriba).

PABLO. — Alto aquí, intruso.

JUAN. — No me golpeéis, no me golpeéis. ¡Por Dios!

CONSTANTINO. — A ver: ¿qué vienes á buscar aquí? ¿Quién te dijo que nosotros estábamos aquí?

ALEJANDRO. — Cuidado con gritar, si no... (Le amenaza).

JUAN. — No, no voy á gritar. Vengo á buscar á Pablo y á Constantino. ¿No os llamáis vosotros Pablo y Constantino?

PABLO. — Sí. ¿Y qué? ¿Qué es lo que hay?

CONSTANTINO. — ¿Y quién eres vos? ¿Cómo te llamas?

JUAN. — Me llamo Juan.

ALEJANDRO. — Bueno; pues no te conocemos. Aquí no vas á chillar, si no... (Le amenaza otra vez).

JUAN. — Vengo de parte de mi hermano.

PABLO. — ¿Y cómo se llama tu hermano?

CONSTANTINO. — ¿Quién es?

JUAN. — ¿No conocéis á Pampito?

PABLO. — ¿A Luna Pampito? ¿El que dormía aquí con nosotros?

JUAN. — El mismo.

CONSTANTINO. — ¡Ah! Entonces dejémoslo levantar. Pampito fué nuestro camarada, y éste es el hermano. ¿Dónde está tu hermano?

JUAN. — El me mandó para deciros que no viene más porque lo llevaron al Ejército de Salvación, y está ahora allí lo más bien, ganando plata y comiendo y durmiendo muy bien. Y me manda á mí á avisaros para que vosotros vayáis también para allí á vivir.

ALEJANDRO. — ¿Y qué es eso del Ejército de Salvación?

PABLO. — Yo no sé si nos estás haciendo el cuento con ese ejército.

JUAN. — Es una casa muy linda, adonde llevan á los atorrantes y á los rateros para darles de comer y dormir, y enseñarles á trabajar. Mi hermano está muy bien. Ya gana plata, sin robarla, y quiere que vosotros vayáis también allí á trabajar. El oficio de ratero es una perdición. Siempre en las comisarías, siempre corriendo, descalzo y hambriento, siempre perseguido por la policía, siempre durmiendo en las calles, muertos de frío y de miseria. Es mejor mil veces trabajar y ganarse la vida honradamente que vivir así, siempre intranquilos, hambrientos y desesperados. Mi hermano está muy contento y yo también.

PABLO. — ¿Vos también estás allí?

JUAN. — Estoy, y ¿véis? (Les muestra cinco pesos). Gané estos cinco pesos en esta semana, y voy á llevárselos á mi madre que es pobre.

CONSTANTINO. — ¡Cinco pesos! ¿Los ganaste vos?

JUAN. — Yo mismo, con mis propias manos. Y para el mes que viene me van á aumentar el sueldo. Mirad vosotros. Yo también anduve así como ahora andáis vosotros; durmiendo hoy aquí, mañana allá, comiendo un día, no comiendo en tres; una semana en la comisaría, la otra en la calle; puntapiés y palos de todo el mundo; corrido como un perro rabioso. Pero me cansé, me cansé de verdad, y hoy, aunque me maten, no dejo mi trabajo por nada del mundo.

PABLO. — Entonces es lindo trabajar ¿no?

JUAN. — Ya lo creo. Yo no tuve nunca cinco pesos míos, ni ganados ni robados. Y hoy los tengo, y mañana tendré más. ¿Porqué no venís vosotros también á aprender á trabajar?

CONSTANTINO. — ¿Y está contento tu hermano, el Pampito?

JUAN. — Si no estuviera contento se mandaría mudar; porque allá, cuando alguno no está contento y quiere marcharse, lo dejan ir. Pero después no le dan de comer ni de dormir; no lo quieren más.

ALEJANDRO. — Y dinos, che, ¿hay muchos niños allí como nosotros?

JUAN. — Hay más de cien, y todos trabajan, y todos ganan plata y están gordos y contentos. Hasta tenemos un teatro adentro para representar, y música y todo. ¡Si vierais qué gusto da vivir allí!...

CONSTANTINO. — Pero no se sale más de aquella casa. ¿No es cierto?

PABLO. — Ahí está. Tenemos que estar encerrados siempre allí.

JUAN. — ¿Quién dijo eso?

PABLO. — Pregunto yo. ¿No es así?

JUAN. — Qué va á ser así! Todos los domingos dejan salir todo el día, y cuando alguno no quiere salir, los maestros que hay allí los llevan á pasear en tren hasta un pueblito de cerca de Buenos Aires, cuando está buen día. Es una delicia vivir allí con ellos. No riñen nunca, ni pegan. Siempre están contentos y nos acarician, y, sobre todo, que allí se gana plata. ¿Por qué no venís hoy mismo conmigo?

PABLO. — Si es así, yo voy ahora mismo.

CONSTANTINO. — Y yo también.

ALEJANDRO. — Pues yo no me quedo aquí.

JUAN. — Pues, ea; vamos á hacernos hombres honrados y trabajadores. Vamos á cumplir con nuestro destino en el mundo como dicen nuestros maestros. ¿Vamos?

PABLO. — Sí; vamos á aprender á trabajar, á ser

dignos hijos de nuestra querida patria argentina, á luchar por ella.

CONSTANTINO. — Bueno; vamos. Pero antes tenemos que despedirnos de esta vida triste y miserable; de esta desgraciada vida de atorrantes, y jurar no volver á ella nunca jamás. Juremos todos.

PABLO. — Yo lo juro por esta cruz (besa la mano puesta en dicha forma).

ALEJANDRO. — Yo lo juro también (lo jura de igual modo).

CONSTANTINO. — Y yo os acompaño en el juramento (hace lo mismo).

JUAN. — Bien, amigos. Antes de irnos, como sellando este juramento, despidámonos de esta vida con un pequeño lunch, ya que hay aquí algo que comer.

PABLO. — No. Eso es robado.

CONSTANTINO. — Si; es robado. Lo mejor es despedirnos de todo esto cuanto antes, cantando la nueva vida que vamos á empezar.

ALEJANDRO. — (Hacia las paredes). Adiós, paredes tristes, testigos de todos nuestros males y miserias. Adiós covacha inmunda y hospitalaria, que me has resguardado de las frías noches de invierno durante tres meses; adiós tablas de mi lecho; adiós despojos (hacia la gallina) de mis picardías. Ya no volveré á veros más en los días de mi vida. Fuí un paria y ahora quiero ser hombre; fuí un renegado y hoy vuelvo á la

vida del trabajo y de la honradez. (Pablo y Constantino se sientan y parecen sollozar de pena).

Fuí un infeliz, un desgraciado vagabundo, sin hogar, ni amor de nadie; hoy emprendo otra senda: la senda del trabajo, la senda del amor, la senda del bien. Compañeros: juremos aquí de rodillas que jamás nuestros pasos volverán á esta vida desgraciada de perfidias y miserias, y que sabremos siempre ser hombres dignos, honrados y patriotas. (Se arrodillan los cuatro). Jurémoslo por nuestra patria querida!

TODOS. — ¡Juremos, juremos! (Todos ponen las manos en cruz y las besan).

TELÓN.

FIN

XII

PEQUEÑOS HEROES

BOCETO DRAMÁTICO-INFANTIL

(Para niños varones)

PERSONAJES

Florián.
Solero.
Chuca.
Miranda.
Ranita.
Roldán.

ACTO UNICO

La escena representa un paraje campestre. El fondo, cerrado por una pared de extremo á extremo, deja ver más allá el cielo oscurecido de la noche. Por la izquierda asoman las ramas de un ombú. A guisa de despojos bélicos, se extienden por la escena un sable, roto en dos partes, la montura de un caballo, dos espuelas brillantes, un casco y una chaquetilla con alamares, etc. Es noche, y la escena aparece oscura.

ESCENA I

Antes de levantarse el telón, se oye como á lo lejos, una charanga militar, que se va alejando cada vez más, hasta perderse sus ecos. Cuando deja de oirse la música, comienza entonces á escucharse un canto débil y triste, y va lentamente alzándose el telón. Al fondo, sentado en el suelo, junto al muro, FLORIÁN, vestido á la usanza militar de la independencia, con el traje hecho jirones, y sin casco en la cabeza. A su lado derecho, tiene un clarín, y canta con la cabeza apoyada sobre las dos manos, engarzando los dedos entre la mata de pelo renegrido que le cae sobre la frente. FLORIÁN es negro; pero de facciones simpáticas y vivas.

MÚSICA

FLORIÁN. —

No llores patria mía;
no sientas más dolor,
porque su ley impía

te imponga en este día
el pérfido invasor.

Aun quedan fabricando
laureles para tí,
los que viven luchando,
y sucumben besando
tu símbolo feliz!

(Saca del pecho un gallardete patrio y lo besa).

No llores patria mía,
no sientas más dolor!

(Lo oculta otra vez en el pecho, pero luego lo saca de nuevo y, tomando la punta del sable roto, clava en ella el gallardete, y lo coloca encima del muro para que siga flotando).

FLORIÁN. — (Hacia la banderola). No importa que hoy seas vencida; no importa que la suerte haya en esta ocasión vuelto su espalda á los ejércitos patriotas. Tú, bandera mía, seguirás ondeando ahí como en una fortaleza, bajo el alto y divino cielo de mi patria, y de ahí nadie será capaz de arrancarte sin que yo caiga muerto. Ondea, ondea gallarda y altiva; muévete con majestad al soplo ligero del viento nocturno de las pampas, que aun te sostiene en pie la esperanza sublime de la victoria. Un jirón del firmamento, un pedazo de techumbre del palacio de Dios, no puede ser pisoteado ni abatido por los hombres. ¡Ea, gallardete

mío, despliega arrogante tus colores, y ciérnete sobre esta ancha tierra de libertad, como un viril retoño de triunfo!

(Luego, mientras canta, va recogiendo todos los despojos extendidos por la escena, y amontonándolos junto á la pared, cuidadosamente. Hablado).

El ya me dejó para siempre. Murió en la lucha como un héroe, como un Dios, acribillado de heridas, sin exclamar un ¡ay!, ni un quejido. ¡Pobre mi capitán! Parecía un Júpiter airado en medio del estruendo ensordecedor del entrevero. Erguido sobre su caballo y cubierto de sangre generosa, su figura, alta y temible, infundía á la vez respeto y reverencia. Murió como un héroe, como un Dios, defendiendo su patria. (Entristecido). ¡Muerte, muerte! ¿A dónde llevaste á mi capitán? ¿Para qué me robaste la vida generosa de aquel que me recogió y me atendió con toda solicitud desde niño tierno y huérfano? ¿A dónde iré yo ahora? No tengo á nadie en el mundo. El me recogió huérfano en medio del campo; me llevó, me enseñó el amor á mi patria; me hizo su ayudante, y muerto él, ¿qué soy yo?... (Se arrima al muro, y solloza con la cabeza apoyada). ¡Maldita guerra!... ¡Muera yo también con sus despojos!...

(Solloza de nuevo). (Pausa).

ESCENA II

Se oye otra vez la charanga, más alegremente, y un ruido de hombres y armas que se aproximan. Al rato, entran en la escena, por derecha é izquierda, aunque no simultáneamente, y con cierto júbilo, SOLERO, CHUCA, MIRANDA, RANITA y RONDAL, soldados enemigos, que buscan descanso. FLORIÁN, al sentirse la charanga, se trepará al muro, mirando á lo lejos con angustia.

FLORIÁN. — ¡Dios mío! ¡Y vuelven hacia acá! (Salta del muro rápidamente). ¿Dónde ocultaré estos despojos? (Corre como atolondrado por la escena). ¿Qué haré yo? ¡Estas reliquias serán profanadas! (Parece desesperarse). ¡Dios mío!... (Se encarama de nuevo sobre el muro, y mira con la mano puesta sobre los ojos hacia afuera. Luego salta á tierra otra vez). Me tomarán prisionero. No hay salvación posible para mí. ¡Maldita guerra, maldita guerra!... (Después de ir de un lado al otro de la escena como desorientado). ¡Ah! Me esconderé en el ombú; me ocultaré en su copa frondosa; el ombú es un árbol americano, y no me venderá á nuestros enemigos. ¡Sí; me ocultaré en él!

(Cada vez se escucha más cerca el ruido de hombres y de armas, y Florián corre á ocultarse por la izquierda. En seguida, por la derecha, entran con apresuramiento, Solero, Chuca y Miranda. Después, por la izquierda, Ranita y Rondal).

SOLERO. — (Fijándose en los despojos). ¡Hola, hola! También por aquí han corrido los cobardes.

CHUCA. — Es cierto; estos despojos corresponden

al enemigo (observándolos) y son despojos de un oficial. ¿No es verdad, Solero?

SOLERO. — Cierto. La chaquetilla tiene alamares.

(La mira, así como las espuelas y la montura).

MIRANDA. — Pues valiente cobarde ha sido este caballero. Por correr, hasta dejó el saco abandonado, y los arreos de su caballo. ¡Vaya un militar!

CHUCA. — ¿Y este clarín?

SOLERO. — Es verdad.

CHUCA. — Este clarín debió pertenecer al trompa.

MIRANDA. — Vamos. Apostaría á que yo acierto á quién corresponden todos estos despojos.

CHUCA. — (Roncamente). Mira éste. (A Solero). ¿Cómo va á saber á quién corresponde esto entre tanto vencido? No digas trompetadas, Miranda.

MIRANDA. — Yo no soy trompa, Chuca. Digo lo que me parece.

SOLERO. — Bien, ¿á quién corresponden, entonces?

CHUCA. — Eso es; dilo en seguida.

MIRANDA. — Yo peleé en la vanguardia y, peleando, he visto á un capitán enemigo que, rodeado por un pelotón de nuestros jinetes, se defendía con heroísmo admirable de ellos. Agarrado á las ancas de su caballo, un muchacho negro, sostenía un clarín de órdenes, que me parece este mismo, por su agarradera de paño azul y blanco. Aquel capitán y aquel negrillo parecían, en medio

de la contienda un San Miguel con su espada en alto, y el diablillo negro á sus pies.

SOLERO. — ¡Quién sabe entonces! Bien pudiera ser que fuesen de ellos estos despojos.

CHUCA. — Yo no lo creo.

MIRANDA. — ¿Y por qué no? (Toma el clarín y lo mira). Pues parece el mismo clarín.

SOLERO. — Si no es chacota tuya, bien puede ser.

CHUCA. — Pues yo sigo creyendo que no. Estos despojos pertenecen, sin duda, á un cobarde, que huyó, y este clarín á otro cobarde.

(Entran Ranita y Rondal por la izquierda, hablando entre sí, en voz baja).

SOLERO. — Pero, aquí viene Ranita, que nos dirá su buen parecer como soldado viejo. ¿Eh Ranita?

RANITA. — ¿Qué hay?...

CHUCA. — Pues, mira. Aquí encontramos estos despojos enemigos, y estamos empeñados en una discusión sobre si serán de un valiente ó de un cobarde. Yo digo que son despojos de un cobarde, que huyó ante nosotros; y Miranda dice que pertenecen á un valiente. ¿Qué te parece á ti?

RONDAL. — Yo digo que eso no se puede saber.

RANITA. — Más seguro me parece, sin embargo, que pertenezcan á un cobarde; porque el valiente muere con sus despojos; cae con ellos acribillado de heridas.

CHUCA. — Pues claro.

SOLERO. — En eso hay razón. (Se sienta junto al muro).

MIRANDA. — Bien puede ser. Mas yo he visto este clarín, en medio del combate, junto á un valiente enemigo, que combatía como un gigante, como un Cid.

RANITA. — Pero ese enemigo pudo al fin ser un cobarde y huir.

RONDAL. — En cuyo caso, estos despojos pertenecen á un miserable, que no sabe defender su patria.

CHUCA. — Ni más, ni menos. Retirémoslos de nuestro lado.

MIRANDA. — ¡Quién sabe! (Quiere sentarse junto á Solero).

RONDAL. — (Fijándose con extrañeza en el gallardete que está sobre el muro). Pero... ¿y eso? (Señalando á los demás el gallardete). ¿Quién de vosotros puso ahí esa banderola?

(Todos se levantan y la contemplan con asombro).

SOLERO. — ¡Es extraño! ¿Cómo no la hemos visto nosotros? (á Chuca y Miranda) ¿Cómo es esto?...

RANITA. — Caso curioso éste. (A Solero). ¿No la habéis visto?

SOLERO. — No la hemos visto.

MIRANDA. — En verdad que es raro esto.

CHUCA. — No os asustéis. Al huir, esos cobardes clavaron en ese muro su bandera, como en su última fortaleza. Es el heroísmo de los que huyen.

RONDAL. — Pues hay que quemar esa banderola.

RANITA. — Claro y, en su lugar, colocar la nuestra.

CHUCA. — ¡Ea! Quememos ese emblema de la derrota, y plantemos en su lugar el emblema del triunfo. (Se dirige al muro; pero, en este momento, aparece en la escena, de un salto, Florián, enardecido y furioso, interponiéndose entre Chuca y el muro, con el estupor de los demás, que lo miran como asombrados y perplejos).

FLORIÁN. — (Gritando). ¡No!... ¡No!... ¡Morir quiero mil veces! ¡No, mil veces; no!...
(Se queda sereno y firme delante de Chuca).

CHUCA. — (A Florián). ¡De dónde has salido ratoncillo negro? (Se sonrie hacia los demás). ¿Eh? ¿Qué os parece de esta aparición diablesca?...

MIRANDA. — Razón tenía yo. Es el mismo negrillo.

SOLERO. — (A Miranda). ¿Es el mismo?

MIRANDA. — Sí.

RONDAL. — ¡Qué fenómeno tan curioso!

RANITA. — ¿Y en dónde estaba escondido este pájaro trompa?

SOLERO. — (Se acerca á Florián y le coloca una mano sobre el hombro). Conque entonces no eres cobarde, no dejas arrancar esa bandera, ¿no es eso?

FLORIÁN. — Eso mismo. Ni yo soy un cobarde, ni mi capitán ha sido cobarde, ni esa bandera caerá de ahí!

CHUCA. — (Riéndose). Está loco el negrillo!

FLORIÁN. — Sí; estoy loco.
RANITA. — ¿Y te atreves con los cinco?
FLORIÁN. — Me atrevo con cinco mil. ¿Qué hay?
RONDAL. — Eso es la cobardía desesperada. Vete de aquí, negrillo loco, ó te despachamos nosotros al otro mundo.
FLORIÁN. — No me voy, no me voy, ni me iré.
RANITA. — ¡Ea; fuera de aquí! (Lo empuja).
SOLERO. — Arranca esa bandera, Chuca.
FLORIÁN. — (Toma con rapidez la mitad del sable roto). Esa bandera no saldrá de ahí. Es mi bandera. (Se interpone entre Chuca y el muro, y quiere defenderla). Ni que fuerais cinco mil me apartaré de su lado. Quiero morir aquí, junto á ella. ¡Quiero morir!

(Entre todos lo agarran, y van arrastrándolo hacia la derecha. Florián se resiste, agarrándose con rabia al muro. Luego se libra de ellos, y corre al lado de la bandera, pretendiendo escalar el muro. Lo toman otra vez entre todos y lo van arrastrando).

CHUCA. — Vas á morir como un cobarde, como un perro. (Lo empuja violentamente). ¡Infeliz!
FLORIÁN. — Quiero morir aquí; aquí, al pie de estos despojos. ¡Cobardes! ¡Cinco contra uno! (Lanza un grito mortal, y vuelve á oirse la charanga que ahora toca á lo lejos una marcha). ¡Quiero morir mil veces, junto á mi bandera! ¡Ay!
RONDAL. — Pronto cederás.
CHUCA. — ¡Toma! (Le da otro golpe).
FLORIÁN. — ¡Dios mío!

SOLERO. — ¡Que muera de una vez! Vamos, Chuca,... ¿qué haces?

CHUCA. — ¿No es mejor prisionero?

FLORIÁN. — ¡No. no! ¡Muerto, muerto! ¡Prisionero, nunca!

(Se escapa de nuevo de entre los cinco, y de un salto quiere agarrar la bandera; pero cae sin fuerzas junto á los despojos, abrazándose á ellos).

RANITA. — ¡Escuchad!

SOLERO. — ¿Qué hay?

RONDAL. — Siento músicas hacia allá. ¿No oís?

SOLERO. — ¿A ver? (Escuchan todos).

FLORIAN. — (En el suelo). Aquí moriré sobre estos sagrados y queridos recuerdos. Entre ellos vive el alma de mi capitán. ¡Aquí quiero morir; aquí!

CHUCA. — ¿No has muerto aún?

FLORIÁN. — ¡Aún no! ¡Cobardes!

RANITA. — ¡Escuchemos!...

MIRANDA. — ¡Oíd!...

(Se siente más cerca la marcha guerrera que parece oírse cada vez más clara y precisa).

MIRANDA. — ¡Vuelven, vuelven! ¡Huyamos!

SOLERO. — ¡Verdad!

RANITA. — ¡A las armas!

CHUCA. — Corramos.

RONDAL — Huyamos, pues!... (Vanse).

(Todos huyen por la derecha precipitadamente, sin volver la cabeza, al tiempo que se escucha tropel de gentes que corren).

FLORIÁN. — (Arrastrándose por la escena hacia el ombú).

Aún quedan fabricando
laureles para ti,
los que viven luchando,
y sucumben besando
tu símbolo feliz!

(EL TELÓN CON LENTITUD).

FIN

SEGUNDA PARTE

COMEDIAS

I

LA BANDERA DE COMBATE

COMEDIA INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

Catalina.
Emma.
Lucrecia.
Virginia.
Marina.
Isabel.
Luisa (la mayor de todas).

ACTO UNICO

Un gabinete de costura. Al fondo, una galería velada por un cortinaje blanco. A la derecha, una ventana. A la izquierda, una puerta. El suelo alfombrado, y, en un ángulo, varios objetos de costura y de bordado, etc.

ESCENA I

MARINA y CATALINA aparecen observando un artístico cofre, bordado en la tapa con los colores nacionales. Están sentadas junto á una mesa velador, en frente una de otra.

MARINA. — ¿A qué hora han dicho que llegarían?

CATALINA. — Emma me dijo que vendrían á las cuatro. Pero como Lucrecia y las que forman la Comisión viven tan lejos unas de otras, bien puede ser que se retarden. De cualquier modo las esperaremos.

MARINA. — Sí; pero á las cinco es el acto, y si antes de esa hora no están aquí, habrá que postergarlo hasta otro día.

CATALINA. — Yo creo que vendrán. Lucrecia es muy cumplida.

MARINA. — Y dime, Catalina: ¿Quién va á acompañarnos en ese momento? ¿Vamos nosotras solas?

CATALINA. — Pues claro que vamos solas. La gracia es esa. Presentarnos allí, pedir una entrevista con el comandante del buque, pronunciar un breve discurso apropiado al acto, y en seguida hacerle entrega de nuestra insignia. ¿No te parece que ese es el mejor modo de hacer las cosas?

MARINA. — Yo no sé lo que contestarte. Sin embargo, me parece que debería acompañarnos alguna persona de representación.

CATALINA. — ¿Tienes vergüenza? ¡Vaya! Pues yo no veo la razón por que tengamos que ir y estar representadas allí por otra persona ajena en absoluto á nuestros propósitos. Ten en cuenta que nadie sabe que nosotras hemos bordado una bandera de combate, y nuestro sentimiento de argentinas y nuestro pensamiento de patriotas han de aparecer como de una iniciativa espontánea. El mérito es ese.

MARINA. — Eso es verdad. Y dime: ¿vas á pronunciar tú el discurso de entrega?

CATALINA. — Claramente. Como que soy la mayor de todas, me corresponde.

MARINA. — ¿Y quién te hizo el discurso? ¿Lo hiciste tú?

CATALINA. — Yo misma. En ese acto todo debe ser exclusivamente nuestro, aunque el obsequio y el discurso aparezcan sencillos y modestos.

MARINA. — ¿Por qué no me dices el discurso?

CATALINA. — Ya lo oirás cuando vengan ellas.
MARINA. — ¿Es lindo, Catalina?
CATALINA. — Yo no sé, en realidad, si es ó no es lindo. Pero, á lo menos, tiene una virtud.
MARINA. — Y cuál?
CATALINA. — Que todo cuanto digo en él lo he sentido. Aquellas palabras han pasado por el fuego del corazón, y van caldeadas de sentimiento y de amor.
MARINA. — ¡Ay! Dímelo, dímelo, Catalina. (La acaricia). Anda, á ver qué lindo es.
CATALINA. — No; no voy á decírtelo ahora. Ten un poquito de paciencia, hasta que lleguen las demás, y luego vas á oirlo. Son cuatro palabras nada más.
MARINA. — ¿Y á qué hora llegan ellas? ¿A las cuatro? ¿A ver? (Saca un relojito y mira la hora). Las cuatro.
CATALINA. — ¿Las cuatro ya?
MARINA. — ¿Ves? (Le muestra el reloj).
CATALINA. — Es cierto. Ahora van á llegar.
MARINA. — Y si no nos quiere recibir el comandante cuando estemos á bordo. ¿Cómo haremos?
CATALINA. — ¡Vaya, mujer! ¡Cómo no ha de recibirnos! ¿No somos acaso niñas? ¿Crees tú que un militar argentino es tan descortés? Ya verás, ya verás qué amablemente nos recibe. (Se oye un ruido como de gente que llega).

MARINA. — Calla. (Escuchando). Creo que ya llegan.
CATALINA. — Sí, sí, ya llegan. (Se levantan y van hacia la puerta).

ESCENA II

Dichas y entrando, EMMA, LUCRECIA, VIRGINIA é ISABEL. EMMA trae un pequeño paquete que colocará encima de la mesa, saludándose todas al entrar como habitualmente se acostumbra, y sentándose luego.

CATALINA.— Pues ya estábamos haciendo pronósticos sobre vuestra llegada.
EMMA. — Y ¿qué decíais de nosotras?
MARINA. — Nada de particular. Lo que sí, que le estaba preguntando á Catalina si no sería mejor ir á entregar la bandera representadas por una persona de respeto.
EMMA. — ¡Hola, sí? Pues mira: lo mismo me venían diciendo en el tranvía todas ellas. (Señala á sus acompañantes). Quieren que á todo trance nos acompañe una persona de edad.
LUCRECIA.— A mí me parece más conveniente y más serio.
VIRGINIA. — Nada perderíamos con ello.
MARINA. — Pues yo creo, y eso mismo le decía á Catalina hace un momento, que es mucho mejor.
CATALINA. — Bien, pues yo sigo en mi creencia, aunque todas estéis en el lado opuesto. Yo creo que ya que esto ha sido de nuestra única y exclusiva iniciativa, debemos lle-

var á cabo esta demostración patriótica, sin que nadie intervenga más que nosotras. ¿O tenéis miedo?

LUCRECIA. — ¿Miedo?...

VIRGINIA. — ¡Vaya!...

ISABEL. — ¿Y por qué?

EMMA. — Pues, justamente. Nosotras no vamos á cometer ningún delito con eso. Muy por el contrario.

CATALINA. — Y bien. ¿Traéis la bandera?

EMMA. — Y cómo no?... (Comienza á desenvolver el paquete).

LUCRECIA. — ¿Y hablarán los diarios de nosotras, niñas? Yo quiero que hablen los diarios. (Todas se ríen).

MARINA. — Lucrecia quiere que, á viva fuerza, hablen de ella los diarios.

LUCRECIA. — Y qué!... A mí me gusta que hablen los diarios de mí. Digo lo que siento.

CATALINA. — Tiene razón. Como que es la más chica de todas, tiene derecho á que la ensalcen los diarios.

VIRGINIA. — La verdad es que ha sido la que más trabajó.

EMMA. — Eso es cierto. (Desenvuelve la bandera y la muestra extendida en alto). ¡Mírenla aquí! ¡Qué linda es!...

CATALINA. — Muy hermosa!... (Todas la miran con alegría).

EMMA. — Un trabajo de dos meses, nada más. ¿No os parece que hemos hecho bastante?

ISABEL. — Ya lo creo. Yo tengo la punta de los dedos acribillados de los puntazos de la aguja. Fué bordada con sangre mía.

VIRGINIA. — Y de todas; porque yo también tengo las señales.

EMMA. — Todas hemos puesto en ella algo de nuestro corazón.

MARINA. — Bueno. Ahora que Catalina diga su discurso.

LUCRECIA. — Verdad, Catalina. Tenemos que oír el discurso que vas á pronunciar allí.

MARINA. — Que hable Catalina.

VIRGINIA. — Sí, que hable.

ISABEL. — Que diga su discurso.

CATALINA. — No tengo inconveniente. También necesito vuestra aprobación... si es que la merezco.

EMMA. — Pues á ver, entonces. Pero que sea lindo ¿eh?

(Todas la rodean de pie, teniendo la bandera suspendida en alto).

CATALINA. — (Con seriedad). Señor Comandante: Estas niñas argentinas, sintiendo arder en sus corazones el santo amor de la patria, han bordado una bandera de combate para el buque de vuestro digno mando. Esta bandera muy poco valdría en sí, si no trajese entre sus pliegues celestiales sangre de nuestro corazón y aliento de nuestras almas. Y al haceros entrega de esta gloriosa insignia, en la que van grabadas con

letras de oro los inmarcesibles laureles de nuestra hermosa patria, hacemos fervientes votos porque tengáis la gloria de que ella jamás sea arriada para servir de trofeo á vuestros enemigos y de ludibrio á nuestra adorada nación.

Señor Comandante: La sangre de las doncellas argentinas no puede ser posesión vergonzosa de nuestros enemigos, y nosotras, que la hemos bordado con la propia savia de nuestras venas, esperamos que sepáis defender esta bandera con ese heroísmo incomparable de nuestra raza y la serenidad de nuestros grandes héroes nacionales. De ese modo, tened seguro, señor Comandante, que la patria y nosotras os lo recompensaremos. He dicho. (Todas aplauden).

EMMA. — Muy bien, Catalina. Es un discurso muy lindo.

MARINA. — Ahora yo propongo una cosa.

EMMA. — ¿Cuál?

MARINA. — Que antes de encerrar la bandera en el estuche, todas debemos besarla. ¿No os parece?

CATALINA. — Cierto.

EMMA. — Bien; pues yo soy la primera en hacerlo. (Besa la bandera, y, tras ella, siguen las demás, con mucha emoción).

LUCRECIA. — ¡Adiós mi bandera! ¡Adiós! (La besa otra vez).

ESCENA III

Dichos y, entrando mientras están besando la bandera, LUISA.

LUISA. — (Parándose á distancia, con sorpresa). ¿Y qué están haciendo, ustedes? ¿Qué es eso?

(Avanza hacia ellas).

CATALINA. — Es la bandera de combate. ¡Mírala qué linda es! (Se la muestra). ¿Te gusta, Luisa?

EMMA. — ¿Verdad que es linda?

LUISA. — Muy bonita. Pero ¿para qué habéis dicho que es esta bandera?

EMMA. — Para entregarla al Comandante del buque. ¿Por qué lo preguntas?

LUISA. — Pero ¿de qué es esta bandera?

CATALINA. — Pues es de seda, bordada en oro. ¿No lo ves?

LUISA. — Ya lo veo.

VIRGINIA. — Y es una bandera de combate.

LUISA. — ¿Pero habláis en broma ó en serio?

CATALINA. — ¡Cómo en broma! ¿Por qué dices eso?

LUISA. — ¡Pero será posible que seáis tan locas! ¿Quién os aconsejó eso?

MARINA. — ¿Y por qué dices que estamos locas?

LUISA. — Pues claro que no estáis en vuestro pleno juicio. ¡A quién se le ocurre hacer una bandera de combate de un palmo de largo!

CATALINA. — Entonces!... (Apesarada).

EMMA. — ¿No sirve entonces, Luisa?

LUISA.— Pues indudablemente que no sirve. ¿No veis vosotras que una bandera de combate es amplia como un pabellón de guerra, y esto es un pañuelo bordado? Pues menuda plancha ibais á hacer!

CATALINA. — ¡Pero!...

LUISA. — No cometáis la locura de ir á entregar eso.

CATALINA. — ¡Qué desgracia!

LUCRECIA. — ¡Dios mío! ¡Y ahora ya no hablarán los diarios! (Se cruza las manos).

LUISA. — ¡Qué inocentes sois! ¿Para qué os ponéis á hacer las cosas sin preguntar antes? Os está bien empleado. (Vase sonriendo).

MARINA. — Adiós discurso, adiós bandera, adiós señor Comandante, adiós...

CATALINA. — Cállate, si quieres, de una vez. (Enojada).

EMMA. — No nos queda otro recurso que cantar la canción de la bandera.

VIRGINIA. — Justamente. ¡Cantémosla!

(Extienden la bandera en alto, y entonan la canción escolar, frente á ella).

TELON.

FIN

II

LAS HABLADORAS

COMEDIA INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

Victorina.
Petra.
Angela.
Juanita.
Otras niñas.

ACTO UNICO

Un corredor de un colegio de enseñanza interna. Al fondo, una galería. Por la izquierda se extiende el mismo corredor, en sentido lateral. Por la derecha, pared, con varias ventanas abiertas.

ESCENA I

VICTORINA y PETRA aparecen, en primer término de la derecha, conversando cerca de una ventana. Por el fondo, vense cruzar paseando, tomadas del brazo, varias niñas, de dos en fondo. A veces, llega hasta la escena el eco de sus conversaciones y risas.

VICTORINA. — Pues ¿sabes una cosa, Petra?

PETRA. — ¿Qué?...

VICTORINA. — A mí no me gusta cantar ese himno, y si han de obligarme á cantarlo las superioras, pienso avisar á mis padres para que me retiren del colegio. ¿Sabes cuál es el origen de esa canción?

PETRA. — Yo, no.

VICTORINA. — Pues, mira. Allá en un país de Europa sucedió que una vez hubo un motín de militares, y, queriendo declararse en rebelión contra el gobierno de su país, compusieron un himno para que les sir-

viese de divisa. Bueno. Aquella rebelión produjo sucesos sangrientos, y aquel himno se hizo famoso. Pues, bien; resulta que pasaron los años, y un día se le ocurrió á un señor componer una letra patriótica escolar para que sirviese de canto á los niños, y no teniendo acaso de qué echar mano, tomó la música de este himno motinero y se la aplicó á esa letra, componiendo de ese modo la canción escolar que nos obligan á cantar á nosotras y á todos los niños argentinos.

PETRA. — ¿Y quién te dijo á vos eso?

VICTORINA. — Lo he leído en algunos diarios.

PETRA. — ¿En diarios argentinos?

VICTORINA. — Sí.

PETRA. — Bueno; pero la letra es muy linda y muy patriótica, y la letra es lo que vale.

VICTORINA. — Ya lo sé. Pero la música tiene un origen motinero.

PETRA. — Pero también es muy sentida. Yo creo que eso no ha de importar gran cosa para que nosotras lo cantemos. Al fin ¿qué sabemos nosotras de motines?

VICTORINA. — Nada sabemos. Sin embargo, me parece que no debía ser así. Música y letra deberían ser argentinas, propiamente.

PETRA. — ¡Bah!... No hagas caso de esas tonterías, Victorina. Cuando el director del Consejo no quiere cambiarla, es porque tiene fundamentales razones para ello. Esa

música es tan sentida, tan dulce y tan emocionante, que, con ella, somos capaces de apreciar y sentir en nuestro corazón el ideal de la letra. Es una música que llega al alma verdaderamente. Y el director de la enseñanza sabe que, si se cambia esa música por otra, quizá no produzca en los niños el mismo fruto y el mismo sentimiento. Yo creo que haces mal en rebelarte de ese modo contra las superioras.

VICTORINA. — ¿Que hago mal, dices?

PETRA. — Me parece que sí.

ESCENA II

Dichas y, por el fondo, ANGELA, avanzando hacia ellas.

ANGELA. — ¿Qué hacéis ahí? ¿Estáis castigadas?

VICTORINA. — Así parece.

ANGELA. — ¿Y qué habéis hecho?

PETRA. — Pues mira, Angela, no hemos hecho nada. A mí me han castigado por dejar sin agua á mi canario, y á Victorina por no querer cantar el himno sola.

ANGELA. — ¡Vaya una fatalidad! ¿Y os dejaron sin recreo?

VICTORINA. — A mí hace dos días que me tienen así.

ANGELA. — ¿Por qué?

VICTORINA. — ¿No te lo he dicho ya? Por no cantar el himno.

PETRA. — Nos ha dicho la superiora que somos unas rebeldes.

ANGELA. — Bueno, Petra. Pero á ti ya no es la primera vez que te castigan. Estás empeñada en matar de sed á tu canario, y el pobrecito no tiene la culpa de que lo pongan en tu habitación.

VICTORINA. — Es cierto. El mío lo cuido á las mil maravillas.

PETRA. — Pues, mira. Cualquier día me cansa tanto el dichoso canario, que lo echo á volar, y se acabó el cuento.

VICTORINA. — (Con apresuramiento, á Petra). Pchs... pchs... (En voz baja). ¡Cállate!

PETRA. — ¿Qué es? (Miran hacia la izquierda todas).

ANGELA. — ¡Ay!...

VICTORINA. — Creo que la superiora te ha oído decir eso. ¿Por qué gritas tanto?

PETRA. — ¿Me ha oído, dices?

VICTORINA. — Justamente. Y se va sonriendo.

ANGELA. — No sé para qué hablas tan fuerte.

PETRA. — (A Victorina). ¿Y á vos no te oiría también?

VICTORINA. — ¡Quién sabe! Si me ha oído es capaz de hacerme repetir el himno veinte veces, hasta darme una indigestión.

ANGELA. — Pues debíais tener cuidado. Ya sabéis cómo son las superioras. Son como el aire. Están en todas partes, y todo lo ven y lo oyen.

VICTORINA. — ¡Pues mira que si me ha oído estoy divertida! Me va á dejar sin recreo un mes seguido.

PETRA. — Ya lo creo. ¿Y á mí?

ANGELA. — Por tan poca cosa, me parece que nada os harán. Las superioras son severas, pero son muy buenas.

PETRA. — ¡Caramba, con tanta severidad! Ya van más de tres veces que me castigan por no ponerle agua al pájaro.

ANGELA. — ¿Y qué trabajo te cuesta á ti ponerle agua?

PETRA. — A mí, ninguno. Pero es que me olvido.

VICTORINA. — Pues claramente que por eso es.

ANGELA. — El mío hace un año que lo tengo, y jamás le faltó agua ni alpiste. Para mí es una gran distracción dar de comer á los pajaritos.

PETRA. — Pues, hablando con franqueza, á mí no me gusta, porque hay que limpiarlos y arreglarlos, y algunas veces me molestan.

ANGELA. — Y dime una cosa, Petra. ¿No nos regalan ellos algunas veces con sus cantos?

PETRA. — Eso es verdad. Pero así y todo, yo quisiera que cantase siempre mi canario, sin tener que limpiarlo.

ANGELA. — ¿Has visto? Pues eso es un egoísmo muy malo. Si tú te sacrificas por él, él también te recompensa ese sacrificio con sus gorjeos.

VICTORINA. — Lo que yo digo es que no sé por qué nos obligan á cuidar pájaros, cuando precisamos el tiempo para otras cosas nuestras.

ANGELA. — Pues yo siento un gran placer en cuidar mi canario. Tenemos que considerar que son nuestros prisioneros, y ya sabéis que á los prisioneros se les debe humanidad y consideraciones, puesto que se hallan privados de su libertad.

ESCENA III

Dichas y, por el fondo, JUANITA.

VICTORINA. — Ahí viene Juanita. ¡A que viene también castigada! ¿Apostáis algo?

ANGELA. — Bien puede ser. Juanita algunas veces es también muy revoltosa.

PETRA. — (A Juanita). ¿Vienes castigada?

JUANITA. — No, no traigo castigo. Pero, en cambio os traigo una mala noticia.

PETRA. — ¿A mí?

JUANITA. — Sí.

PETRA. — ¿Y qué noticia es esa?

VICTORINA. — ¡Ay, Dios mío!... ¿A que nos oyó la superiora?

ANGELA. — ¿No os dije?

JUANITA. — Me dice la superiora (á Petra) que guardes silencio durante una hora, retirada de todas.

PETRA. — ¿Y por qué?
ANGELA. — ¿Aún lo preguntas?
JUANITA. — Yo no sé por qué será. Y además que, desde hoy, en vez de uno tendrás que cuidar cinco canarios.
PETRA. — ¡Ay, Virgen de la Luz! ¡Cinco pájaros!
VICTORINA. — ¿De veras, Juanita?
JUANITA. — Como lo oís.
ANGELA. — Toda una canariera va á ser la habitación de Petra.
PETRA. — ¡Ay, Dios mío! ¿Y cómo voy á hacer?
JUANITA. — Parece que tendrás que cuidarlos durante un mes con la mayor prolijidad, según he oído decir á la superiora.
PETRA. — (Afligida). Pero esto ya es imposible.
JUANITA. — Bueno. Ahora me queda comunicarte á vos (á Victorina) otra noticia desagradable.
VICTORINA. — ¿También á mí?
ANGELA. — ¡Anda, anda!... Hablad ahora más de lo que debéis.
JUANITA. — Tenéis que armaros de paciencia.
VICTORINA. — ¿Y qué noticia es esa?
JUANITA. — Que dentro de un momento vendrá aquí un grupo de niñas para que les enseñes el himno, porque ellas aún no lo saben bien. Es orden de la superiora.
VICTORINA. — ¡Pero si yo no hablé nada! ¿Porqué me castigan de ese modo?
ANGELA. — Ha sido un mal momento.

JUANITA. — Yo cumplo con el deber impuesto. Ya estáis notificadas, y no hay remedio sino cumplir el castigo.

PETRA. — ¿Y tengo que comenzar ahora mismo?

JUANITA. — Sí, sí, desde ahora mismo.

PETRA. — ¡Qué desgracia! No poder hablar con nadie en una hora, es un suplicio para mí.

Se retira de las demás, hacia la izquierda. Angela se va con ella, sin hablarse, y Juanita por el fondo).

VICTORINA. — ¡Me dejan sola como un hongo!... Yo no sé por dónde oyen y ven las superioras. Son como el aire, lo mismo que el aire. ¡Qué fatalidad! (Por el fondo avanzan varias niñas, cantando la canción de la bandera, hacia Victorina, y ella, al verlas, se dirige á ellas, batiendo las manos al compás y cantando). No hay más remedio que cumplir el castigo! ¡No hay más remedio!

(Canta con ellas, cayendo el telón).

FIN

III

¡ORGULLOSA!...

COMEDIA INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

María.
Anita.
Elena.
Rosario.
Celina.
Un grupo de niñas.

ACTO UNICO

La entrada de un jardín. Al fondo, una reja de derecha á izquierda. Hacia esta parte supónese que está la casa. A la derecha, plantas, flores, etc. En el centro, un gran espacio circular con algunas sillas en derredor. Desde aquí parte un camino en dirección al fondo. Es día.

ESCENA I

MARÍA aparece en el centro, hacia la izquierda, amontonando en un lugar las sillas. En seguida, por el fondo, ANITA.

MARÍA. — Mamá tiene á veces cada ocurrencia, que yo no sé cómo explicarla. El otro día quiso que á la fuerza merendase conmigo la hija del sastre vecino, y que yo misma la sirviese y mostrase mis juguetes, como si fuese una verdadera amiga mía. A veces me pregunto por qué mamá hará esto; cuál será su objeto; y por mucho que pienso, no soy capaz de explicármelo. ¿Es posible que ella quiera que la hija de un sastre sea mi amiga? (Entra Anita por el fondo). ¡Ah! Pero ahí viene ya, aquí viene á fastidiarme. ¡Vaya! Es tiempo ya de que le diga algo, y le dé á comprender que me molesta.

ANITA. — Buenas tardes, niña María. ¿Cómo pasó usted la noche? ¿La pasó bien?

MARÍA. — Regular. (Sin mirarla). ¿Y vos á qué vienes?

ANITA. — Vengo á saludarla y á pasar, digo, á acompañarla un momento, si usted tiene gusto en ello.

MARÍA. — ¿Y no tienes qué hacer en tu casa, Anita?

ANITA. — He concluído mis quehaceres ya. Por eso vengo. Además, le traigo estas flores, que son primerizas.

MARÍA. — Primerizas, dices?

ANITA. — Sí, niña María.

MARÍA. — ¿Qué quiere decir eso?

ANITA. — Quiere decir que son las primeras flores de una maceta muy tierna que tenemos en nuestra casa. Comienza á dar flores este año. Tómelas, niña María. (Se las quiere entregar).

MARÍA. — No te molestes. Guárdalas para tí. Yo también tengo flores cuando quiero.

ANITA. — Está muy bien, niña María. Pero esto es un obsequio que le hago yo, porque estas flores son fragantes y lindas como su corazón.

MARÍA. — (Aparte). ¡Huy... huy!... (A Anita). Pues, mira; serán cuanto vos quieras; pero otra vez no te molestes ¿oíste?

ANITA. — Está muy bien. Como usted quiera.

MARÍA. — Vos también eres niña como yo, y han

de gustarte las flores. Así, pues, no te molestes... Escucha.

ANITA. — Diga, niña María.

MARÍA. — Dentro de un momento van á llegar á visitarme unas amigas mías, y no quisiera que te encontrasen aquí conmigo. ¿Quieres irte, dejarme sola, Anita?

ANITA. — (Con tristeza). Sí, niña María. Si usted me lo manda, me iré. Yo, si vine aquí, fué porque su mamá me lo mandó, encargándome que la acompañase hasta la hora de merendar. Pero yo me voy si usted me lo manda.

MARÍA. — ¡Ah! ¿Te dijo mamá que vinieses?

ANITA. — Sí, niña María.

MARÍA. — ¡Ah!... Entonces no te vayas. Pero mira: cuando vengan esas amigas mías, tú no me hables ¿sabes, Anita? Te sientas allá, y te estás quieta. ¿Entendiste?

ANITA. — Está muy bien, niña. Usted me lo manda...

MARÍA. — Porque mira: Como vos eres de una clase distinta á la nuestra, mis amigas pueden tomar á mal que me hables y les dirijas la palabra á ellas. Así es que te estás callada. ¿Entendiste? ¡Ah! Pero aquí están ya. (Anita se retira de ellas sentándose cabizbaja).

ESCENA II

Dichas y, entrando, ELENA, ROSARIO y CELINA. ANITA se distancia de ellas, sentándose entristecida, y MARÍA se adelanta á saludarlas, besándose con mucho cariño.

ELENA. — Pues ¿sabes una cosa, María?

MARÍA. — ¿Qué cosa, Elena? (Se van sentando en las sillas).

ELENA. — Que no creíamos encontrarte en casa.

ROSARIO. — En verdad.

MARÍA. — ¿Y por qué?

ELENA. — Nos pareciste una que iba en un coche con su mamá hace un momento. ¿No es verdad, Celina?

CELINA. — Cierto. Era parecidísima á tí.

MARÍA. — ¿Sí?

ROSARIO. — Yo fuí la que más insistí en que eras vos, porque, á la verdad, era un parecido tal...

MARÍA. — ¡Vaya qué casualidad! Y entonces por qué no me llamasteis?

ELENA. — Llamarte, no podía ser; tendríamos que correr detrás del coche. Lo que sí, que estuvimos por volvernos á casa. Si no es Celina, nos volvemos.

MARÍA. — ¡Pues vaya una equivocación!

ROSARIO. — (A María, señalándole ocultamente á Anita). ¿Quién es esa?

MARÍA. — Bah! Una muchachita que mamá se empeña en que sea mi amiga.

ELENA. — ¡Tu amiga!

MARÍA. — Nada menos. ¿Y sabéis quién es? ¿A que no adiviná is?

CELINA. — ¿Y quién?

MARÍA. — Pues la hija de un sastre.

ELENA. — Yo creo que tu mamá no querrá eso. Deseará que te sirva de entretenimiento nada más.

ROSARIO. — Claro que debe ser así.

MARÍA. — A mí me molesta mucho con sus charlas y con sus zalamerías. Pero es muy buena.

CELINA. — ¿Cómo se llama?

MARÍA. — Se llama Anita.

ELENA. — Parece buena.

MARÍA. — Sí; muy buena y muy educada. Pero á mí me da rabia que me acompañe siempre. Si no fuera hija de un sastre me gustaría.

ELENA. — Llámala.

MARÍA. — No, no; déjala. Luego puede tomar confianza y creerse que es igual á nosotras, y eso no puede ser.

ROSARIO. — ¡Pobre! A mí me da lástima. Está triste.

ELENA. — Verdad. ¿Por qué no la llamas?

MARÍA. — Como queráis, entonces. Pero vamos á hablar dos palabras con ella y nada más. Con esa condición.

CELINA. — Bueno. Dos palabras.

MARÍA. — Anita. Acércate un momento. (La llama).

ANITA. — ¿Qué desea, niña María? (Con humildad).
MARÍA. — Dinos. ¿Cuántos años tienes?
ANITA. — Tengo diez.
CELINA. — ¿Te llamas Anita?
ANITA. — Sí, niña.
ELENA. — Dime. ¿Te gustaría ser nuestra amiga?
ANITA. — Sí; me gustaría. Pero yo soy pobre y ustedes son ricas.
ELENA. — ¿Y eso qué tiene que ver?
ANITA. — A la niña María no le gusta que yo sea su amiga.
ROSARIO. — ¿No le gusta?
ANITA. — No.
MARÍA. — ¿Y vos qué sabes?
ANITA. — Me parece.
ROSARIO. — ¿Y cómo estás vos con ella entonces?
ANITA. — Porque su mamá me lo mandó.
ELENA. — ¡Ah!...
MARÍA. — Bueno, Anita. Ve á sentarte. (Anita se retira).
ROSARIO. — ¡Pobrecita!
ELENA. — Parece muy buena y muy modesta.

(Entran por el fondo varias niñas mal vestidas, y avanzan hacia el centro donde están ellas).

MARÍA. — ¡Eh! ¡eh! ¿Quién os manda venir aquí? ¿Qué es esto?
UNA NIÑA. — Aquí nos manda su señora mamá para que juguemos con usted, niña María.
OTRA NIÑA. — Venimos á jugar al corro con la

niña. Nos manda su mamá, nos manda su mamá.

TODAS. — Sí; nos manda su mamá.

MARÍA. — Pero ¿será posible eso? (Como avergonzada).

ELENA. — Las manda tu mamá, María.

MARÍA. — Marchaos de aquí. Fuera de aquí. (Las quiere echar).

UNA NIÑA. — Mirad, vosotras. ¡Nos echa porque somos pobres!

CELINA. — Allá está tu mamá, María. Te está mirando. No las eches que te mira.

MARÍA. — ¡Ay, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

UNA NIÑA. — ¿Nos vamos, niña María?

MARÍA. — No; jueguen, jueguen al corro, entonces.

ELENA. — Vos tendrás que jugar también con ellas.

MARÍA. — ¿Yo? (A las niñas). ¿Os dijo mamá que jugase yo con vosotras, niñas?

TODAS. — Sí, sí. Nos dijo que jugase y que cantase con todas nosotras.

ELENA. — Pues jugaremos todas. Pobres y ricos. Todos somos niños al fin!...

(Se levantan y, tomándose de las manos, comienzan á cantar al corro).

CORO:

LAS RICAS. — "¿Vd. ha visto á mi marido?
¿Vd. ha visto á mi marido
en la guerra alguna vez?

LAS POBRES. — Sí, señora, yo le he visto,
sí, señora; yo le he visto,
¿qué señas me dará Vd.?
LAS RICAS. — Mi marido es un buen mozo,
mi marido es un buen mozo,
vestido de aragonés".

(Cae el telón lentamente desde la primera estrofa).

FIN

IV

VERSOS Y FLORES

COMEDIA INFANTIL

(Para niñas)

PERSONAJES

Rosa.
Mercedes.
Lía.
Áurea.

ACTO UNICO

Un aposento elegante. En el centro, una mesa y una lámpara. Al fondo, un balcón con tiestos de flores. A la izquierda, una puerta. Es día.

ESCENA I

Rosa, Lía y Mercedes aparecen en derredor de la mesa. Rosa en el centro, frente al público. Lía y Mercedes á derecha é izquierda de ella. Aurea con una jarrita de porcelana azul, regando las flores del balcón.

Rosa. — (Con un libro abierto ante ella). Y bien. Ahora quiero que me digáis vosotras de qué modo la mujer argentina puede ser una prima de guitarra. Yo os aseguro que he meditado sobre esto muchos días y no he podido llegar á comprender esta figura retórica, que parece ser tan retorcida como la misma cuerda de guitarra.

Lía. — ¿Pero la compara así como suena?

Rosa. — Pues así como suena, y cuando suena.

Mercedes. — Yo creo que esa comparación es cosa de poetas nada más. Si dijera, por ejemplo, que la mujer argentina se parece á un ángel, ó á una estrella, entonces, aún

podría resultar cierto; pero compararla á una cuerda de guitarra es un insulto. ¿No os parece?

ROSA. — No creo que este señor poeta pensase en semejante cosa. ¿Por qué había de insultarnos?

LÍA. — También puede ser que compare la mujer argentina á una cuerda de guitarra, cuando es vieja, por ejemplo.

ROSA. — No; aquí no dice vieja ni joven.

LÍA. — Entonces que lo explique el poeta.

MERCEDES. — ¡Bah! Algún poeta loco, algún chiflado.

ROSA. — No hay razón para insultarlo. ¿Quién sabe cuál ha sido su pensamiento?

LÍA. — De cualquier modo, debió poner bien claro su pensamiento, para que nosotras no nos rompiésemos ahora la cabeza descifrando ese enigma.

ROSA. — Pero callaos. Sí; allí está Aurea que sabrá explicarnos todo. Ella, que es tan afecta á la poesía y á las flores, sabrá arrancarle el verdadero sentido al verso.

LÍA. — Es cierto. Llámala.

MERCEDES. — Mirad: fijaos que entretenida está con sus flores.

ROSA. — Aurea... (llamándola) Aurea...

AUREA. — ¿Qué queréis?

ROSA. — Ven un momentito.

AUREA. — Ahora mismo.

MERCEDES. — Apuesto á que ella lo interpreta.

LÍA. — Es muy capaz. (Aurea llega).

MERCEDES. — Queremos preguntarte una cosa. Es un problema muy lindo que tendrás que resolver. Yo aposté con Lía á que vos eras capaz de resolverlo en seguida.

ÁUREA. — Pues has hecho mal en apostar, porque yo no soy infalible, ni mucho menos. ¿Y qué problema es ese?

ROSA. — Mira. Aquí estamos leyendo unos versos dedicados á la mujer argentina y, en una estrofa, á este señor poeta se le ocurre decir que élla se parece á una prima de guitarra. Bien; ahora nosotras no podemos darnos cuenta de la semejanza entre una mujer y una prima de guitarra ó de violín, que será lo mismo.

LÍA. — Pues claro.

ÁUREA. — Pues no es lo mismo aunque así parezca. Una prima de violín, no suena lo mismo que una prima de guitarra. ¿Y es todo eso el problema tan enmarañado que decíais? ¡Pues vaya, mujer!...

ROSA. — Y bueno. Si tan fácil es, resuélvelo vos, entonces.

ÁUREA. — No tengo inconveniente. La mujer argentina se parece á una prima de guitarra, en que es dulce, sentimental y expresiva como ella. Al menos, me parece que tal será el sentido del verso.

ROSA. — Creo que estuviste acertada. ¿No, niñas?

MERCEDES. — Así me parece.

Lía. — Habrá que leer los versos para saberlo.
Aurea. — Justamente.
Rosa. — ¿Quieres que los lea todos?
Aurea. — ¡Y cómo no! Ya sabes que á mí me gustan mucho los versos.
Rosa. — Bien. Escucha entonces. (Lee con bella entonación).

LA MUJER ARGENTINA

Si en la nota que el alma desgarra
de viril y gauchesca guitarra
vibra el genio de Mitre y de Brown,
cuando suena en dulcísima rima,
la mujer argentina es la prima,
y es el gaucho el sonoro bordón!...

Ricos campos del suelo argentino,
dadme vuestro verdor peregrino,
los susurros de vuestro confín,
que á mujer de virtudes tan grandes,
quiero darle por trono los Andes
y por solio las pampas sin fin.

Aquel sol estupendo de Mayo
ha fundido en tus ojos el rayo,
y su fuego tu pecho forjó
y, por gala, el invicto Belgrano
para ti, con magnífica mano,
un pedazo de cielo arrancó.

Libertad es el himno triunfante
de tu patria, viril y arrogante,
noble orgullo de la humanidad.
Libertad son sus pampas inmensas,
libertad son sus glorias intensas
¿por qué tú no has de ser libertad?

De las razas viriles del mundo
se ha formado tu ser, ser profundo,
que una raza más fuerte ha de dar,
porque llevas oculto en tu entraña,
de los viejos solares de España
la nobleza é hidalguía sin par.

Como aquellas altivas romanas
que á sus hijos mandaban ufanas
por la patria á vencer ó morir,
así el mundo, asombrado, algún día
ha de ver tu arrogancia é hidalguía,
y tu noble virtud ha de ver.

Y de aquellas matronas desciendes,
y en sus mismas virtudes enciendes
tu sublime y patriótico ardor;
que en tus hijos anida profundo,
para asombro estupendo del mundo:
¡Libertad, fortaleza y honor!

¿No es acaso el azul firmamento
el emblema de tu sentimiento?
¿No es el cielo tu patria y pendón?

Y tu gracia, bondad y ventura
¿no son rasgos de aquella hermosura
que desborda de tu corazón?

Fuertes alas de genio te canten,
y tus raras virtudes levanten
sobre llanos, montañas y mar.
Yo no tengo ¡oh mujer argentina!
esa lira solemne y divina
con que pueda tus gracias cantar!

. . . . . .

Si en la nota que el alma desgarra
de viril y gauchesca guitarra
vibra el genio de Mitre y de Brown,
cuando suena en dulcísima rima,
la mujer argentina es la prima,
y es el gaucho el sonoro bordón!

MERCEDES. — Qué lindos versos!

ROSA. — ¿Verdad que son lindos?

AUREA. — Verdad que sí. Pero el problema que decías vosotras que tenía que resolver era mucho mayor que lo que yo creía.

LÍA. — ¿Por qué?

AUREA. — Porque ahí el poeta pone muchas más imágenes de lo que vosotras decíais. Ahí compara á la mujer argentina muchas veces; hace muchos símiles con ella.

MERCEDES. — ¿Y cuáles son esos símiles?

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ROSA. — ¡Símiles! ¿Qué es eso de símiles?

AUREA. — ¿Tampoco sabéis eso? Pues vaya qué lindas aficionadas para leer versos sois vosotras. ¿De modo que no sabéis lo que son símiles?

MERCEDES. — Yo, por mi parte, no lo sé. Confieso la verdad de plano.

ROSA. — Y yo menos.

LÍA. — Ni yo.

AUREA. — Pues yo voy á decíroslo, si queréis.

ROSA. — Sí; explícanos vos lo que significa eso.

AUREA. — Pues bien. Símil quiere decir semejanza, comparación, equivalencia, sin llegar á la identidad de una cosa con otra. Así, por ejemplo: cuando una mujer es muy buena y muy virtuosa, se le dice ángel. Es decir que tiene algo propio de los ángeles, aunque no lo es. ¿Comprendisteis?

ROSA. — Un poquito.

MERCEDES. — Entonces, en ese caso, la mujer argentina tiene también algo de cuerda de guitarra.

AUREA. — Es dulce, agradable y sentimental como el sonido de una prima de guitarra, cuando es tañida por un buen tocador. Esa comparación es un símil, y ese símil, en retórica, se llama metáfora.

LÍA. — Quiere decir entonces, que nosotras somos muy dulces y muy...

ROSA. — Claro. ¿No somos acaso argentinas?

MERCEDES. — Pues yo ya sé los versos de memoria.

AUREA. — Todas debíamos saberlos.

ROSA. — Pues, ea. Vamos á aprenderlos de memoria.

LÍA. — Sí, sí.

AUREA. — ¿Pero todos los versos?

ROSA. — No. La última estrofa solamente.

MERCEDES. — Todos, sería mucho.

AUREA. — Bien, entonces. Aprendámoslos.

(Todas se agrupan encima del libro y leen la última estrofa en voz alta, mientras cae el telón).

Si en la nota que el alma desgarra
de viril y gauchesca guitarra
vibra el genio de Mitre y de Brown,
cuando suena en dulcísima rima,
la mujer argentina es la prima,
y es el gaucho el sonoro bordón!

FIN

V

LA MALA SENDA

PASAJE DRAMÁTICO-INFANTIL

(Para niños)

PERSONAJES

Cándido.
César.
Varita (sobrenombre).

ACTO UNICO

La escena representa el calabozo de una comisaría. Al fondo, una puerta con rejas, tras de la cual se verá un patio lleno de claridad; á la izquierda, en segundo término, una ventanuca enrejada, que prestará débil luz á la escena, que estará bastante oscura.

ESCENA I

CANDIDO aparecerá sentado en el suelo, en actitud triste y pensativa, con la cara apoyada entre las manos. Se halla no mal vestido, con el cabello largo y la cara sucia. Al levantarse el telón se oirá una voz de otro calabozo que cantará en son de malagueña las siguientes coplas, ó cantares, que CÁNDIDO escuchará sin alegría. Al rato, CÉSAR, desde afuera.

Me estoy muriendo de pena,
de pena y de soledad,
por hallarme prisionero
en lo mejor de mi edad.

Como el pájaro, fuí libre,
crucé la vida cantando;
ahora soy desgraciado,
porque la paso llorando.

(Se oye un rumor herrumbroso de cadenas).

CÁNDIDO. — (Levantándose). ¡Dios mío! ¿Vendrán ya á buscarme? (Parece desesperarse). ¿Por qué fuí yo tan malo? Era libre, feliz como los pájaros; tenía mi libertad, mis amigos, mis amores! Ahora ¿qué tengo? ¿qué es lo que me resta?... (Se pasea cabizbajo). Ahora no tengo nada: ni libertad, ni amigos, ni amores, ni caricias, ni besos; ¡no tengo nada! Soy un perdido, un desgraciado, que rodaré en medio de los delincuentes y perversos quién sabe cuánto tiempo, cuántos años, hasta cuándo! Mi madre, mi pobre madre, se estará muriendo de pena, por mi desgracia; se pasará los días llorando, por mí, por mis delitos! ¡Ay! si volviese de nuevo á mi libertad, á mi vida, jamás, ni que el oro corriese por las calles, volvería á echar mano de lo que no me perteneciese. El robo ¡ah! el robo ¡maldita palabra, maldito vicio, maldita hora, maldito mil veces, maldito el día, el momento en que por primera vez se llega á esta desgracia! ¡Ladrón!... ¡soy ladrón! ¡¡ladrón!! (Se deja caer en el suelo con angustia, ocultando la cara con las manos). ¡Dios mío! ¡Qué será de mí! El hambre, el frío, la esclavitud; ¡quién sabe si la muerte! Perseguido por la justicia, por los hombres, señalado por todos como un niño peligroso y despreciable, cuando aun no tengo 12 años. ¿Y mi madre?... ¡Ladrón! ¡Tiene un hijo ladrón! ¡Qué vergüenza!

(Se presenta por la parte de afuera de la reja César, amigo de Cándido, de su misma edad, con un lío en la mano, mientras se oye otra vez el ruido de cadenas).

CÉSAR. — ¡Cándido!... Mi amigo Cándido!

CÁNDIDO. — (Se vuelve hacia él). ¡Ah! César. No me llames tu amigo, porque ya no soy digno de serlo. Márchate, César; no vengas más á verme, porque me causa mucha vergüenza tu presencia. Márchate, César, márchate. (Le vuelve la espalda, y parece llorar junto á la pared).

CÉSAR. — Vamos, Cándido; no tomes tanta pena. Vengo á verte, y á contentarte un momento. Háblame.

CÁNDIDO. — (Sin descubrirse la cara). ¡Me da vergüenza!

CÉSAR. — Bien; pero háblame un momento; conversa conmigo. Yo quiero saber si algo puedo hacer por tí. ¿No soy tu amigo?

CÁNDIDO. — Pero yo soy muy despreciable.

CÉSAR. — Olvídate de esas cosas ahora, Cándido. Ha sido un mal momento, como todos tenemos y con tal de no volver á caer....

CÁNDIDO. — Primero muerto cien veces! ¡Te lo juro!

CÉSAR. — ¿Cuándo te llevan á la correccional?

CÁNDIDO. — Aun no lo sé. Creo que será pronto; hoy mismo quizá.

CÉSAR. — ¿Y cómo has hecho eso?

CÁNDIDO. — Ni yo mismo lo sé. Me parece que el diablo me llevó la mano para cometer el robo.

CÉSAR. — ¿Y tu mamá?

CÁNDIDO. — ¿Mi mamá? ¡Pobrecita! Vino á verme ayer, y cuando le dijeron que pronto me pasarían á la correccional se deshacía en llanto y, después de besarme, se fué dando sollozos que me partían el corazón.

CÉSAR. — ¡Qué! ¿No es tu madre acaso? ¿Hay cariño más hermoso?

CÁNDIDO. — ¡Soy un ladrón! ¡Soy un ladrón! César! ¡Apártate de mí; no vengas á verme. Vos eres muy bueno, muy honrado, muy buen hijo! ¡Yo soy un indigno!

CÉSAR. — Aun es tiempo de enmendarse, Cándido. Con no volver á cometer otro delito...

CÁNDIDO. — Pero ¿y el cometido? ¿No soy ya un ladrón ante la justicia y ante los hombres?

CÉSAR. — No importa. Todos tenemos nuestras faltas.

CÁNDIDO. — Sí; pero esas faltas...

CÉSAR. — Son graves, gravísimas, ya lo sé; pero una vez purgadas...

CÁNDIDO. — Una vez purgadas, seguiré siendo lo mismo. Cuando la fama alcanza al hombre, buena ó mala, con ella se queda.

CÉSAR. — Bueno; pues no hay que afligirse tanto. Esto, Cándido, te servirá de escarmiento. ¿Volverás á hacerlo?

CÁNDIDO. — ¿Yo? ¡Ya te dije que antes muerto cien veces!

CÉSAR. — Bien. Yo hablaré con mi papá, á ver si podemos sacarte de aquí cuanto antes.

(Se oyen las cadenas).

CÁNDIDO. — ¿Qué ruido de cadenas es ese, César?

CÉSAR. — Son unos presos que pasan al calabozo.

CÁNDIDO. — ¡Qué triste es esto!

CÉSAR. — Tristísimo en verdad. Yo me moriría en esa celda, tan húmeda y oscura.

CÁNDIDO. — Pues, mira, yo ya tengo muertos el corazón y el alma. Desde que he visto el dolor de mi madre, tengo un peso tan grande aquí (señala el pecho) que apenas me deja respirar, y no hago otra cosa que dar suspiros y suspiros y suspiros...

CÉSAR. — Pues cálmate un poco, Cándido. Ya veremos de arrancarte de este tristísimo calabozo. Toma, ahí tienes algo de comer. (Le da el paquete que trae). Hoy no me fué posible darte más; pero todos los días vendré á verte y á traerte algo. No te aflijas.

CÁNDIDO. —Eres un verdadero amigo, César. Si consigues sacarme de aquí, mi agradecimiento será inmenso. Muchas gracias, César, muchas gracias.

CÉSAR. — No tienes de qué dar gracias. Soy tu amigo y basta.

CÁNDIDO. — Dame tu mano, César.

CÉSAR. — ¿Para qué?

CÁNDIDO. — Dámela, te lo ruego.

CÉSAR. — Tómala. (Se la da por entre las rejas).

CÁNDIDO. — Muchas gracias, César. (Le da un beso en la mano).

CÉSAR. — Bueno; adiós. (Se retira conmovido, volviéndose para mirarlo, á medida que se aleja).

CÁNDIDO. — Adiós, César. ¡No me olvides! (Se queda también mirándolo).

CÉSAR. — (Desde lejos). ¡Adiós! No te olvidaré, no te olvidaré!...

CÁNDIDO. — ¡Qué buen amigo! ¡Qué grande corazón tiene César! No debía mirarme á la cara ni venir á verme y sin embargo, me consuela, me alienta, me quiere librar de esta prisión. ¿Por qué, Dios mío, fuí yo tan perverso? Ahora, salvo y libre de este calabozo, tendré siempre que pasar por delante de todos mis amigos con la vista baja, humillado, avergonzado, triste. ¡Ah! Aunque me muriese de hambre no volvería á robar jamás; primero pediré una limosna por amor de Dios, tendiendo la mano al transeunte, antes que intentar apoderarme de lo que no fuese mío. ¡Qué pecado tan grande, y qué despreciable es un ladrón; qué despreciable!

(La escena se queda oscura, y se oye un chirrido de cerrojos).

ESCENA II

CÁNDIDO y VARITA (apodo) que entra en escena, como empujado desde afuera, al sentirse la reja que se cierra con un chirrido extraño tras él, mientras la escena se ilumina de nuevo débilmente, como antes. VARITA es muy delgado, y viste de harapos.

VARITA. — ¡Hola, hola! Ya tengo un compañero de tareas. ¿Cómo te va, che, colega? ¿Por qué te trajeron?

CÁNDIDO. — ¡Por ladrón! (Lo dice tristemente).
VARITA. — ¡Hola, hola! Entonces tienes las mismas mañas mías. ¿Y qué robaste?
CÁNDIDO. — ¡Quise robar! (Habla con mucho disgusto).
VARITA. — ¿Pero no robaste?
CÁNDIDO. — ¡No robé!
VARITA. — Vamos; te adivinaron la intención.
CÁNDIDO. — Sí; la intención bastó para que me trajesen aquí, quien sabe por cuánto tiempo.
VARITA. — ¿Y estás triste por eso? (Se sienta en el suelo).
CÁNDIDO. — ¡Y cómo no voy á estarlo!
VARITA. — ¡Bah! Se conoce que eres nuevo en el oficio.
CÁNDIDO. — ¡Nunca robé!
VARITA. — ¿Quiere decir que á la primera vez te pillaron?
CÁNDIDO. — ¡Sí; á la primera vez!
VARITA. — ¿Cómo es tu nombre?
CÁNDIDO. — Cándido me llamo!
VARITA. — Sí; bastante cándido (aparte).
CÁNDIDO. — ¿Y el tuyo?
VARITA. — Yo ni sé cómo me llamo, pero tengo un apodo.
CÁNDIDO. — ¿Cuál?
VARITA. — Me llaman Varita.
CÁNDIDO. — ¡Varita! ¿Y por qué te llaman así?
VARITA. — Porque soy muy flaco. ¿No me ves?
CÁNDIDO. — Verdaderamente. ¿Y cómo estás tan flaco?

VARITA. — Porque paso muchas hambres y mi serias, mi querido amigo.

CÁNDIDO. — Entonces quiere decir que el robar no te produce.

VARITA. — No da un diablo. Y luego esta policía es tan viva, tan bruja, que rápidamente acierta con los ladrones.

CÁNDIDO. — Y ¿para qué robas entonces, si no te da resultado?

VARITA. — ¿Y vos también, para qué robas? ¡Bah!...

CÁNDIDO. — Yo caí en la tentación una vez; pero en cuanto salga de este calabozo, primero muero antes de robar.

VARITA. — Pues, mira; yo también decía como tú cuando empecé, y, después, me fuí acostumbrando, acostumbrando, y ya ves; hoy soy un ladrón refinado; me conoce todo el mundo, y llevo cada paliza...

CÁNDIDO. — ¿Y por qué no dejas ese maldito vicio?

VARITA. — Porque no puedo. Estoy tan acostumbrado que si paso ocho días sin pisar el calabozo, ya no sé lo que me pasa.

CÁNDIDO. — ¡Desgraciados de nosotros que somos ladrones!

VARITA. — Yo quisiera no serlo; pero...

CÁNDIDO. — ¿Pero, qué?

VARITA. — ¡No puedo, amigo!

CÁNDIDO. — ¿Y no puedes trabajar? digo: ¿no podemos?

VARITA. — Pues claro que podemos.
CÁNDIDO. — ¿Y por qué no lo haces como yo?
VARITA. — ¿Y en qué voy á trabajar?
CÁNDIDO. — Vendiendo diarios.
VARITA. — ¿Vendes tú diarios?
CÁNDIDO. — Sí, los vendo. Si quieres, yo te presto dos pesos, y los vendes conmigo, cuando salgamos. ¿Quieres?
VARITA. — ¿Y se gana para comer?
CÁNDIDO. — Claro que se gana.
VARITA. — ¿Y dormir?
CÁNDIDO. — ¿No tienes padres?
VARITA. — No tengo á nadie. Soy solo como los hongos.
CÁNDIDO. — Dormiremos los dos juntos en mi casa.
VARITA. — ¿Tienes casa tú?
CÁNDIDO. — Tengo á mi madre.
VARITA. — ¡Yo no la conocí!
CÁNDIDO. — Cuéntame tu vida. ¿Quieres, Varita?
VARITA. — Bueno. Una vez, era yo muy chiquito, y como me pegaba mucho la señora que me recogió, un día me escapé de casa, y me eché á andar por esas calles de Dios Bueno; y después, como no tenía que comer, robé en un mercado una liebre para venderla y comer. La policía me agarró, y me llevó al calabozo; cuando salí volví á robar, y de esta vez me dieron una paliza que por poco me matan; después, robé un sobretodo, y me llevaron tres meses á la

correccional, y desde que salí no paso ocho días sin venir aquí preso, siempre por ladrón. ¡Soy un desgraciado!

CÁNDIDO. — Qué oficio tan miserable y triste!

VARITA. — Si tú me llevas para tu casa, y me das diarios para vender, hago como tú; primero muero cien veces, antes de ser ladrón (Lo repite tristemente). ¡Ladrón! ¡ladrón!

CÁNDIDO. — Cuando salgas ven á verme á la calle Rivero 1200.

VARITA. — Bueno; ya iré, Cándido.

CÁNDIDO. — ¿No robarás más?

VARITA. — No. Lo juro por mi madre. Primero muerto.

(Se oyen las cadenas y el chirrear del cerrojo).

CÁNDIDO. — Bueno. Ya vienen á buscarme para la correccional. ¡Adiós, Varita! ¡No te olvides de verme!

VARITA. —(Levantándose). Bueno. Adiós, adiós, Cándido! No seré más ladrón. ¡Adiós! (Se abrazan fuertemente). ¡Por ladrón! ¡¡Ladrón!!

(Lo dice angustiado).

TELÓN.

FIN

VI

EL EMBUSTERO

COMEDIA INFANTIL

(Para niños)

PERSONAJES

Rodolfo.
Mauro.
Estanislao.
Roberto.
Servando.
Antonio.
Grupo de niños.

ACTO UNICO

El patio de un Colegio. Al fondo se verá ondear la bandera argentina. A derecha é izquierda, plantas. Una puerta, en primer término, derecha. Atardece.

ESCENA I

Rodolfo aparece estudiando cerca del fondo. Al lado, en el suelo, tiene la caja de los útiles. Mauro se halla más á la derecha, jugando ruidosamente.

Rodolfo. — ¿No tienes que aprender la lección, Mauro?

Mauro. — La estudié en casa.

Rodolfo. — Pues entonces trata de hacer menos ruido, porque yo la estoy estudiando todavía. Ya me ves.

Mauro. — ¿Y por qué no la aprendiste en casa como yo?

Rodolfo. — Ayer fuí al teatro con mi papá, y no tuve tiempo.

Mauro. — ¡Ah!... Bueno; ya no haré más ruido. A propósito; cuando concluyas de estudiarla, me avisas. Tengo que hablar contigo de un asunto importante.

Rodolfo. — Puedes hablar ahora si quieres; ya la tengo estudiada.

MAURO. — No; luego, luego es lo mismo.
RODOLFO. — Bien; voy á recoger los útiles, y, en seguida, me lo dices.
MAURO. — (Aparte). Con la mentira que le voy á decir, ya no será más amigo de ellos; y eso es lo que yo quiero precisamente.
RODOLFO. — Bien, ya está. ¿Qué era lo que tenías que decirme?
MAURO. — Si me das palabra de no descubrirme, te lo digo.
RODOLFO. — ¡Palabra!...
MAURO. — Bueno; pero no le vas á decir á ninguno de ellos.
RODOLFO. — Ya te dí mi palabra de que no. ¿Qué más quieres?
MAURO. — Dime una cosa.
RODOLFO. — Qué cosa...
MAURO. — ¿Estanislao es tu amigo?
RODOLFO. — Sí, lo es.
MAURO. — ¿Y Roberto?
RODOLFO. — También.
MAURO. — ¿Y Servando y Antonio?
RODOLFO. — También. ¿Por qué me preguntas eso?
MAURO. — Por una cosa. (Haciéndose el interesante).
RODOLFO. — Pero ¿por qué cosa? Termina de una vez.
MAURO. — Porque... ¿quieres que te lo diga?
RODOLFO. — Pues claro que eso quiero. Que me lo digas; justamente.
MAURO. — Pues ayer estaban los cuatro hablando mal de ti.

RODOLFO. — ¡Mal de mí! ¿Será posible eso?
MAURO. — Sí; tan posible, Rodolfo.
RODOLFO. — Pero si son mis mejores amigos...
MAURO. — Serán tus mejores amigos, pero por detrás te critican.
RODOLFO. — ¿Y has oído tú la conversación?
MAURO. — Sí; yo mismo la he oído.
RODOLFO. — Y ¿qué decían de mí? (Parece interesarle).
MAURO. — Muchas cosas.
RODOLFO. — Pero, al fin, ¿qué cosas decían?
MAURO. — ¿Me vas á descubrir?
RODOLFO. — Vamos, no te descubro. Dímelo de una vez.
MAURO. — Pues estaban diciendo que tú eras un orgulloso y un tonto porque te creías el primero de la clase, y eras el último; y que ese orgullo no tenías en qué fundarlo.
RODOLFO. — ¿Eso decían?
MAURO. — Eso mismo.
RODOLFO. — Pues yo no sé por qué me llamarán orgulloso, cuando yo con ellos y con todo el mundo soy como siempre, natural y bueno.
MAURO. — Pues así estaban hablando, y yo les escuchaba por el otro lado de la puerta de calle.
RODOLFO. — ¿Y cuándo fué eso?
MAURO. — Ayer. (Rodolfo se pasea disgustado).
RODOLFO. — ¿Y estaban los cuatro juntos hablando así?

MAURO. — No; primero estaban Estanislao y Roberto, hablando mal; después llegaron Servando y Antonio y, los cuatro, comenzaron á criticarte en ese tono. Yo quise salir; pero cuando iba á hacerlo, ellos se fueron á la calle y se marcharon.

RODOLFO. — Y á ti ¿te han visto?

MAURO. — No; no me han visto.

RODOLFO. — Pues de veras me alegro de saberlo. De ese modo conoceré mis verdaderos amigos y sabré escogerlos. Dime, Mauro: ¿soy yo orgulloso?

MAURO. — ¡Qué vas á ser! Ellos son los tontos y los orgullosos.

RODOLFO. — Y ¿por qué entonces me han criticado así, siendo mis amigos?

MAURO. — Porque son unos envidiosos, capaces de vender una amistad por treinta dineros, como Judas.

RODOLFO. — Tienes razón. Tan amigos míos como se muestran y, por detrás, hablando mal de mí de ese modo!

MAURO. — Ya lo ves. Eso es para que los hables.

RODOLFO. — Yo nada sabía, Mauro. Me desengaño recién.

MAURO. — Pues ya lo sabes ahora, y no debes hablar más con ellos. Digo: me parece que eso es lo justo.

RODOLFO. — Desde hoy mismo no los hablaré más.

MAURO. — Son muy malos amigos. (Aparte). ¡Qué bien tragó la píldora!...

RODOLFO. — ¡Y yo que los tenía por tan buenos!

MAURO. — Son muy hipócritas, y tú debes comprender que los hipócritas, como dicen nuestros profesores, son los hombres más feos de alma. Son horribles.

RODOLFO. — Así es. (Se torna triste).

MAURO. — ¿Y te vuelves triste por esa tontería? ¡Bah!

RODOLFO. — Es que yo quiero á los amigos, y cuando me son traidores sufro mucho. ¿También hablaba mal de mí Estanislao?

MAURO. — Era el peor.

RODOLFO. — Me alegro de saberlo.

MAURO. — Y yo también. (Aparte). Verdaderamente que es tonto. Se lo cree á pie juntillas todo.

RODOLFO. — Allá veremos.

MAURO. — Sólo te pido que no me descubras nunca.

RODOLFO. — Pierde cuidado, Mauro. Siendo verdad...

MAURO. — Bueno, ¿tú te quedas por aquí?

RODOLFO. — Sí; me quedo un momento. ¿Te vas tú?

MAURO. — Sí; voy á la puerta á ver á Ignacio, mi amigo. Hasta luego, Rodolfo. (Váse).

RODOLFO. — Hasta luego, amigo.

ESCENA II

RODOLFO y, en seguida, ESTANISLAO, ROBERTO, SERVANDO y ANTONIO, por la derecha. Llegan conversando alegremente; pero con modestia y distinción.

RODOLFO. — (Solo). ¡Parece mentira! Yo creí que eran mis mejores amigos, y resulta entonces que me están vendiendo traidoramente. ¿Por qué dirán eso de mí, cuando mi porte y mi conducta con ellos es la más buena y honrada? ¿Será envidia? Pero ¿de qué la envidia? Vamos; yo no entiendo esto. Parece increíble, increíble. Tanto como yo los quiero, y tener ahora que olvidarlos y no hablarles más. Esto es atroz.

(Entran los cuatro, como ya hemos indicado).

ESTANISLAO. — Querido amigo, Rodolfo: ¿Cómo te va? (Se van acercando á él).

ROBERTO. — ¿Qué tal, Rodolfo? (Este no contesta, y se aleja indiferente).

SERVANDO. — ¿Cómo va, Rodolfo?

ANTONIO. — Querido amigo nuestro. ¿Cómo estás?

ESTANISLAO. — Rodolfo... (Con extrañeza).

SERVANDO. — Pero, ¿qué es esto?

ROBERTO. — Oye, Rodolfo, ¿á qué obedece el cambio de decoración?

ANTONIO. — ¿Estás enojado? ¿Qué te pasa?

RODOLFO. — Nada me pasa.

ESTANISLAO. — ¿Y á qué obedece esa actitud tuya, entonces?

RODOLFO. — A la vuestra.

ROBERTO. — ¿A la nuestra?

RODOLFO. — Sí, eso mismo; á la vuestra.

ESTANISLAO. — No entiendo lo que quieres decirnos con eso.

RODOLFO. — Paciencia y meditar.

ESTANISLAO. — Pero dinos, Rodolfo: ¿Qué significa ese cambio de carácter? ¿Por qué nos recibes así?

RODOLFO. — Os recibo así, porque yo á los traidores no puedo mirarlos cara á cara. Me dan miedo. ¿Lo oís?

TODOS. — ¡Traidores!

ESTANISLAO. — Grave insulto es ese, Rodolfo, para nosotros que somos tus buenos amigos, y tu deber es descifrarnos ese enigma.

RODOLFO. — Aquí no hay enigmas; no hay más que traición, hipocresía, falsedad.

ROBERTO. — ¿Todo eso somos nosotros?

RODOLFO. — Al parecer.

SERVANDO. — Tú nos dirás por qué, Rodolfo. Yo, por mi parte, te exijo que me expliques, por qué yo soy traidor, hipócrita y falso.

ESTANISLAO. — Se lo exigimos todos. Nada más justo.

ROBERTO. — Eso es, todos; pues que á todos nos ofende.

ANTONIO. — Son insultos muy graves, que no se pueden olvidar, ni tolerar. Es menester,

amigo Rodolfo, que aquí mismo, en el terreno, nos des explicaciones concretas y claras de esas palabras.

RODOLFO. — Yo soy el que tengo que pedirlas. Por lo demás, no debo satisfacciones á nadie.

ESTANISLAO. — Vamos; aquí hay alguna cosa de por medio. Yo estoy dispuesto á darte explicaciones de lo que me pidas.

ROBERTO. — Y todos lo estamos. Creo que entre nosotros no habrá ninguno que haya sido traidor contigo. Me parece al menos á mí.

RODOLFO. — Pues á mí no me parece lo mismo.

ANTONIO. — Pero entonces, dínos por qué.

SERVANDO. — Pues, es claro. Sácanos de la duda de una vez.

RODOLFO. — ¿Qué os saque de la duda, decís?...

ESTANISLAO. — Indudable. Dínos por qué somos falsos y traidores. Las cosas bien claras, Rodolfo.

ROBERTO. — Creo que estarás en un error.

RODOLFO. — Creo que no! (Habla muy serio).

ESTANISLAO. — Bien; pues venga entonces la razón de tu enemistad.

RODOLFO. — Pues os lo diré. He sabido que os ocupais de mí en términos bastante malos. (Con energia).

ESTANISLAO. — ¿De tí, en términos malos?

RODOLFO. — Sí, de mi mismo.

ESTANISLAO. — ¿En qué forma?

RODOLFO. — Desacreditándome y llamándome or·

gulloso, tonto y otras cosas más, que yo no soy ni merezco.

ROBERTO. — ¿Pero dices eso de veras?

RODOLFO. — Seguramente que lo digo de veras.

ESTANISLAO. — ¡Es extraño esto!

ANTONIO. — ¡Es chocante!...

SERVANDO. — ¿Y quién te ha dicho eso?

RODOLFO. — No hay necesidad de descubrir al que me lo dijo.

ESTANISLAO. — De modo que eres orgulloso y tonto, y otras cosas más.

RODOLFO. — Eso es; y que soy el último de la clase.

ROBERTO. — Pero ¿cómo nosotros vamos á decir eso, si todos sabemos que eres el primero, y buen amigo nuestro?

RODOLFO. — Por detrás se le dicen al Rey muchas cosas.

ESTANISLAO. — Pues mira, Rodolfo; ni por detrás, ni por delante. Nosotros estamos bien seguros de que eso que acabas de decir es una calumnia que te llevaron. Sabemos bien quién eres, y todos te apreciamos y queremos, porque eres un buen amigo nuestro. ¡Eso es una mentira, una calumnia!

ROBERTO. — Me alegraría saber quién fué el que te dijo eso.

RODOLFO. — ¿De modo que es mentira?

ANTONIO. — Y grande, enorme, colosal!...

ESTANISLAO. — Sabiendo cómo nosotros te apre-

ciamos, no debías hacer caso á esos cuentos de arrabal, Rodolfo.

SERVANDO. — Parece mentira que creas de nosotros esas cosas.

RODOLFO. — Así me lo afirmaron otros amigos míos.

ESTANISLAO. — ¿Y quiénes fueron?

RODOLFO. — ¿Y qué interés tienes en saberlo?

ESTANISLAO. — Para esclarecer la verdad.

(Entra por la derecha, distraídamente, Mauro, que al verlos á todos juntos se vuelve receloso, y no se acerca al grupo, como temiendo algo).

ESCENA III

Dichos y MAURO, entrando indiferente y luego temeroso.

ROBERTO. — Te convencerías de que esos amigos son los traidores.

ANTONIO. — Sin duda alguna.

ESTANISLAO. — Además, necesitamos saber quiénes son para conocerlos y evitar su compañía.

RODOLFO. — (Mirando á Mauro). No está muy lejos.

(Todos miran á Mauro, que comienza á sentirse avergonzado y aturdido).

ROBERTO. — ¿Fué ese, Rodolfo? ¿A que sí?

ESTANISLAO. — Pues ahora vamos á saberlo. Oye, Mauro; acércate un momento. (Mauro se acerca poco á poco).

ANTONIO. — Si fué él, ahora mismo quedará establecida la verdad.

RODOLFO. — Bueno, pues yo también quiero saber la verdad. (A Mauro). Dime, Mauro: ¿no es verdad que ayer estos cuatro amigos míos hablaban mal de mí? (Mauro no contesta y quiere marcharse).

ESTANISLAO. — No; no te irás de aquí sin contestar. Tú fuiste el calumniador, y vas á decir la verdad ahora mismo.

RODOLFO. — Contesta, Mauro. (Este baja la cabeza, humillado, volviéndose hacia otro lado).

ROBERTO. — Contesta, hombre, contesta. (Lo rodean todos).

RODOLFO. — ¿No es verdad que ayer me estaban llamando orgulloso y tonto, á la puerta del colegio?

ESTANISLAO. — ¡Mentira! Yo no vine ayer al colegio.

ANTONIO. — ¡Ni yo tampoco! ¡Mentiroso!

RODOLFO. — ¿Entonces es mentira tuya, Mauro? (No contesta éste).

ROBERTO. — Ya lo ves. El es el traidor, el mentiroso, el hipócrita. Vete de aquí, mal amigo, traidor, embustero! ¡Eh!...

ESTANISLAO. — No te acerques más á nosotros ¿oyes?

SERVANDO. — Y todos sabrán quien eres, embustero!

(Entran en escena un grupo de niños, compañeros de ellos).

ROBERTO. — (A ellos). Ya lo sabéis, amigos. Tened mucho cuidado con este señor Mauro.

Es un gran embustero que quiso enemistarnos con Rodolfo á todos nosotros con mentiras. Ya lo sabéis; mucho ojo con él, mucho ojo.

RODOLFO. — ¡Eres un embustero, Mauro! No me hables más.

ESTANISLAO. — ¡Cuentero!

ANTONIO. — ¡Mal amigo!

TODOS. — ¡Fuera, embustero; lejos de nosotros; ya sabemos quién eres; embustero, falso, traidor, mal amigo, tramposo!...

(Mauro se va retirando muy humillado, seguido de todos).

TELÓN.

FIN

VII

LOS TRAVIESOS

COMEDIA INFANTIL

(Para niños)

PERSONAJES

Juan.
Enrique.
Wenceslao.
Eusebio.
Isidoro.

ACTO UNICO

Una sala amueblada decentemente. Al fondo, una puerta. A la derecha, un espejo grande; á la izquierda, otra puerta. Es de noche.

ESCENA I

JUAN aparece mirándose al espejo, arreglándose la corbata. Detrás de él, ENRIQUE lo contempla con gestos de burla. Al rato, EUSEBIO y WENCESLAO, por el fondo.

ENRIQUE. — ¿Concluirá de arreglarse al fin la señorita?

JUAN. — Un momento!

ENRIQUE. —¿Un momento? Ya transcurrió media hora y estamos en lo mismo. Esa corbata parece el tejido de Penélope.

JUAN. — ¿Qué es eso de Penélope?

ENRIQUE. — ¿No sabes?

JUAN. — Si lo supiera no te lo preguntaría.

ENRIQUE. — Pues, Penélope es un cuento muy lindo. Es una leyenda antigua.

JUAN. — Cuéntamela.

ENRIQUE. — Es muy larga y llevaría mucho tiempo.

JUAN. — Una leyenda antigua decías?

ENRIQUE. — Sí.

JUAN. — Bueno, pues, aunque sea larga, no importa. Cuéntamela. (Se separa del espejo).

ENRIQUE. — Penélope era una señora griega de la antigüedad. Su marido que se llamaba Ulises, se encontraba lejos de ella, peleando en una guerra, y como era muy hermosa, otros señores pretendían casarse con ella, disputándosela entre ellos. Entonces, Penélope, urdió una estratagema para hacerlos esperar hasta que volviese su esposo, y comenzó á fabricar una túnica, diciéndoles que cuando la concluyera se casaría con alguno de ellos. Comenzó la tarea; pero aquella tela nunca se terminaba á pesar de que trabajaba en ella sin cesar, pues lo que hacía de día lo deshacía por la noche. Así los entretuvo hasta que volvió su esposo Ulises, que luego se burló de todos ellos, y elogió á su esposa su ingeniosa idea para defenderse de sus pretendientes. Esto es lo que significa la tela de Penélope.

JUAN. — Es una historia linda ¿no?

ENRIQUE. — Muy linda. La historia antigua presenta á Penélope como el tipo de la fidelidad conyugal.

JUAN. — ¿Y quién te enseñó esa historia?

ENRIQUE. — La leí en un libro que encontré en casa.

JUAN. — ¿No sabes más?

ENRIQUE. — Sé muchas. (Entran Eusebio y Wenceslao por el fondo llevando cada uno de ellos, en la mano, un pajarito muerto).

JUAN. — ¡Eh!... amigos ¿qué traéis ahí?
WENCESLAO. — Ya lo ves. (Muestran los pájaros).
ENRIQUE. — ¿Los matasteis vosotros?
EUSEBIO. — Sí. Los matamos en el jardín de una casa quinta con las hondas.
JUAN. — ¿Y por qué los matasteis?
WENCESLAO. — Pues porque nos dió la gana. ¿No podemos acaso matar pájaros?
JUAN. — Vaya un gusto!
ENRIQUE. — Es una diversión bien tonta. Matar pájaros no es habilidad ninguna.
WENCESLAO. — Pues mira que nos costó un trabajo terrible. Para recogerlos muertos tuvimos que saltar la pared del jardín y cuando íbamos á echarles la mano, un perro grande y negro comenzó á ladrar en el fondo de aquella casa, de un modo que daba miedo. Echamos entonces á correr los dos, y en nuestra carrera loca atropellamos plantas, flores y todo. Allí no quedó títere con cabeza. Una cantidad de rosas y jazmines del jardín quedaron destrozados. Saltamos el muro de un brinco, y hasta aquí no paramos de correr.
JUAN. — ¡Pues vaya una hazaña que habéis hecho!
EUSEBIO. — Pero nos divertimos, al menos.
ENRIQUE. — ¡Pobres pájaros! Les arrancasteis la vida, sin derecho ninguno para ello. Puede ser que sea una pareja. ¿A verlos?
WENCESLAO. — Míralos aquí. (Se los muestra).

JUAN. — (Acercándose). Parece una pareja. ¿No es verdad, Enrique?

ENRIQUE. — Sí; es una parejita.

JUAN. — Habéis hecho una maldad. Los pájaros no deben matarse nunca, porque son inofensivos.

EUSEBIO. — Adiós, Albarracín!...

ENRIQUE. — Sí, Albarracín ¿y qué? Tiene mucha razón. No contentos con quitarles la vida á estos dos seres felices, habéis roto las plantas y estropeado las flores. ¡Pájaros y flores! ¡Vaya una diversión!

WENCESLAO. — Como otra cualquiera, ni más, ni menos.

JUAN. — ¿Como otra cualquiera, dices?

WENCESLAO. — Justamente.

JUAN. — ¿Y por qué no matáis víboras?

ENRIQUE. — Eso; ¿por qué no os dedicáis á matar esos bichos venenosos?

EUSEBIO. — Pero mira con lo que salen estos dos Pánfilos. ¡Matar víboras!

JUAN. — Pues claro. En eso haríais obra buena. Pero matando pájaros, ni hay habilidad, ni hay valentía. Hay cobardía; porque los pájaros son indefensos, no tienen más defensa que las alas para huir.

WENCESLAO. — Bastante es.

ENRIQUE. — Bastante es...

EUSEBIO. — Bueno; pero nosotros no fuimos solos. Ricardo también ayudó.

JUAN. — ¿Y dónde está Ricardo?

EUSEBIO. — No sabemos. Cuando saltamos la muralla, él quedaba dentro del huerto. Debió huir por otro lado, porque no lo hemos visto más.

WENCESLAO. — Ricardo tiene lindos pies. Corre como un gamo.

JUAN. — Y vosotros ni lo buscasteis!...

EUSEBIO. — Y qué nos importa!

ENRIQUE. — Pues vaya unos amigos!...

JUAN. — Verdaderamente!

WENCESLAO. — Ya se salvaría bien; no hay cuidado. El que atrape á Ricardo...

JUAN. — Nada tiene que ver eso. Como amigos, debisteis buscarlo, y no volver sin él.

ENRIQUE. — Habéis hecho mal, Eusebio.

EUSEBIO. — Bueno; nosotros no venimos aquí para que nadie nos reconvenga. Hacemos lo que queremos y nada más. No sois nuestros maestros.

JUAN. — Ya lo sabemos que no somos vuestros maestros. Pero nuestros profesores no nos enseñan á ser traviesos.

WENCESLAO. — Parecéis dos viejos chochos con tanta parsimonia.

ENRIQUE. — Y vosotros dos traviesos, dos truhanes.

EUSEBIO. — Bueno, vámonos, Wenceslao. Eso es un insulto.

(Al querer salir, entra por el fondo en escena muy agitado y presuroso Isidoro y los detiene).

ESCENA II

Dichos é ISIDORO, apresuradamente.

ISIDORO. — Alto; alto ahí; no salgáis. En la puerta de calle os esperan dos vigilantes para prenderos. (Los dos se ponen temblorosos y asustados).

WENCESLAO. — ¡Ay! ¡Dios mío!

EUSEBIO. — ¡Qué desgracia!

JUAN. — Y ¿por qué, Isidoro?

ENRIQUE. — ¿Por qué?

ISIDORO. — (A Wenceslao y Eusebio). ¿No sois vosotros los que habéis entrado en el jardín de una casa-quinta á matar pájaros?

WENCESLAO. — (Siempre temblando). ¡Sí, somos!

ISIDORO. — Bien; pues el amo os busca con dos agentes de la autoridad. Dice que le habéis estropeado todas las plantas, y que habéis hecho un estrago en el jardín. Pero lo peor no es eso.

EUSEBIO. — ¿Y entonces?

WENCESLAO. — ¿Qué es?

ISIDORO. — Lo peor es que á Ricardito, el que iba con vosotros, lo alcanzó el perro que guarda la finca, y lo estropeó.

ENRIQUE. — ¿A Ricardito?

ISIDORO. — Sí. (Eusebio se torna lloroso en un rincón).

JUAN. — ¡Qué barbaridad!

WENCESLAO. — ¿Le mordió el perro?

JUAN. — ¿No te lo decía yo? ¡Qué muchachos!
WENCESLAO. — ¿Le mordió mucho, Isidoro?
ISIDORO. — Dicen que tiene la cara desfigurada por los mordiscos, y todo el cuerpo lleno de dentelladas. Que da lástima verlo.
JUAN. — ¿Y dónde está?
ISIDORO. — Lo llevaron en seguida al hospital.
WENCESLAO. — (Paseándose nervioso y angustiado por la escena). ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!
JUAN. — ¿Y qué hacemos ahora?
ISIDORO. — A mí me mandan preguntar si se hallan aquí.
ENRIQUE. — Pues dí que no están.
ISIDORO. — Así miento.
JUAN. — Es una mentira que no perjudica á nadie.
ENRIQUE. — Claro. Diles que no se hallan aquí, que hace un momento que se marcharon. Anda, hombre!
ISIDORO. — Bueno; pero que no salgan ¿eh?
JUAN. — No; no van á salir. (Se oyen golpes fuertes á la puerta del foro).
ISIDORO. — ¡Aquí están, aquí están! (A Wenceslao y Eusebio). Esconderse!... Esconderse!...
(Los empuja).
JUAN. — Aquí, aquí! (Muy bajito les señala la puerta de la izquierda, y los encierra).
ISIDORO. — (Yéndose). Bueno, no hagan ruido. (Váse).

ESCENA III

JUAN y ENRIQUE solos, escuchando por la cerradura del fondo. Afuera se sienten voces de hombres.

JUAN. — No quieren marcharse. Están empeñados en llevarlos.

ENRIQUE. — Debe ser muy grande el delito cuando vienen á buscarlos los agentes y el dueño de la casa.

JUAN. — Seguramente. Son tan traviesos que un día las pagan todas juntas.

ENRIQUE. — Escucha... (Se oye la voz de Isidoro y la de los vigilantes más cerca).

JUAN. — ¿Suben las escaleras?

ENRIQUE. — ¡Parece que sí! ¡Escucha! (Escuchan los dos atentos).

JUAN. — Y si entrasen aquí ¿qué haríamos?

ENRIQUE. — Pues decirles que no están.

JUAN. — Ya llegan, ya llegan...

(Los dos se vuelven, retirándose á mitad de la escena, como esperando á que entren).

ENRIQUE. — Merecían que los castigasen, por traviesos.

JUAN. — En verdad. Eso de entrar á un huerto ajeno á matar pájaros, es exponerse á recibir un tiro.

ENRIQUE. — O lo que le pasó á Ricardo.

JUAN. — ¡Parece que se fueron! ¡Oye!

ENRIQUE. — ¿A ver? (Se acerca á la puerta).

JUAN. —¿Están?
ENRIQUE. — Sí; están con Isidoro en la escalera.

(Wenceslao y Eusebio asoman la cabeza por la izquierda, temblorosamente).

WENCESLAO.—¿Ya se fueron? ¡Ay! ¡Dios mío!...
JUAN. — No; esconderos; pronto, pronto!
ENRIQUE. — ¡Que vuelven otra vez! (Se ocultan de nuevo).

JUAN. — ¿Vuelven?
ENRIQUE. — Sí ¿no los sientes?
JUAN. — (Escuchando). ¡Es verdad!
ENRIQUE. — Hagámonos los distraídos. (Se oye otra vez el rumor de voces).

JUAN. — Ahora van á entrar. Ahora sí que vienen.
ENRIQUE. — ¿Y si nos llevan á nosotros?
JUAN. — ¡Cómo! ¿Fuimos ó somos los culpables acaso?
ENRIQUE. — No; pero todo puede suceder.
JUAN. — ¡Eso sí que no!

(Se escuchan las súplicas y gritos de los que están ocultos en la izquierda, y voces de hombres).

ENRIQUE. — ¡Los agarraron!...
JUAN. — ¡Dios mío! ¿Qué hacemos? (Sigue el ruido).
ENRIQUE. — ¡Eso es lo que les pasa á los traviesos!...

(Entran los dos presurosos en la habitación inmediata, gritando y suplicando).

TELÓN.

FIN

VIII

EL HEROISMO

PASAJE CÓMICO-INFANTIL

(Para niños)

PERSONAJES

Leopoldo (mayor).
Darío (menor).
Alejandro.

ACTO UNICO

Una habitación de estudio. Al fondo, á la derecha, una puerta con cortina que caerá hasta el suelo. A la derecha, otra puerta. A la izquierda, una ventana á la calle. Es de noche.

ESCENA I

LEOPOLDO Y DARÍO. El primero aparece dando vueltas en un aparato de gimnasia colgado en mitad de la escena, y DARÍO estudiando, sentado, al fondo.

DARÍO. — (Después de un rato). Al fin vas á concluir por darte un tremendo porrazo, si no te bajas de ahí.

LEOPOLDO. — (Sin dejar de dar vueltas). La letra con sangre entra, mi querido amigo. Mira. (Parándose sobre el aparato). Ya parezco un gigante antiguo, enorme y vencedor. La sangre me corre por las venas como un torrente, y siéntome con más energías de boxeador que de muchacho.

DARÍO. — Vamos: que pretendes ser un Hércules de feria, un luchador romano en miniatura.

LEOPOLDO. — Eso es; un candidato futuro.

DARÍO. — Candidato ¿á qué?

LEOPOLDO. — Al Casino, hombre, al Casino.

DARÍO. — Pues amigo, Dios te la depare buena. No van á ser pocos los trompones que vas á llevar. ¡Vaya una profesión!... A lo mejor te quedas sin narices.

LEOPOLDO. — O se las quito yo á otro, que bien puede suceder.

DARÍO. — Adiós, Milón de Crotona.

LEOPOLDO. — Adiós... (Comienza á dar vueltas otra vez).

DARÍO. — ¿Otra vez?

LEOPOLDO. — Sí, hasta caer rendido.

DARÍO. — O hasta caer en el suelo.

LEOPOLDO. — ¡Ca!... (Se cae del aparato, sentado, pareciendo que lleva un fuerte golpe.

DARÍO. — ¿Has visto? (Corre á levantarlo del suelo, y Leopoldo se queja del muslo trasero).

LEOPOLDO. — Hice un amasijo. ¡Qué golpe!

DARÍO. — Y un día te caes de cabeza, y adiós Hércules, adiós Milón de Crotona, adiós Casino y adiós todo. Está bien, y es conveniente un poco; pero tanto... (Leopoldo se sienta en la silla de Darío).

LEOPOLDO. — Pues, amigo mío, por muchos golpes que lleve, no voy á dejar de seguir. Quiero ser un gigante.

DARÍO. — ¿Para ir al Casino?

LEOPOLDO. — ¡Qué Casino!... Quiero ser fuerte y de mucha fuerza.

DARÍO. — Pero ¿y para qué quieres ser eso?

LEOPOLDO. — Para que nadie me venza. Sólo los

fuertes triunfan en todas partes. Un hombre lleno de vida y de fuerza puede acometer muchas empresas que un débil no podrá realizar nunca.

DARÍO. — Si es para dar golpes, no digo que no.

LEOPOLDO. — Para todo, Darío, para todo. Yo he visto un caso que me ha convencido, y desde entonces no es otro mi afán, que hacerme fuerte.

DARÍO. — ¿Y qué fué? Seguramente alguna pelea ¿no?

LEOPOLDO. — Voy á contártelo, para que comprendas si tengo ó no razón. Un caso muy notable, que me llenó de entusiasmo.

DARÍO. — A ver; cuéntame entonces esa notabilidad.

LEOPOLDO. — Cuando papá y yo fuimos á España el año pasado, en el barco en que viajábamos nosotros iba también un matrimonio vasco, recién casados, que se dirigían á visitar su país en un viaje de placer. Llevábamos diez días de viaje; es decir, estábamos en alta mar, y con un tiempo tan espléndido, que pasábamos todo el día en el puente, contemplando el hermoso panorama que se extendía sin límites en todas direcciones. Nos habíamos hecho muy amigos de aquel matrimonio, porque eran muy educados y muy buenos, y casi todo el tiempo lo pasábamos conversando con ellos.

Una tarde estábamos asomados á la barandilla de babor, tomando mate, y la señora del vasco se hallaba cerca de la portezuela de las escaleras, que colgaban recogidas del costado del buque. De pronto se oyeron unas pitadas que partían del puente de comando, y la marinería comenzó á maniobrar en un simulacro de abordaje, arrastrando cordajes y descolgando los botes, cómo si en realidad se tratase de un verdadero peligro. En una de estas maniobras, una soga, arrastrada por un contramaestre, se arrolló á los pies de la señora del vasco de tal suerte, que fué arrastrada inmediatamente hacia la baranda y arrojada al mar, con una rapidez increíble. El vasco dió un grito horrible, y nosotros también; y seguidamente, toda la tripulación y los viajeros se pusieron en grande alarma. La señora flotaba desesperada sobre el oleaje, allá lejos, y se ahogaba, sin remedio, si no era salvada inmediatamente. Mientras nosotros nos reponíamos del susto, el vasco, marido de aquella pobre señora, se había despojado de la ropa en un segundo y, en el traje de Adán, subiéndose sobre la baranda, se arrojó al mar, hundiéndose mucho tiempo. Cuando apareció á flote, sacudió la cabeza como un león y, nadando como un pez, se dirigió á salvar á su señora, que agitaba los brazos en una tremenda desesperación.

DARÍO. — ¿Y la salvó?

LEOPOLDO. — Verás. En un segundo llegó junto á ella, y tomándola por atrás de la cintura, la sostuvo así nadando, hasta que llegó un bote del buque que los recogió. La señora estaba más muerta que viva; pero el vasco, con su acostumbrada afabilidad y alegría, exclamaba: "Ha sido un baño, un chapuzón nada más".

DARÍO. — ¡Pues vaya un baño!

LEOPOLDO. — Desde entonces, mirando aquella sangre fría, aquella serenidad del vasco, comprendí que sólo un hombre fuerte puede ejecutar estos hechos. Quedé admirado.

DARÍO. — También yo lo quedaría. Pero ahí lo que le valió al vasco no fué su fuerza.

LEOPOLDO. — ¿Y qué ha sido entonces?

DARÍO. — El heroísmo.

LEOPOLDO. — No, señor. Si él no hubiera sido un hombre fuerte, no se arrojaría al mar, y su mujer perecería.

DARÍO. — Y si no fuese heroico y valiente, aunque tuviese más fuerza que Sansón, su señora no se salvaría.

LEOPOLDO. — Pero eso es fuerza también.

DARÍO. — No, señor. Una cosa es fuerza y otra cosa es heroísmo. Un hombre puede ser muy fuerte, y no ser heroico. En cambio, otro puede ser muy débil y tener un heroísmo á prueba.

LEOPOLDO. — El que es flojo y débil, no sirve para nada.

DARÍO. — Si está enfermo, por supuesto...
LEOPOLDO. — No; aunque esté sano.

(Entra en escena Alejandro, por la izquierda, bailando hacia adelante algún estilo criollo, con mucha gracia y decencia).

ESCENA II

DARÍO, LEOPOLDO y ALEJANDRO bailando y silbando.

DARÍO. — Aquí viene el loco... oye, Alejandro.
ALEJANDRO. — ¿Qué hay?
LEOPOLDO. — Pero, ¿qué vas á preguntarle á este bailarín?
DARÍO. — ¿No es verdad que el heroísmo no es lo mismo que la fuerza?
ALEJANDRO. — Seguramente que no es lo mismo.
DARÍO. — Porque Leopoldo dice que es igual una cosa que otra.
ALEJANDRO. — Pero, ¡qué va á decir Leopoldo! Ese es capaz de confundir el aparato de la gimnasia con las medias.
LEOPOLDO. — No tanto, amigo, eh!
ALEJANDRO. — Pues mira que llamarle á la fuerza heroísmo, es igual que confundir á Don Quijote con Sancho Panza.
DARÍO. — Ni más ni menos.
LEOPOLDO. — Pero ¿qué es heroísmo entonces?
ALEJANDRO. — Heroísmo es la fuerza del cora-

zón y del alma á un tiempo; el acto de no temer la muerte cuando se trata de hacer una acción meritoria.

DARÍO. — Eso mismo.

LEOPOLDO. — Y entonces ¿qué viene á ser la fuerza?

ALEJANDRO. — ¿La fuerza?

LEOPOLDO. — Sí, la fuerza.

DARÍO. — Será el hecho de poseer una recia musculatura.

ALEJANDRO. — La virtud de poder vencer obstáculos que otros no pueden.

LEOPOLDO. — Y cuál es mejor: ¿la fuerza ó el heroísmo?

ALEJANDRO. — El heroísmo; y déjame en paz.

(Se pone á bailar otra vez).

LEOPOLDO. — ¿Y por qué?

DARÍO. — Porque con el heroísmo se hacen maravillas, y con la fuerza no se hacen casi nunca más que brutalidades. ¿No es cierto, Alejandro?

ALEJANDRO. — Claro. La fuerza es propia de las bestias, que la emplean en el servicio del hombre.

DARÍO. — Un asno, por ejemplo, tiene fuerza, pero carece de heroísmo.

LEOPOLDO — Pero el hombre que es fuerte, es también heroico.

ALEJANDRO. — Según y conforme. Hay hombres como Hércules, que son unos verdaderos mandrias; no son heroicos, ni siquiera atre-

vidos, ni valientes. En cambio, hay hombres como miniaturas, que son de un temple y de un corazón que admira. Nuestros próceres no fueron heroicos porque tuviesen fuerza, sino por su dominio de alma, y por el santo y fiel cumplimiento de su deber. Su heroísmo, sin embargo, rayó en lo infinito y, debido á él, nos dieron esta hermosa patria argentina. Nuestros soldados legendarios tuvieron también un magnífico heroísmo, sin ser Hércules ni boxeadores; desafiaron mil veces la muerte, con tal de obtener la victoria. Ahí tienes el heroísmo. (Baila otra vez).

LEOPOLDO. — Vamos. Entonces quiere decir que la fuerza representa poca cosa en el hombre. ¿No es eso, bailarín?

DARÍO. — Pues claro. Déjate ahora de baile, Alejandro. Escucha.

ALEJANDRO. — Cuando nuestra patria necesite de nosotros y de todos sus hijos, de poco, ciertamente, ha de servirnos la fuerza en los combates. Por mucha que tengamos, si no tenemos heroísmo, nuestros puños y toda nuestra musculatura se estrellarán seguramente contra los cañones. En cambio, si somos valientes, heroicos, desafiaremos las balas á la voz de nuestros jefes, y pasaremos por encima de los montones de cadáveres, hasta conseguir la victoria, ó morir por la patria.

LEOPOLDO. — Eso es verdad; siendo valientes...

DARÍO. — Todo lo conseguiremos.

ALEJANDRO. — Si cuando la patria necesite de nuestros esfuerzos acudimos todos á su llamado, dispuestos á dar la vida por ella, entonces podremos decir que somos heroicos, virtuosos y dignos; podremos entonces ser coronados, como dice nuestro himno; porque sabremos defenderla y dar nuestra sangre por ella.

LEOPOLDO. — Yo no esperaba escuchar esas palabras de boca de un bailarín como vos. Creí que no sabías más que bailar.

DARÍO. — Y ya ves que también comprende cuán necesario es el heroísmo para el hombre.

ALEJANDRO. — Puede saberse bailar y cantar una cosa típica de nuestra tierra, y saber también lo que es heroísmo, y tenerlo cuando llegue el caso.

LEOPOLDO. — ¡Quién sabe, quién sabe! Hablar, se habla mucho...

DARÍO. — Pues yo creo que Alejandro, cuando la patria y las circunstancias lo exijan, sabrá ser como todos, heroico y hasta temerario.

ALEJANDRO. — Hasta morir cien veces, si es preciso.

LEOPOLDO. — ¿Cien veces?

ALEJANDRO. — Sí; cien veces, si fuese necesario. La patria debe serlo todo para nosotros. Cuando ella me llame, estaré dispuesto

siempre, en cualquier momento, á acudir en su defensa. No me importará morir, con tal de que muera por ella.

DARÍO. — El heroísmo por la patria es lo más santo que existe.

LEOPOLDO. — Es verdad.

ALEJANDRO. — Es lo más hermoso, y lo más humano.

DARÍO. — Yo juro defenderla siempre con heroísmo!

LEOPOLDO. — ¡Y yo también!

ALEJANDRO. — ¡Pues, juremos! (Cantan los tres á coro).

"Vivir en cadenas
¡cuán triste es vivir!
¡Morir por la patria,
qué bello es morir!".

TELÓN.

FIN

IX

FALUCHO

COMEDIA INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Jorge.
Claudio.
Esteban.
Víctor.
Antoliano.
Un grupo de niñas.

ACTO UNICO

Alameda de un parque público. Más allá del fondo, se verá, semioculta entre el follaje de los árboles, una gruta, ó un salto de agua, si fuese posible simularlo. A la derecha, un camino, en primer término; en segundo término, otro, más ancho. A la izquierda, un grupo escultórico, representando á Falucho de pie, empuñando la bandera. Es el atardecer, y la luz simulará la del ocaso.

ESCENA I

Un grupo de niñas aparecen jugando al corro en torno de la gruta, mientras JORGE cruza la escena hacia el fondo leyendo en un libro, silenciosamente. En seguida, por el primer término de la derecha, CLAUDIO y ESTEBAN, con dos guirnaldas de pensamientos y violetas, colócanse enfrente á la estatua. Al levantarse el telón se oye una campana, á lo lejos, y las niñas cantan esta estrofa dos veces, retirándose cada vez más al fondo.

CORO

Son nuestros corazones
puros como el jazmín,
y así los conservamos
¡oh patria! para tí.
Amantes de tus glorias,
no queremos vivir
sin tu cariño santo,
¡oh amor dulce y feliz!

(Entran Claudio y Esteban, colocándose ante la estatua).

CLAUDIO. — (Mirando fijamente al héroe). ¡El corazón no debía caberle en el pecho!

ESTEBAN. — ¡Como el corazón de todos los héroes!

CLAUDIO. — ¡Fué un esclavo con corazón de gigante!

ESTEBAN. — ¿Harías tú lo mismo?

CLAUDIO. — Antes de entregar nuestra bandera, moriría mil veces!

ESTEBAN. — ¡Falucho, Falucho!...

CLAUDIO. — Dejémosle nuestro tributo. (Depositan las flores y se van por el fondo).

ESCENA II

JORGE, entrando por la derecha, con una banderita.

JORGE. — (Sorprendiéndose al ver las flores). Pero... ¿quién?... ¡Dos guirnaldas! ¿Qué corazones nobles te ofrecieron este rasgo de gratitud? ¿Qué almas patriotas te rindieron este recuerdo delicado y hermoso? ¡Dos guirnaldas! Y yo que creía que nadie se acordaría de honrarte en este día patrio! ¡Que pensaba ser el único que viniese al pie de tu estatua á dejarte mi tributo de cariño y admiración, héroe querido! (Toma las guirnaldas, y lee entonces en la cinta): "Recuerdo de dos niños argentinos

al héroe Falucho". ¡Vamos! Esta es una sencilla dedicatoria que encierra todo un poema de amor á la patria. No soy yo solo. Hay también almas jóvenes que se congratulan en honrarte. (Coloca su banderita en medio de las dos guirnaldas, y se aleja mirándola).

Por este año he cumplido con mi deber de patriotismo (Con emoción). ¡Si alguien arrancase de ahí esa pequeña bandera, ó pretendiese arrancarla, primero tendría que pasar mil veces por encima de mi corazón! ¡Es la bandera de mi patria! ¡Es la patria misma! (Vase lentamente, al tiempo que se oye de nuevo el canto de las niñas).

ESCENA III

VÍCTOR y ANTOLIANO, dos niños vagabundos, pobremente vestidos, entran corriendo en escena, persiguiéndose el uno al otro, en derredor de la estatua, y promoviendo gran alboroto con sus risotadas.

VÍCTOR. — No rías tan fuerte, che, que nos puede oír el guardián.

ANTOLIANO. — ¿Y si viene, qué?...

VÍCTOR. — Que nos tira con el bastón á las piernas, como siempre.

ANTOLIANO. — ¡Bah!

VÍCTOR. — ¡Guarda! (Le tira un quite á Antoliano y huye).

ANTOLIANO. — (Corriendo tras él). ¡Guarda! (Le da otro quite, y, tomándolo de un brazo, lo lleva hasta el pie de la estatua).

VÍCTOR. — (Señalando la bandera y las flores). Pero, che; mira lo que hay aquí. ¿Qué es eso?

ANTOLIANO. — ¡Ah! ¡Una bandera!

VÍCTOR. — ¡Y dos ramos de flores! ¿Quién los colocaría ahí?

ANTOLIANO. — ¡Quién sabe!

VÍCTOR. — ¿De quién es esa estatua?

ANTOLIANO. — Me parece que es de Falucho.

VÍCTOR. — ¡De Falucho! ¿Y quién es Falucho?

ANTOLIANO. — Fué un... un negro muy valiente.

VÍCTOR. — Que es negro, ya lo sé yo, y si no fuese un valiente, no tendría una estatua. Yo te pregunto qué clase de valentía ha hecho.

ANTOLIANO. — No lo sé.

VÍCTOR. — Entonces sabes tanto como yo.

ANTOLIANO. — Y tú, tanto como yo.

VÍCTOR. — Estamos iguales.

ANTOLIANO. — ¿Hacemos una cosa, che, Víctor?

VÍCTOR. — ¿Cuál?

ANTOLIANO. — ¿Robamos esas flores, y esa bandera, y las vendemos? Nos dan diez centavos por cada ramillete, y otros diez centavos por la banderita. Con treinta centavos, podemos hacer una farra.

VÍCTOR. — Ya está! Treinta centavos es mucha plata. ¿Y á quién se las vamos á vender?

ANTOLIANO. — Lo que sobra es quien las compre. Hoy es un día patrio y nos será muy fácil venderlas por ahí.

VÍCTOR. — Pues manos á la obra. Primero tenemos que ver si alguien nos mira.

ANTOLIANO. — Es verdad. Yo veré por aquí; tú ojea por allá. Mucha pupila ¿eh?

VÍCTOR. — ¡Para pupila!...

(Los dos, ocultándose, atisban por la escena, mirando hacia todas partes, como poseídos de temor).

ANTOLIANO. — ¿Ves al guardián?

VÍCTOR. — Sí que lo veo.

ANTOLIANO. — ¿A dónde?

VÍCTOR. — Está parado al lado de la gruta.

ANTOLIANO. — ¿Qué hace?

VÍCTOR. — Nada. Está mirando hacia acá. ¡Guarda, guarda; que no nos vea, Antoliano!

ANTOLIANO. — ¡Guarda! (Los dos se agachan hasta el suelo).

VÍCTOR. — Si nos pesca nos tira con el bastón á la cabeza.

ANTOLIANO. — Y si nos tira y no nos da, le tomamos el bastón, y entonces es hombre perdido.

VÍCTOR. — Pero toca pito y acuden los vigilantes como las moscas.

ANTOLIANO. — ¿Tiene pito?

VÍCTOR. — Pues claro que tiene.

ANTOLIANO. — Entonces, che, guarda con él. La comisaría no es buena.

VÍCTOR. — Voy á ver lo que hace ahora. No te muevas.

(Se va arrastrando hasta el busto, y ocultándose detrás, observa con mucha cautela).

ANTOLIANO. — ¿Y?

VÍCTOR. — Ya se va hacia allá.

ANTOLIANO. — ¿Sí?

VÍCTOR. — Sí.

ANTOLIANO. — Entonces agarra las flores y la bandera.

VÍCTOR. — (Mirando á la estatua). ¡Con perdón, Falucho! (Las lleva ocultas en el seno).

ANTOLIANO. — ¿A ver qué lindas son?

VÍCTOR. — (Sacándolas). Míralas. Tienen una dedicatoria en la cinta. (Se sientan en el suelo).

ANTOLIANO. — ¿A ver cómo dice?

VÍCTOR. — (Leyendo). "Recuerdo de dos niños argentinos al héroe Falucho".

ANTOLIANO. — ¿Quiénes serían esos niños?

VÍCTOR. — ¿Qué nos importa?

ANTOLIANO. — Bueno. Ahora vamos á repartir, y nos marchamos.

VÍCTOR. — Sí; tú llevas la bandera y yo las flores. ¿Eh?

ANTOLIANO. — No; así no está bien. ¿Para qué quiero yo la bandera?

VÍCTOR. — ¿Y yo para qué la quiero?

ANTOLIANO. — Entonces, dame un ramo á mí, y vos te quedas con el otro.

VÍCTOR. — No, señor. Yo fuí el que las robé, y me corresponde la mayor parte. Toma tú la bandera.

ANTOLIANO. — No la quiero.

VÍCTOR. — Pues las flores son mías.

ANTOLIANO. — Son de los dos.

VÍCTOR. — Ahora son mías. ¿Qué hay?

ANTOLIANO. — Lo veremos!...

VÍCTOR. — Ya está visto. Si puedes, arráncamelas!... Toma la bandera. (Se la arroja).

ANTOLIANO. — No la quiero. Ahora vas á ver si me das las flores.

(Se levantan los dos, y se disponen á pelear, mirándose con un gesto de odio, y en posición de acometerse, cuando entra por el fondo Jorge).

VÍCTOR. — No las llevarás; prefiero tirarlas antes.

ANTOLIANO. — ¡Guarda! (Le da un golpe en el pecho, y Víctor retrocede un poco, arrojando al suelo la gorra con rabia).

ESCENA IV

VÍCTOR, ANTOLIANO y JORGE por el fondo, parándose para mirarlos seriamente.

VÍCTOR. — ¡No las llevarás, no!

JORGE. — Pero ¿por qué peleáis?

ANTOLIANO. — Por unas flores.

VÍCTOR. — Son mías!

JORGE. — Bueno, ea! Basta de peleas. (Se coloca en medio de los dos con serenidad). Yo arreglaré eso.

VÍCTOR. — Bueno, sí; que él arregle la cuestión; verás cómo me da la razón á mí.

ANTOLIANO. — Pues también quiero verlo.

JORGE. — Bien ¿qué es lo que pasa entre vosotros? ¿Por qué peleáis?

VÍCTOR. — Pues, por esto. Hemos encontrado unas flores y una banderita en un sitio, y ahora dice él que las flores le corresponden

á él, y á mí esa banderita. (Se la muestra en el suelo). ¿Para qué quiero yo la banderita?

JORGE. — (Fijándose en la estatua). ¡Dios santo! (Aparte). ¡Mi bandera! (La recoge del suelo). ¿Dónde habéis encontrado esto?

VÍCTOR. — Allá, en el extremo opuesto del jardín. ¿Nos las quiere comprar? (Le toma la bandera á Jorge de la mano).

JORGE. — ¡Cómo no! ¿Cuánto queréis por ellas?

VÍCTOR. — Treinta centavos por todo.

JORGE. — (Se los da). Ahí tenéis.

VÍCTOR. — Tome, usted. (Le entrega las flores y la bandera).

JORGE. — Ahora repartíos quince á cada uno.

VÍCTOR. — Bueno. Ahí tienes, Antoliano. ¿Está bien ahora?

ANTOLIANO. — Muy bien.

JORGE. — (Coloca primeramente las flores y la bandera al pie de la estatua, y luego, tomando á cada uno de un brazo). Bien, señores míos: ahora es menester que ustedes me rindan cuentas á mí de sus actos.

VÍCTOR. — ¡Qué cuentas!... (Los dos lo miran con extrañeza).

JORGE. — ¿Qué cuentas, dices?... ¿Aún os atrevéis á mirarme á la cara? Vamos á ver, ladronzuelos. ¿Quién os dió esas flores?

ANTOLIANO. — (Temeroso). Fué él, él. Yo no las robé.

JORGE. — ¡Ah! ¿De modo que fuisteis vosotros los que las habéis robado? ¿Y no tenéis vergüenza? ¿Sabéis lo que habéis hecho?

VÍCTOR. — ¡Y qué hemos hecho, qué!... (Resuelto).

JORGE. — Habéis despojado á un héroe de la patria de un recuerdo santo, que le han dedicado unos niños patriotas. Es un crimen de lesa patria lo que habéis cometido, y yo voy á mandaros á la comisaría.

VÍCTOR. — ¡No, no, por Dios!

ANTOLIANO. — ¡No; á la comisaría no, por favor!

(Parecen temblar).

VÍCTOR. — Nosotros no sabíamos quién era Falucho.

JORGE. — ¿No lo sabíais?

ANTOLIANO. — No.

JORGE. — Pues lo sabréis ahora. Falucho fué un héroe argentino que, antes de entregar nuestra bandera en manos de sus enemigos, se envolvió en ella, y pagó con su vida su fidelidad á la patria. Esta estatua es el homenaje que la patria le dedicó en premio á su valor y patriotismo, y vosotros, robando esos emblemas, que otros niños le dedicaron, le negáis á él su virtud y su sacrificio, y hasta negáis á vuestra patria. ¿Sois argentinos, vosotros?

VÍCTOR. — Sí, que lo somos.

ANTOLIANO. — Y á mucha honra.

JORGE. — ¿Y os parece bueno lo que habéis hecho?

ESCENA V

Dichos, CLAUDIO y ESTEBAN por la derecha. Atrás, el grupo de niñas con flores. Entran cantando.

JORGE. — Pero fijaos en estos compañeros patriotas. ¿Veis?... Vienen cantando en homenaje á nuestro héroe Falucho. Unámonos á ellos, y cantémosle también nosotros.

VÍCTOR. — Pues yo ya no quiero mis quince centavos.

ANTOLIANO. — Ni yo tampoco. (Los dos arrojan el dinero y se unen al coro, cantando, mientras las niñas depositan las flores al pie de la estatua. Los niños, atrás).

CANTO

Envuelto en bellas flores,
rendimos nuestro amor,
al pie del héroe noble,
honrando su valor.

TELÓN.

FIN

X

JOSELIN

PASAJE CÓMICO-SERIO

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Luisa.
Beatriz.
Carmen.
Rosa.
Elena.
Joselín.
Roberto.
Florencio.
Antonio.
Pío.

ACTO UNICO

Un aposento. Al fondo, una puerta, velada con una cortina que llega al suelo, dividida en dos. A la derecha, una galería, ó simula haberla. A la izquierda, un armario grande, ó un guardarropa. Es noche, y la escena se halla alumbrada con la luz de una lámpara que cuelga en medio del techo. En primer término, izquierda y derecha, dos sillones.

ESCENA I

Luisa, Carmen, Beatriz, Rosa y Elena, sentadas en el sillón de la derecha, conversando. Al rato, Joselín, por el fondo.

Luisa. — (Poniéndose en pie, al levantarse el telón, como para dar más certidumbre y firmeza á lo que cuenta). Nuestra estancia está á dos leguas de los Andes...

Carmen. — ¿Y podías ver todo á dos leguas de distancia?

Beatriz. — Es verdad; se necesitan ojos de águila para ver tan lejos.

Luisa. — Pues yo creo que vosotros lo veríais también. ¿Acaso no vemos el sol, las estrellas y la luna á tantos miles de leguas? ¿Qué tiene entonces de particular que yo viese tan hermoso espectáculo desde nuestra estancia?

ELENA. — Y dínos una cosa, Luisa.

LUISA. — ¿Qué dices?

ELENA. — Yo creo que la inmensidad del sol no puede compararse con la de una montaña.

ROSA. — Justamente. El sol es casi inconmensurable.

LUISA. — Pero tengo en mi favor la distancia. Si se ve la montaña, es porque dos leguas no significan nada á los miles de ellas que separan á la tierra del sol.

(Por el fondo, asoma la cabeza sigilosamente, Joselín, con cara de risa, ocultándose de nuevo).

BEATRIZ. — Bien; dejemos ahora esa discusión. Continúa Luisa tu narración.

LUISA. — Pues veréis. Todas las mañanas, la hija del gaucho cruzaba por delante de nuestra estancia, montada en su zaino, un zaino ágil, vivo y retozón, que daba gusto mirarlo. Unas veces venía cantando vidalitas; otras veces paraguayas, y era tan dulce, tan armonioso y tan vibrante el eco de su voz, que, allá lejos, lo repetía la montaña, y parecía deslizarse suave y delicioso como un colibrí por las llanuras verdes y lejanas. Ella era una joven, una doncella que apenas contaría diez y seis años. Su tez era entre pálida y morena, tenía unos ojos grandes, negros, de una dulcísima mirada que cautivaban. Era robusta, sencilla y gentil como una paloma torcaz.

CARMEN. — Vamos; era una linda criolla ¿no?

LUISA. — Por cierto; una lindísima campesina.
ELENA. — (Con mucha gracia). ¿Y?...
LUISA. — Una mañana no la ví pasar; al otro día tampoco, al otro tampoco, y así transcurrieron ocho días sin que al salir el sol se oyese como un canto de alondra aquella sonata tan dulce de Dorinda.
CARMEN. — ¿Se llamaba Dorinda?
LUISA. — Sí.
ROSA. — ¡Qué lindo nombre! ¡Dorinda!
LUISA. — Los campos parecían tristes, desde que no escuchaban aquel himno al sol.
BEATRIZ. — ¿Había muerto?
LUISA. — Veréis. Como pasase un tiempo, y no volviese á verla, yo le pregunté á papá por ella, y él, viendo mi insistencia de saber algo de la vida de aquella hermosa Dorinda, me prometió llevarme al rancho donde habitaba, para ver qué ocurría. Una mañana montamos á caballo, y allá nos fuimos. ¡Ay! No quiero recordar la pena que tomé, entonces!
ELENA. — ¿Qué había ocurrido?
LUISA. — Junto á una empalizada yacía el cadáver de ella.
BEATRIZ. — ¿Muerta?
LUISA. — (Tristemente). ¡Muerta!
ELENA. — ¿Y cómo había muerto?
LUISA. — De la mordedura de una víbora; de un crótalo enorme, que estaba allí tendido á los pies de la pobrecita, muerto también.

BEATRIZ. — ¡Un crótalo! ¿Y qué es un crótalo, Luisa?

LUISA. — Una serpiente de cascabel, que mata con la rapidez de una bala con su veneno.

ELENA. — ¿Y cómo la había mordido?

CARMEN. — ¡Pobre Dorinda!

LUISA. — Por defender á un hermanito suyo. Estaba éste jugando con un pájaro, junto á la empalizada, y la víbora se había ido arrastrando, desde la orilla del camino, hasta su lado con ánimo de picarlo y, luego, apoderarse del pájaro. Dorinda, que vió la serpiente cerca de su hermanito, comenzó á gritar, y tomando un hacha, se abalanzó sobre el crótalo, hiriéndolo, y fué entonces cuando, desesperada la víbora, se arrojó sobre ella y la mordió en un pie, dejándola muerta. El padre, un viejo gaucho, alto y sereno como un patriarca antiguo, estaba allí, á su lado, llorando como un niño, y el hermanito, dando vueltas en torno del cadáver, llamaba á su hermana muerta, que infundía compasión con sus gritos.

(Joselín asoma de nuevo la cabeza, gritando):

JOSELÍN. — ¡Mentira! (Todas parecen asustarse).

LUISA. — ¿Mentira? ¡Ah! Pero ven, Joselín. (Se dirige al fondo, llamándolo). ¡Joselín, Joselín!... El os contará lo que pasó después. El ha visto también.

ESCENA II

Dichas y JOSELÍN, que entrará por el fondo, siguiendo el curso de la narración, con mucha parsimonia.

JOSELÍN. — Después, papá se encargó de darle sepultura al cadáver de Dorinda, y llevó á trabajar á nuestra estancia al padre y al hermano. Dorinda fué una mártir del amor fraternal. Por defender á su hermano de la víbora murió ella, sin exhalar una queja. Fué una santa.

LUISA. — No, Joselín; pero cuenta antes cómo lloraba el padre y el hermano.

JOSELÍN. — ¿Y para qué? Basta que se diga que Dorinda murió mártir.

LUISA. — Que insípido estás. ¿Por qué no cuentas mejor?

JOSELÍN. — ¿Queréis que cuente? (A todas).

BEATRIZ. — Sí, sí; cuéntanos cómo estaba Dorinda. ¿Estaba muy linda, así muerta y todo?

JOSELÍN. — Muy linda.

CARMEN. — Anda, Joselín. Cuéntanos que te daremos caramelos. (Le muestran varios cartuchos envueltos). ¿Veslos?

LUISA. — O cuéntanos el otro caso que tú sabes.

JOSELÍN. — ¿Me dais los caramelos si os cuento algo lindo?

CARMEN. — Sí; te los damos.

JOSELÍN. — Bien; pero no os voy á contar lo de

Dorinda, porque ese es un caso triste, y la tristeza no es buena.

BEATRIZ. — Cuéntanos, entonces, una cosa alegre.

JOSELÍN. — Eso sí. Yo, desde mi estancia, (muy serio) cuando se ponía el sol, veía allá lejos, sobre las cumbres de los Andes, una mosca posada sobre un peñasco, que volaba de flor en flor como una mariposa, (todas se miran con extrañeza y sonrientes) y descender luego á los valles y bailar con una mariposa un skating...

(Todas, en son de burla).

CARMEN. — ¡Una mosca!...
LUISA. — ¡Un skating!...
BEATRIZ. — ¡Una mariposa!...
ROSA. — ¡Sobre los Andes!...
ELENA. — ¡A dos leguas!...
JOSELÍN. — Bueno; déjenme continuar.
LUISA. — ¡Ay! Joselín del alma mía!... ¡Qué mentiras!
BEATRIZ. — ¡Ay! caramelos de mi corazón!
CARMEN. — ¡Cómo no vas á probarlos, Joselín!
JOSELÍN. — (Continuando, á pesar de todo). Los habitantes de la luna hablaban en aquel momento con los de Marte, y yo escuchaba sus voces, que decían:
LUISA. — Por Dios; basta de disparates, Joselín. ¡Jesús!
BEATRIZ. — Joselín, hoy está loco.

JOSELÍN. — (Continuando). Desde los más hondos abismos del mar los colibríes cantaban la Traviata y... (Luisa le amordaza suavemente la boca con un pañuelo, y luego lo va empujando hacia la puerta del fondo).

LUISA. — Eres inaguantable, inaguantable. Anda, anda. Ve á decir esos disparates allá, al oído de tus amigos. (Lo echa de escena).

JOSELÍN. — (Desde la puerta). Me vengaré de vuestra ingratitud. Me habéis hecho hablar; ¿y los caramelos?...

BEATRIZ. — Por escuchar disparates, no se paga.

JOSELÍN. — (Con sorna). ¡Se pagan tantos disparates en este mundo!... (Váse).

ESCENA III

Las mismas, menos JOSELÍN.

CARMEN. — Tienes un hermano muy gracioso, Luisa.

LUISA. — Sí, y bastante disparatador. Cuando comienza con esos discursos, no termina. Es capaz de estarse un día entero sin descansar un momento. Papá ya lo deja, porque lo hace reir de tal modo en la mesa, que algunas veces parece reventarse.

BEATRIZ. — ¡Joselín!... Es muy vivo! ¿Sabéis por qué disparataba tanto?

ELENA. — Por los caramelos. ¡Bah!...

BEATRIZ. — No.

ROSA. — A mí me parece que sí. Le gustan mucho.

LUISA. — Es un goloso para esas cosas.

BEATRIZ. — Pues yo creo que era porque nosotras cambiásemos de conversación. Nos encontró á todas tan afligidas con la muerte de Dorinda, que quiso distraer nuestro pensamiento. Joselín es muy alegre y muy bueno.

ROSA. — Si fuese eso verdad, merecería los caramelos todos.

ELENA. — Ciertamente.

LUISA. — Sí; Joselín huye siempre de la tristeza. Es como un pájaro de las selvas: alegre, siempre contento y feliz. Yo lo conozco bien.

BEATRIZ. — Será muy travieso ¿no es verdad, Luisa?

LUISA. — Todo lo contrario. En los momentos de recreo es alegre y retozón, dentro de la honestidad; pero es muy aplicado, muy bueno, muy cariñoso y sobre todo, tan amante de nuestra patria que parece ya un buen soldado de ella.

ROSA. — ¡Ah! ¿Sí?...

LUISA. — Papá, por hacerlo hablar algunas veces, le dice que la República Argentina es muy pobre, y otras cosas así, y Joselín se deshace en alabanzas y casi llora... Es un tremendo patriota en miniatura.

ELENA. — Entonces, hay que darle caramelos.
BEATRIZ. — Es cierto. Llámalo tú, Luisa.
LUISA. — Déjalo; está con sus amigos en el patio.
ROSA. — ¿Y qué importa? Le entregamos los caramelos, y luego que se vaya otra vez á su lado.
ELENA. — Eso es. Llámalo, llámalo, Luisa.
LUISA. — Bien. (Se adelanta hacia el fondo y lo llama).
Joselín!... Joselín!... Joselín!...
JOSELÍN. — (Sin entrar en escena). ¡Luisa!...
LUISA. — Ven un momento.

ESCENA IV

Los mismos y JOSELÍN entrando rápidamente en escena.

JOSELÍN. — Aquí estoy. ¿Qué os pasa?
LUISA. — Mis amigas tienen una deuda de gratitud contigo, y quieren satisfacerla.
JOSELÍN. — ¿Cuál?
LUISA. — Entregarte los cartuchos de caramelos que te ofrecieron antes.
JOSELÍN. — Muy bien está eso, señoritas. ¿A qué obedece ese cambio de opinión en tan poco tiempo? ¿Puede saberse?
BEATRIZ. — A que eres muy bueno y muy patriota.
JOSELÍN. — No tengo por qué negarlo. (Todas le dan caramelos).
LUISA. — ¿Y con qué vas á pagar á mis amigas ahora este regalo?

JOSELÍN. — Primero, con las gracias, y en seguida, si ellas consienten, con otra cosa más linda.

LUISA. — ¿Cuál?

JOSELÍN. — Un invento mío, que estoy ahora ensayando con mis amigos, y si vosotras consentís vamos á exponerlo aquí, juntamente con vosotras.

BEATRIZ. — ¿Y qué invento es ese, Joselín?

JOSELÍN. — ¿Me permiten ensayarlo aquí?

LUISA. — Sí, sí.

BEATRIZ. — ¿Cómo no, Joselín?

ELENA. — Con mucho gusto.

JOSELÍN. — Ya vengo... (Váse, y seguidamente entra con Roberto, Antonio, Florencio y Pío por el fondo, y, colocándose en medio de la escena, cantan el Pericón Nacional, con la siguiente letrilla, arreglada, silábicamente, á la música, como ortográficamente está escrita; mientras las niñas acompañan tocando las manos, acompasadamente, y bailándolo, acaso, en un principio, ínterin cae el telón con lentitud).

CANTO

Patria-queri-
da-de-mia-mor-
dulc'es-vivir...
bajo-tu-esplendente-sol.
¡Oh!-dulce-patria-mi-
a-¡oh-dulce-patria-mía-
de-mia-mor!...

TELÓN.

FIN

XI

SAGRADOS DEBERES

COMEDIA INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Euclides.
Clemente.
Luciano.
Eduardo.
Jacobo.
Eulogia (niña, menor que ellos).

ACTO UNICO

Una habitación. Al fondo, un silloncito. A la derecha, una puerta. En medio, una mesa velador

ESCENA I

CLEMENTE aparece de pie, al lado del velador. En la mano tiene una fotografía, que mira atentamente. Al fondo, junto al sillón, EUCLIDES, se entretiene en componer un hermoso ramo de flores, que se verán desparramadas en el silloncito blanco del fondo. Visten de luto.

EUCLIDES. — Oye, Clemente. (Siempre entretenido).

CLEMENTE. — ¿Qué dices?

EUCLIDES. — ¿Sabes tú el lugar que ocupa la sepultura?

CLEMENTE. — Fijamente no lo sé; pero, una vez allá preguntaremos. Creo que no nos será difícil encontrarla.

EUCLIDES. — ¡Quién sabe! Es una sepultura tan humilde, que entre las miles y miles de ellas que hay en el cementerio nos será muy difícil hallarla.

CLEMENTE. — ¿Tendrá epitafio?

EUCLIDES. — Yo no sé. Pero bien puede ser que no tenga siquiera una cruz. Ha muerto tan

pobre nuestro maestro, que es muy posible que no tenga ni lápida.

CLEMENTE. — Ciertamente. Tanto luchar y trabajar para ganarse el pobre la vida y, al fin, morir oscurecido, sin una simple lápida que recuerde su existencia y su paso por el mundo. ¡Qué desgracia!

EUCLIDES. — Aun recuerdo su sonrisa, su dulzura, su cariño. Nos quería como si los dos fuésemos hijos suyos. ¡Era tan bueno!

CLEMENTE. — (Tomando la fotografía). Aquí, en la fotografía, está aún sonriendo. Tiene una cara de tanta placidez y satisfacción, que encanta mirarlo.

EUCLIDES. — ¿A ver?

CLEMENTE. — Míralo. (Se la lleva).

EUCLIDES. — Tiene aspecto de patriarca.

CLEMENTE. — De verdadero maestro.

EUCLIDES. — Nosotros debíamos hacer una cosa, Clemente.

CLEMENTE. — ¿Y qué?

EUCLIDES. — Si damos con la sepultura y no tiene lápida, por la noche, cuando vengamos, le pediremos á papá que nos mande hacer una para colocársela. Nuestro papá es rico y eso poco ha de costarle. ¿No te parece?

CLEMENTE. — Buena idea. El también lo quería mucho porque nos enseñaba muy bien. Ya veremos á la noche.

EUCLIDES. — ¿Y quedaron en venir los otros?

CLEMENTE. — Luis me dijo que no podía, porque tenía una ocupación esta tarde, muy urgente; pero Luciano, Eduardo y Jacobo estarán aquí á las tres.

EUCLIDES. — ¿Qué hora es?

CLEMENTE. — (Sacando un reloj chiquito). Las dos y diez. Pronto vendrán.

EUCLIDES. — Quién sabe; bien puede ser que los tentase el foot-ball y nos hagan esperar inútilmente.

CLEMENTE. — De cualquier modo, vengan ó no, á las tres y media nos iremos.

EUCLIDES. — Sí; yo creo que será más conveniente. Por más que, mejor sería que viniesen.

CLEMENTE. — ¿Por qué?

EUCLIDES. — Ellos también fueron al sepelio de don Antonio, y bien puede ser que recuerden el lugar donde está sepultado.

CLEMENTE. — Eso es verdad. Vendrán seguramente.

EUCLIDES. — Bien; pero aunque no vengan, nosotros iremos. Preguntaremos á los sepultureros, y no nos ha de ser difícil dar con él.

CLEMENTE. — Además, creo que allí, en la necrópolis, hay una especie de intendencia para averiguar el lugar de las sepulturas.

EUCLIDES. — Creo que sí.

ESCENA II

Dichos y Luciano, Eduardo y Jacobo, por la derecha, entrando con moderación. Al rato, Eulogia.

Luciano. — Buenas tardes, amigos.

Clemente. — Ah! ¿Ya estáis aquí?

Eduardo. — Muy buenas tardes.

Jacobo. — Salud, amigos.

Euclides. — ¡Hola, hola! Fuisteis de palabra.

Luciano. — No faltaría más; cuando se trata de honrar á un maestro querido, sacrifica uno cualquier diversión.

Clemente. — Pues ahora mismo estábamos hablando de vosotros.

Eduardo. — ¿Y qué decíais?

Jacobo. — ¿Qué hablabais de nosotros?

Euclides. — Nada; que como erais muy afectos al foot-ball, bien podía suceder que no vinieseis. (Les ofrece sillas).

Luciano. — Pues bien poco favor nos hacías. Don Antonio, nuestro querido maestro, merece todos los sacrificios. Bien sabes que ha sido muy bueno con todos nosotros, y que bastante le hemos hecho sufrir con nuestras impertinencias.

Eduardo. — Verdaderamente.

Euclides. — Sí; pero como á nuestra edad somos tan ingratos y olvidadizos, no sería extraño que ocurriera eso.

JACOBO. — Eso sí que no. ¡Al fin, fué nuestro maestro!

CLEMENTE. — A propósito... ¿Sabéis fijamente dónde queda su sepultura? Nosotros no estamos bien seguros.

EDUARDO. — Yo la recuerdo bien.

CLEMENTE. — ¿Lo recuerdas tú?

EDUARDO. — Sí. Entrando por la calle principal y torciendo á poca distancia de la entrada por una avenida que sigue por la izquierda, allá al fondo, casi en lo último, al lado de una tumba enrejada, y llena de rosas, siemprevivas y claveles.

EUCLIDES. — ¿Seguro, Eduardo?

EDUARDO. — Segurísimo. Marqué bien el camino.

LUCIANO. — ¡El pobre creo que ni lápida tiene siquiera!

JACOBO. — Bien puede ser. ¡Era tan pobre!

CLEMENTE. — Si no tiene lápida, Euclides y yo pensamos rogarle á nuestro papá que mande hacer una para colocársela.

LUCIANO. — Pues no está mal eso; pero mejor sería otra cosa.

CLEMENTE. — ¿Qué?...

LUCIANO. — Que se la regalásemos entre todos. Al fin todos hemos sido sus discípulos.

JACOBO. — Justamente. Eso es mejor.

EUCLIDES. — Sí, sí, con una dedicatoria que diga: "á nuestro querido é inolvidable maestro, sus amantes discípulos". ¿Está bien así?

(Entra Eulogia, con un ramo de flores, muy hermoso. Pidiendo permiso desde afuera).

EULOGIA. — ¿Se puede entrar?

CLEMENTE. — (Dirigiéndose á la puerta). ¿Quién es? ¡Ah! Eulogia. Pasa, pasa, y siéntate, amiga.

EULOGIA. — Buenas tardes, amigos. (Vestirá peor que los demás).

EUCLIDES. — ¡Hola, Eulogia! ¿También traes flores?

EULOGIA. — Sí. He sabido que ibais al cementerio á visitar la tumba de nuestro querido maestro, y pensé también juntarme á vosotros, y llevarle este obsequio póstumo; digo, si me permitís que os acompañe como niña.

EDUARDO. — ¡Ba!...

LUCIANO. — ¿Y cómo no?

CLEMENTE. — Vaya una pregunta! Es placer y honra para nosotros.

JACOBO. — Con Eulogia, ya somos seis para la sepultura.

EUCLIDES. — Bueno; ya está hecho el ramo. (A Eulogia). ¿Quieres darme el tuyo?

EULOGIA. — ¡Cómo no! (Euclides los junta y los deja sobre el sillón).

CLEMENTE. — Haremos un gran ramo con los dos.

LUCIANO. — Siquiera tendrá flores el pobrecito.

EDUARDO. — Bueno; pero eso de la sepultura, ó sea de la lápida, hay que tratarlo formalmente.

(Todos están sentados en semicírculo, ó á derecha é izquierda, de frente).

CLEMENTE. — Sí, sí, con seriedad.

EUCLIDES. — Primero, tendremos que ver si ya la tiene.

JACOBO. — Aunque la tenga, seguramente ha de ser una lápida humildísima; pues bien sabemos que don Antonio vivía en la mayor pobreza. Su sepelio, bien claro nos ha demostrado esto mismo.

LUCIANO. — Es verdad. ¿Cuántos coches llevó?

EDUARDO. — Nada más que cuatro.

EULOGIA. — Pero, ¿de qué se trata? ¿Puede saberse?

CLEMENTE. — De colocar una lápida en la tumba de nuestro maestro.

EULOGIA. — Es una linda idea, por cierto.

EUCLIDES. — Tú entrarás también en el obsequio, ¿no es verdad, Eulogia?

EULOGIA. — Dentro de mis pocas fuerzas, con el mayor gusto. Ya sabéis que mis padres no son ricos.

LUCIANO. — Bueno. Propongo una cosa.

TODOS. — ¿Qué, qué?...

LUCIANO. — Que nosotros regalemos la lápida y Eulogia un ramo de flores todos los domingos. Los padres de ella no pueden hacer desembolsos.

EUCLIDES. — Es verdad.

EDUARDO. — Mejor es. ¿Te gusta así, Eulogia?

CLEMENTE. — ¡Creo que no te enojarás. (A Eulogia).

EULOGIA. — No me enojo; pero yo quisiera con-

tribuir, aunque no fuera más que con cinco centavos á ese obsequio.

LUCIANO. — No hay inconveniente. Contribuirás con lo que quieras y puedas. Si no te es posible satisfacer nada, será lo mismo. Nosotros lo haremos en tu nombre.

EULOGIA. — Bueno; pero, aunque sea de mis ahorros, con algo he de contribuir á la obra.

EDUARDO. — Perfectamente.

EUCLIDES. — ¿Y de qué va á ser la lápida?

LUCIANO. — De mármol blanco.

EDUARDO. — Si no costase mucho, también podríamos colocar una cruz de mármol blanco, ó de alabastro.

CLEMENTE. — Yo creo que no ha de ser gran cosa el costo de eso.

JACOBO. — ¿Y de qué mármol va á ser?

EUCLIDES. — De Carrara, que es el mejor.

LUCIANO. — O de San Luis, que dicen que es tan bueno como el famoso de Carrara.

EDUARDO. — Pero tiene muchas vetas de color, y para una lápida, los colores no quedan bien.

CLEMENTE. — No; lo hay también completamente blanco.

JACOBO. — Entonces, mejor es de mármol de San Luis, porque es mármol argentino, y así expresará con más propiedad el símbolo de nuestro cariño.

EUCLIDES. — Ni más ni menos. Mármol argentino, como nuestros corazones.

CLEMENTE. — Pues no has dicho pequeña barbaridad tú, ahora, Euclides.

EUCLIDES. — ¿Por qué?

CLEMENTE. — Porque los corazones argentinos no son de mármol.

EUCLIDES. — Bueno; pero yo no quiero decir eso.

EDUARDO. — Pues, claro. (Se sonríe).

LUCIANO. — Indudablemente.

EUCLIDES. — Es por hacerlo enojar un poco. Por lo demás, bien comprendí el pensamiento.

CLEMENTE. — Tú siempre con lo mismo.

JACOBO. — Bien, pero van á ser las tres...

EULOGIA. — ¿Las tres ya?

CLEMENTE. — (Sacando el reloj). Efectivamente, las tres.

LUCIANO. — Entonces tenemos que marcharnos en seguida.

JACOBO. — Mientras llegamos allá y buscamos la sepultura y todo lo demás, anochece. Tenemos que darnos prisa.

CLEMENTE. — Ea. Vamos, pues.

EUCLIDES. — Antes tenemos que hacer el ramo y colocar el retrato en medio de las flores.

(Todos se levantan, y se afanan por contribuir á la obra, cerrándose en semicírculo. Cuando descubren el ramo, aparecerá en medio de él la fotografía del maestro).

JACOBO. — Debíamos de colocarle cintas.

EUCLIDES. — No. Tiene que ser un ramo sencillo, pero serio. Nuestro profesor era ya un anciano y las cintas no guardarían armonía

con el significado; así está bien. ¿No es verdad?

(Lo muestra en alto, ante la vista de todos, que lo miran alegremente).

LUCIANO. — Por hoy nos conformaremos con este obsequio. Es lindo y, á lo menos, expresa nuestro cariño. Más adelante haremos lo demás.

CLEMENTE. — Sí, sí; es un ramo muy lindo

JACOBO. — Parece un patriarca. (Refiriéndose al retrato).

EUCLIDES. — ¡Pobrecito! Ya nos dejó para siempre.

CLEMENTE. — Pero nosotros lo recordaremos con respeto y con gratitud. Fué nuestro maestro cariñoso, nuestro segundo padre.

EDUARDO. — Parece que está hablando. ¿No es verdad?

EULOGIA. — Aun me parece verlo cuando llegaba á casa por las noches, saludando en inglés: *¿Gutnay? ¿Gutnay?...* (Lo pronunciará como está escrito).

EUCLIDES. — ¡Era un santo!

CLEMENTE. — ¡Pobre don Antonio!

(Se oyen afuera las campanadas de un reloj de iglesia, que da las tres).

LUCIANO. — Ea. Vamos, vamos. Son las tres; apresurémonos.

TODOS. — Fué nuestro maestro, nuestro segundo padre!

(Saliendo apresuradamente, sin precipitación).

EUCLIDES. — Rindámosle un tributo de cariño!
TODOS. — ¡Fué nuestro maestro; nuestro segundo padre!
CLEMENTE. — ¡Un tributo de amor!
TODOS. — ¡Sí, sí, un tributo de amor!

TELÓN.

FIN

XII

¡POR NUESTRA MADRE!

PASAJE DRAMÁTICO-INFANTIL

(Niños y niñas)

PERSONAJES

Rosaura.
Ovidio.
Serafín.

ACTO UNICO

La escena representa una calle. Al fondo, calle. A la derecha, bocacalle. A la izquierda, entrada de una mansión señorial, cuyos dos primeros escalones arrancarán desde la escena. Es de noche, y la oscuridad se proyecta densa, aún con el breve resplandor de las luces que, allá en el fondo, se destacan en la calle.

ESCENA I

Al levantarse el telón aparecerá sola la escena, al tiempo que, como á lo lejos, se escuchará una sonata de bandolín, que va oyéndose cada vez más cerca. Por el fondo se ven cruzar sombras de caminantes y se oye el pitido de los guardianes públicos, débilmente. Por la derecha, entonces, entran Rosaura, que simulará ser ciega, con un bandolín enfundado, llevada de la mano por Ovidio. Visten pobremente, y de luto.

ROSAURA. — ¿No nos alcanza, Ovidio?

OVIDIO. — Aún no (Con tristeza).

ROSAURA. — ¿Cuánto juntamos?

OVIDIO. — Hemos juntado cuarenta y cinco centavos, nada más. Hoy ha sido un mal día.

ROSAURA. — ¡Dios mío!

OVIDIO. — Bueno, Rosaura; descansemos aquí. ¿Estás cansada?

ROSAURA. — Sí, y tengo sueño. ¿Qué hay aquí?

OVIDIO. — Hay un pórtico.

ROSAURA. — ¿De alguna iglesia?
OVIDIO. — No; de una casa rica.
ROSAURA. — ¿Y vamos á sentarnos ahí?
OVIDIO. — ¡Bah! ¿Y por qué no? Anda; siéntate y descansemos un rato. ¡Hoy hemos corrido tanto, tanto!...
ROSAURA. — Hemos corrido tanto para no juntar casi nada.
OVIDIO. — Hay días malos, y hoy fué uno de ellos. Sentémonos!...

(Se sientan, Rosaura á la derecha y Ovidio á la izquierda. Una campana toca las once).

ROSAURA. — ¿Qué hora da ese reloj, Ovidio?
OVIDIO. — Las once de la noche.
ROSAURA. — Ya es tarde. ¿No nos echarán de aquí?
OVIDIO. — A mi me parece que no. ¿Por qué nos van á echar?
ROSAURA. — Porque somos vagabundos, y pueden tomarnos por ladrones. ¿No viste como nos golpearon el otro día?
OVIDIO. — También algún día los golpearán á ellos; calla. ¡El que nos golpea á nosotros, no tiene corazón!
ROSAURA. — ¡Ay! ¡Que frío tengo, Ovidio! (Se arrebuja y encoge, colocando en su regazo el mandolín).
OVIDIO. — ¿Tienes frío?
ROSAURA. — Sí. (Los dos se aprietan el uno contra el otro, abrazándose con cariño).
OVIDIO. — Así nos calentaremos.
ROSAURA. — Sí. ¿Tienes algún pan?

OVIDIO. — No, no tengo. ¿Por qué?

ROSAURA. — Tengo hambre. Correr tanto sin comer nada. ¡Dios mío!

OVIDIO. — ¿Quieres que vaya á comprarte pan?

ROSAURA. — No. Ya no hay abierto ningún establecimiento.

OVIDIO. — Puede ser que encuentre alguno. ¿Quieres? ¿Voy?...

ROSAURA. — No, no, Ovidio. Ya comeremos después. No me dejes sola.

OVIDIO. — Bueno. (Saca una armonía del seno y, sin retirar el brazo del cuello de Rosaura, toca una sonata triste, que Rosaura escucha silenciosamente, con una mejilla apoyada en la palma de la mano).

ROSAURA. — ¡Qué triste es eso, Ovidio! Esa armónica parece un coro de niños llorando. Toca, toca más.

OVIDIO. — ¿Te gusta?

ROSAURA. — Sí que me gusta. ¡Es muy triste!

OVIDIO. — Entonces no toco más.

ROSAURA. — ¿Por qué?

OVIDIO. — ¿No dices que es triste, Rosaura?

ROSAURA. — ¿Y qué? ¿No es acaso la tristeza nuestra inseparable compañera?

OVIDIO. — ¡Tienes razón! ¡Somos tristes huérfanos en la vida!

ROSAURA. — ¡Ay! ¡Mi madre! ¡Mi madre!...

OVIDIO. — Ya no la veremos más, Rosaura!

ROSAURA. — Nos dejó para siempre!

OVIDIO. — ¡Para siempre!

(Toca de nuevo la misma sonata, y Rosaura parece sollozar, cubriéndose los ojos con la mano).

ROSAURA. — ¡Mi madre! ¡Mi madre!...

(Por el fondo cruza un niño, pregonando diarios y, al fijarse en los dos, se acerca lentamente hacia allí, con cierta extrañeza en el semblante).

ESCENA II

Dichos y SERAFÍN, por el fondo, mal vestido.

SERAFÍN. — Buenas noches.
OVIDIO. — Buenas noches, amigo. ¿A dónde vas?
SERAFÍN. — Ando vendiendo los últimos diarios que me quedan. ¿Y vos qué *hacés* ahí?
OVIDIO. — Descansando.
SERAFÍN. — ¿Vendéis diarios también?
OVIDIO. — No; somos músicos.
SERAFÍN. — ¿Músicos?
OVIDIO. — Sí.
SERAFÍN. — ¿Y quién es esa?
OVIDIO. — Es mi hermana.
SERAFÍN. — ¿Y tu hermana toca también algún instrumento?
OVIDIO. — Sí, toca el bandolín. Desde el anochecer que andamos tocando por la calle y no hemos juntado casi nada. Hoy fué mal día.
SERAFÍN. — Los pobres siempre tenemos mal día. ¿Cuánto juntasteis?
OVIDIO. — Cuarenta y cinco centavos.
SERAFÍN. — Pues yo junté cincuenta, desde las dos de la tarde. Hoy parece que nadie quiere leer diarios.

ROSAURA. — ¿Y vos eres argentino?
SERAFÍN. — Sí, que lo soy. ¿Y vos?
ROSAURA. — Yo también.
OVIDIO. — Y yo también.
ROSAURA. — ¿Cómo te llamas?
SERAFÍN. — Me llamo Serafín. ¿Y vos?
ROSAURA. — Yo me llamo Rosaura.
OVIDIO. — ¿Vives lejos?
SERAFÍN. — Sí, vivo allá, por la calle Boedo. ¿Y vosotros?
OVIDIO. — Más lejos aún.
SERAFÍN. — ¿A ver cómo tocáis?
OVIDIO. — Ahora ya no se puede tocar; no dejan los vigilantes.
SERAFÍN. — No hay vigilante aquí. Tocad un poco, un poquito nada más.
ROSAURA. — ¿Te gusta la música, Serafín?
SERAFÍN. — Cómo no!...

(Rosaura comienza á desenfundar el bandolín, y al notar Serafín que anda á tientas, se estremece.

OVIDIO. — ¿Por qué tiemblas, Serafín?
SERAFÍN. — ¿Es cieguita tu hermana? (Fijándose en ella).
ROSAURA. — Sí; soy cieguita. ¿Me tienes lástima?
SERAFÍN. — Sí. (Se queda pensativo y triste, y se sienta, en el suelo de cuclillas, frente á Rosaura).
OVIDIO. — Vamos, Rosaura.
ROSAURA. — Vamos.

(Ovidio acompaña á Rosaura con la armonía, y entonan una sonata ó una marcha).

SERAFÍN. — ¿Y no ganasteis más que cuarenta y cinco centavos tocando tan lindo?

OVIDIO. — Nada más.

ROSAURA. — ¿Te gustó, Serafín?

SERAFÍN. — Mucho, mucho, mucho, mucho... Si yo tocase así, tiraba con los diarios ahora mismo. ¿Quién os enseñó?

OVIDIO. — Nuestro padre.

ROSAURA. — Nuestro difunto padre.

OVIDIO. — Es verdad, nuestro difunto padre.

SERAFÍN. — ¿Ya murió?

ROSAURA. — Sí. ¿Y el tuyo?

SERAFÍN. — El mío también.

OVIDIO. — ¿Y tu mamá?

SERAFÍN. — Vive; pero está en el manicomio.

ROSAURA. — ¿Loca?

SERAFÍN. — ¡Loca! (Baja la cabeza).

OVIDIO. — Entonces podías ser nuestro hermano.

SERAFÍN. — ¿Por qué?

OVIDIO. — Porque eres huérfano como nosotros.

SERAFÍN. — ¿No tenéis madre vosotros tampoco?

ROSAURA. — No. Murió hace dos meses.

SERAFÍN. — Pues yo ya quiero ser vuestro hermano, si me queréis.

ROSAURA. — ¿Eres bueno?

SERAFÍN. — Sí; yo soy muy bueno. Trabajo todos los días, desde el nacer del alba hasta esta hora, y nunca fuí á la comisaría ni me peleé con mis compañeros. Yo soy muy bueno.

OVIDIO. — Entonces júntate á nosotros.

ROSAURA. — Sí, Serafín. ¿Quieres juntarte?
SERAFÍN. — Sí que quiero, ahora mismo. ¿Vais á estar aquí aún mucho tiempo?
OVIDIO. — Un rato. ¿Por qué?
SERAFÍN. — Porque voy á concluir de vender estos diarios que me quedan, y vuelvo en seguida. ¿Me esperáis aquí?
ROSAURA. — Sí; te esperamos, Serafín. ¿Vas á volver pronto?
SERAFÍN. — Rápido.

(Vase corriendo por el fondo, pregonando los diarios, con gran contento).

ESCENA III

OVIDIO y ROSAURA solos, abrazados de nuevo.

ROSAURA. — Parece bueno, Serafín ¿no, Ovidio?
OVIDIO. — Sí, muy bueno.
ROSAURA. — Vamos á esperarlo ¿eh?
OVIDIO. — Sí. ¿Tienes sueño, Rosaura?
ROSAURA. — Un poco.
OVIDIO. — Pues, duerme, que yo velaré mientras tanto.
ROSAURA. — Bueno. Avísame cuando venga.
OVIDIO. — ¡Cómo no!

(Ovidio, abrazado á ella, toca, ínterin, en su armonía, mientras que Rosaura va inclinando la cabeza, simulando que está dormida).

ROSAURA. — (En sueños). ¡Madre mía! ¡Madre mía!
OVIDIO. — Ya está dormida. (Aparte). Ahora voy

á buscarle un poco de pan para darle cuando despierte. ¡Es tan buena mi hermana!

(La besa en la sien, y con mucho cuidado va retirando el brazo del cuello de Rosaura, como para que no se despierte. Luego, con su saco le cubre las espaldas cariñosamente, y se aleja, volviendo la cabeza á ratos, como para mirar si se despierta. Vase tocando en su armónica).

ESCENA IV

ROSAURA sola. Al rato se oye un piano que toca la Viuda Alegre, y un jolgorio de voces y risas, en el interior de la mansión aristocrática. Rosaura, entonces, despierta, y comienza á tantear con las manos hácia todas partes.

ROSAURA. — ¡Ovidio! (Llamando acongojada). ¡Ovidio!... ¡Dios mío! (Palpando el saco que cubre sus espaldas). ¡Ovidio! ¡Hermano mío! ¡Ay!

(Se levanta y dejando el bandolín á un lado, comienza á tantear por el suelo y por las paredes, desesperándose).

¿Dónde estoy? (Se pasa una mano por la frente). ¿Soñaré? ¿Estaré despierta?... ¡Dios mío de mi alma! ¿Dónde estará mi hermano? (Gritando con más desesperación). ¡Ovidio! ¡Ovidio! ¡Me abandonaste, Ovidio! ¡Madre mía! ¡Virgen Santísima! (Se agarra los cabellos, tristísima, y llora). ¡Para qué vivo, Virgen santa! ¡Sola! ¡Ciega! ¡Abandonada! ¡Huérfana! ¡Sin hogar! ¡Sin pan! ¿A dónde ir, Dios mío! (Se detiene á escuchar un

momento el piano y las risas). ¡Ovidio! ¡Hermano mío! ¡No me abandones! ¡Por nuestra madre! ¡Infeliz de mí! (Se desprende de la pared y camina tanteando siempre hacia la mitad de la escena, llamando como alocada y nerviosa con las manos en alto). ¡Ovidio! ¡Ovidio! (Ligeramente de un lado para el otro). ¡Hermano mío! ¡Por nuestra madre! ¡Por nuestra madre!

(Cae al suelo, como atolondrada, mientras que aun se deja oir el piano y las risas más fuertes).

(EL TELÓN CON LENTITUD).

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

Págs.

PREFACIO 5

PRIMERA PARTE

BOCETOS DRAMÁTICOS

I. — Las tres plegarias 10
II. — Inquietud! 17
III. — ¡Bello morir! 27
IV. — Perversidad 39
V. — ¡Miserables! 53
VI. — La indiecita 65
VII. — Angeles ciegos! 79
VIII. — Hijos del cóndor 91
IX. — ¡Peregrinos! 103
X. — Corazones de oro 113
XI. — ¡Divino juramento! 129
XII. — Pequeños héroes 145

SEGUNDA PARTE

COMEDIAS

I. — La bandera de combate 161
II. — Las habladoras 173
III. — ¡Orgullosa! 183
IV. — Versos y flores 193
V. — La mala senda 203
VI. — El embustero 215
VII. — Los traviesos 229
VIII. — El heroísmo 241
IX. — Falucho 253
X. — Joselín 265
XI. — Sagrados deberes 277
XII. — ¡Por nuestra madre! 291

